

[illegible]



Bogotá cuenta

Nuevas comunidades de escritura

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Claudia Nayibe López Hernández
Alcaldesa Mayor de Bogotá

SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE

Catalina Valencia Tobón
Secretaria de Cultura, Recreación
y Deporte

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES-IDARTES

Carlos Mauricio Galeano Vargas
Director general

Maira Ximena Salamanca Rocha
Subdirectora de las Artes

Hanna Paola Cuenca Hernández
Subdirectora de Equipamientos
Culturales

Leyla Castillo Ballén
Subdirectora de Formación Artística

Liliana Morales Ortiz
Subdirectora Administrativa y
Financiera

Gerencia de Literatura

Carlos Ramírez Pérez
Gerente de Literatura

Ricardo Ruiz Roa
Responsable Programa de Escrituras
de Bogotá

María Camila Jaramillo Laverde
María Eugenia Montes Zuluaga
Valeria Baena Robledo
Vivian Melo López
Wilmar Molina Vargas
Yalila Pérez Montoya
Ivonne Alejandra Malaver Castiblanco
Equipo de la Gerencia de Literatura

Óscar Daniel Campo Becerra
Selección, edición y cuidado de textos

Publicaciones Idartes

María Barbarita Gómez Rincón
Coordinación editorial

Edgar Ordóñez
Revisión de textos

Mónica Loaiza Reina
Diseño

Panamericana Formas e Impresos S.A.
Impresión

© Instituto Distrital de las Artes-
Idartes

© Adriana Rubio Lozano, Alejandra
Díaz García, Alejandra Velandía,
Alejandro Sánchez, Alina Camacho
Hauad, Ana Cristina Ayala, Andrés
Matías Pinilla, Ángel Carrillo, Camilo
Pinzón, Daniel Arela, Diana Carolina
Amaya, Gerónimo Palomino Céspedes,
Javier Andrés Arias Bernal, Juan
Manuel Moreno Rojas, Laura Vásquez
Roa, Lauren Camille Moreno, Liz
Stefhanie Cubillos Díaz, Lizeth Camila
Contreras Barrera, Lucía Orozco,
Luisa Cristina Campuzano Herazo,
Marco Ordóñez Caraballo, Maira
Isabel Trujillo, María Luisa Sanín,
María Paula González Ávila, María
Roda, Mónica Sarmiento, Paula Natalia
Bernal Samudio, Santiago Cifuentes,
Vanessa Peñuela Buitrago, Ximena Ruiz

Abril de 2023

ISBN impreso: 978-628-7531-66-6

ISBN PDF: 978-628-7531-67-3

Idartes
Carrera 8 n.º 15-46
Bogotá, D. C., Colombia
(57-1) 379 5750
[contactenos@idartes.gov.co/](mailto:contactenos@idartes.gov.co)
www.idartes.gov.co

Bogotá cuenta

Nuevas comunidades de escritura



INSTITUTO
DISTRITAL DE LAS ARTES
IDARTES



11 **Presentación**
Carlos Mauricio Galeano Vargas

13 **Prólogo,**
Óscar Daniel Campo Becerra

15 **LA LITERATURA TAMBIÉN
ES UNA PISCINA DE PELOTAS**

17 **Flores de plástico,**
Santiago Cifuentes

25 **Un antipoema, o patético
juego de entomología
unipersonal,**
Lucía Orozco

29 **desaprender,**
Andrés Matías Pinilla

35 **Instrucciones para preparar
un batido profundo,**
Lizeth Camila Contreras Barrera

39 **mientras trapeaba,**
Ángel Carrillo

43 **¡chicas! ¡chicas!,**
María Luisa Sanín

Un dibujo son muchas cosas,
Vanessa Peñuela Buitrago

47

FUCK LA FAMILIA,
EL AMOR ROMÁNTICO Y EL
HETEROPATRIARCADO

53

La noche devoró a Dios,
Lauren Camille Moreno

55

Ciudadano extranjero,
Gerónimo Palomino
Céspedes

59

Jauría,
Paula Natalia Bernal
Samudio

79

La lluvia,
Liz Stefhanie Cubillos Díaz

83

Cristina,
Adriana Rubio Lozano

87

Omertá,
Camilo Pinzón

91

Copa viajera,
Alejandra Velandia

95

97

**EL PASADO ESTÁ LLENO DE
ANIMALES IMAGINARIOS**

99

A mi abuela, María Fornaguera,
María Roda

111

Iniciación,
Alejandra Díaz García

115

El coletazo,
María Paula González Ávila

121

Mi reflejo en el agua,
Juan Manuel Moreno Rojas

127

Mapas,
Ximena Ruiz

131

La herida,
Diana Carolina Amaya

147

Piedras que, como huevos,
de niño recogí,
Javier Andrés Arias Bernal

163

**LA REALIDAD
NUNCA ALCANZA**

165

¿Cómo llego aquí?,
Isis T. (Maira Isabel Trujillo)

Apagar el ruido,
Alejandro Sánchez

169

Misterio en el solsticio,
Luisa Cristina Campuzano Herazo

173

Odelio,
Ana Cristina Ayala

179

NADIE ES DE AQUÍ, NADA
NOS PERTENECE

187

Composta,
Mónica Sarmiento

189

Un encuentro con la Mujer
Araña,
Alina Camacho Hauad

193

Las lagartijas no son
cucarachas,
Daniel Arela (Andrés Ramírez
Restrepo)

199

Mugroso amor,
Marco Ordóñez Caraballo

205

La riada,
Laura Vásquez Roa

209



Presentación

Mauricio Galeano Vargas
Director general
Idartes

El Instituto Distrital de las Artes-Idartes tiene el gusto de presentar a los lectores este nuevo número de la antología literaria *Bogotá cuenta*, publicación que recoge algunos textos resultado del programa Escrituras de Bogotá, que en el segundo semestre del año 2021 llevó a cabo la Red de Talleres Locales de Escritura en diferentes localidades de nuestra ciudad, mediante diecisiete talleres de escritura en los géneros de narrativa y poesía.

Además, en esta antología se encuentran los trabajos literarios más representativos de los Talleres Distritales de Escritura Ciudad de Bogotá, que en el primer semestre del 2022 realizó cinco talleres en los géneros de novela, cuento, crónica, poesía y narrativa gráfica, y que, en esta versión de la antología *Bogotá cuenta*, presenta una selección de trabajos de muy alta calidad literaria, que nos enorgullece poner en las manos de los habitantes del Distrito Capital.

El programa Escrituras de Bogotá es un espacio que por más de diez años viene brindando, a los ciudadanos interesados en la expresión artística de la escritura creativa, herramientas estéticas y narrativas para

que con sus palabras construyan relatos universales, capaces de condensar literariamente la singularidad y la pluralidad de la naturaleza humana de quienes habitamos esta ciudad.

Así, este programa materializa las apuestas de la Política Pública de Lectura, Escritura y Oralidad de la ciudad, ya que brinda a mujeres y hombres oportunidades de acceso a la cultura escrita, sin hacer distinciones de antecedentes personales, territoriales, económicos o sociales, al tiempo que nos recuerda que leer, escribir y dialogar son acciones de la vida cotidiana, y que todas las personas podemos participar efectivamente en las prácticas de la cultura escrita en Bogotá mediante la creación literaria.

Los lectores encontrarán en esta antología una gran variedad de trabajos literarios que han sido seleccionados con detalle y cuidado por el editor Óscar Daniel Campo Becerra, como muestra del talento y el entusiasmo creador de un grupo de escritores emergentes de Bogotá.

Mi agradecimiento especial a cada uno de los participantes en el programa Escrituras de Bogotá, y al equipo de directores y directoras que los guiaron y acompañaron.

Prólogo

Óscar Daniel Campo Becerra



Esta antología literaria *Bogotá cuenta* reúne textos escritos y discutidos durante los talleres distritales y locales de escritura del segundo semestre del 2021 y del primer semestre del 2022. La variedad de textos excede la división por géneros literarios o por localidades, y nos enfrenta a una exploración radical de formas y temas. Se trata, en últimas, de un medidor relevante de lo que se cocina actualmente en las escrituras de la ciudad.

Las distintas intenciones estéticas se han organizado a partir de consignas. La consigna inicial, “La literatura también es una piscina de pelotas”, acoge textos en los que predominan los juegos con el lenguaje y el énfasis en la plasticidad y sonoridad de los textos. Bajo la afirmación “*Fuck* la familia, el amor romántico y el heteropatriarcado” caben exploraciones en las que, mediante una fuerte inmersión temática en historias guiadas por la perspectiva de género, se alcanzan momentos de lucidez formal de una belleza potente y clara.

Las dos siguientes secciones guardan una cierta afinidad conceptual. Por un lado, bajo el lema “El pasado está lleno de animales imaginarios” se incluyen textos que presentan una memoria de la infancia (del origen) capaz de difuminar los marcos de la ficción. Por otro lado, el bloque “La

realidad nunca alcanza” reúne textos que exploran excesos de realidad y encuentros inesperados en espacios tanto urbanos como rurales.

Finalmente, la consigna “Nadie es de aquí, nada nos pertenece” da espacio a textos en los que se indaga sobre el desarraigo y la búsqueda de nuevas formas de comunidad y de relacionarse con otrxs, conocidxs o desconocidxs, plantas o animales. Esta organización, por supuesto, no impide que persistan vasos comunicantes entre los textos de las distintas secciones, en una suerte de conversación hecha de murmullos, de chismes y de imágenes o, con otras palabras, de preguntas que saltan de un espacio textual a otro a lo largo de esta antología. En últimas, quien se asome a estas páginas podrá verificar con gusto que la literatura es ante todo una práctica colectiva.

Los talleres y publicaciones de este tipo sirven, sin duda, para dar forma a las múltiples comunidades de escritura en Bogotá.



La literatura también es una piscina de pelotas



Flores de plástico

Santiago Cifuentes

Red de Talleres Locales de Escritura. Taller 9



Cuando salgo en las mañanas, la luz del sol me molesta profundamente los ojos, como si alguien insertara una pequeña aguja en cada uno de mis globos oculares. La sensación dura unos cuantos segundos, pero en ese lapso desearía ser ciego. Luego ya me acostumbro a la luz y me vuelvo a enamorar de mi visión. Necesito volver a usar gafas lo más pronto posible, o no vuelvo a salir de mi casa.

Me bautizaron
sin mi consentimiento
sin mi consentimiento
sin mi consentimiento

Desde no sé qué momento, he envidiado mucho a las personas con buena voz o una voz potente, que logran una infinidad de matices y tonos, que pueden cantar en cualquier registro, interpretar cualquier canción sin matarse la garganta, sin tener que hacer un esfuerzo descomunal, solo concentrándose y dejando que su garganta y sus pulmones

hagan magia. Supongo que por eso disfruto de cantar con los audífonos puestos: porque puedo fingir que no tengo mi voz, mis limitaciones, que puedo hacer lo que quiera con mi voz.

Me convierto en cantante de cualquier género, de cualquier época. Da la impresión de que por momentos dejo de ser yo, abandono mi cuerpo y me vuelvo voz, onda sonora que viaja entre los registros, entre las frecuencias. Arriba, abajo, agudo, grave, silbido, ronquido, bajo, soprano, contralto, tenor, barítono, nada me detiene, nada me limita: le doy a la música la vibración de mi alma.

Me estaba riendo de un chiste
uno bastante malo
tan malo
que prefiero
no volverlo a decir

El otro día estaba pensando que
 Que estaba pensando el otro día
 Día estaba pensando que el otro
 Día el otro estaba pensando que
 Pensando estaba que el otro día
 Que el otro día estaba pensando
No, ya en serio

He estado pensando últimamente que debería ser escritor, dejar de hacer arte o, bueno, intentar hacer arte y dedicarme completamente a escribir, comenzar a elaborar una producción gigante y variada de productos literarios. Es extraño, pero me da miedo que nadie lea lo que escribo, y al mismo tiempo no me importa. Lo siento como un nudo en la garganta que me impide dejar que las palabras salgan de mi cuerpo. ¿En algún momento podré dejar de sentirme así y darles rienda suelta a mis palabras? Tener miedo es estar amarrado a la cama, una sábana de hotel tan ajustada

que no se puede destender. Además, ¿qué tal si soy una decepción, si lo que escribo es tan horrible, tan descabellado, tan inentendible, tan egoísta, que nadie puede acercarse, o lo peor, que sea ignorado, olvidado y deje de existir? Eso me detiene de siquiera intentar publicar algo. Ya tengo tanto miedo que no quiero escribir más respecto a esto.



Suena *Danky*, de tunacola

La música me impulsa a escribir

siento esa sensación
latir entre mis huesos
son las palabras
creciendo entre mi cuerpo

Mi profesora de proyecto de grado me decía que no debería escuchar música mientras leo, ya que la escritura en sí es música, así que sería como estar escuchando una cacofonía de ruidos que no deja concentrarse ni en los sonidos, ni en las palabras. Yo asentí con la cabeza y solté un *ok* medio desinteresado cuando me lo dijo. Ahora, mientras redacto esto, me pregunto si la misma reflexión se aplica a escribir: ¿escuchar música mientras se escribe será contraproducente? Pensaría que sí, aunque no estoy del todo seguro. Pero yo no me puedo concentrar bien en la lectura que esté haciendo si no estoy escuchando música: paso más tiempo pendiente de los sonidos que están ocurriendo a mi alrededor que de las palabras que tengo enfrente, así que por lo pronto no dejaré de escuchar música en los instantes de lectura, y mucho menos en los de escritura.

Este párrafo es para ti, la persona que está leyendo esto: gracias por dedicarles un tiempo a mis palabras, así sea por puro deber. En todo caso, ¿cómo estás? Qué frío tan horrible que está haciendo, ¿no? Qué mierda, soy horrible para comenzar una conversación.

Mentí, no era un párrafo
sigue leyendo,
o no.
Soy una estrofa,
no una orden.

Sí, esa es una referencia de Los Simpsons :/



**En este momento estoy
cantando *TKM*, de Gepe,
en vez de estar escribiendo,
perdón**

No sé por qué, pero me acordé de las imágenes predeterminadas que tenía PowerPoint. Eran como unos muñequitos negros que representaban diferentes acciones. Ahora, pensándolo, parecen pinturas rupestres de una era moderna. Hay cosas que no se pueden olvidar, curioso. ¿Todavía estarán en el programa? ¿Alguien las usará? ¿Alguien más vio informática en el colegio?

Tararear	cantar	silbar
tararear	cantar	silbar
tararear	cantar	silbar
tararear	cantar	silbar
tararear	cantar	silbar

Que tan difíciles leer estos sin un solo espacio es muy complicado es de-
pende del largo de la oración

Me está empezando a gustar caminar por la calle bien tarde y hablar solo; si hay algo de licor y un cigarrito, nadie se queja. La calle deshabitada me da mucha tranquilidad; casi que siento que la ciudad es mía. Ver pasar las personas en carro, las luces de los semáforos, las ventanas iluminadas de algunos edificios, el sonido de las llantas sobre el pavimento, los edificios oscuros y dormidos. Voy abandonando mis problemas y preocupaciones por la calle a medida que camino. Es maravilloso: se experimenta una levedad tan poderosa que me hace pensar que vivir no es tan malo, o que tiene algún sentido.

Uno qué hace cuando se le acaban las ideas
¿sigue escribiendo
o para un momento
respira
y sigue escribiendo con frustración?

Hay pequeñas pausas del dolor, cuando al respirar, el aire no duele entrando al pecho. Son instantes que se pueden tocar: se los toma entre las manos y se observa cómo se mueven entre los dedos. Desafortunadamente, cuando vuelve el dolor, vuelve con toda, y golpea aún más fuerte que antes. Siempre he visto la tristeza y el dolor como un mar picado.

En otra dimensión, de seguro soy muy feliz. Me paro todos los días sonriendo y salgo en las mañanas a trotar. Al mediodía como un

almuerzo que me satisface y me enamora de la comida; en la tarde, sentado frente a la ventana, leo sin parar hasta que llegue la noche. Antes de dormir veo una película y, con el corazón conmovido, me acuesto a dormir. Pero eso es en otra, porque en esta dimensión no fue.

Y eso es en una sola dimensión. Ni siquiera quiero pensar en otras, en las muchas que debe haber, porque de seguro, en una de esas, la estoy pasando aún peor, quizá soy rey y están a punto de decapitarme. Hay tantas posibilidades, que ponerse a pensar en ellas solo me genera un profundo dolor de cabeza, una ansiedad tremenda y unas ganas de emborracharme por allá en Villeta, así que, siguiendo los consejos de mi terapeuta, mejor me quedo en esta tierra.

se llevó mis sueños

ya no la puedo ver

entre las nubes

y allá va elevándose

solté sin querer mi cometa

A veces —o no, muchas veces— quiero hacer listas, y luego se me olvida hacerlas. Después de muchas horas me acuerdo de que las quería hacer y me da rabia, me pongo a discutir con mi memoria, a reclamarle por qué es tan olvidadiza. Entonces ella me reclama que no pongo la suficiente atención, y ahí sí ella no puede hacer nada. Le grito que es mentira, que me esforcé en poner atención. No me cree. Yo le digo que vaya a comer mierda, y naturalmente, eso también se me olvida.

¿Dónde quedó esa buseta tan pequeña en la cual no me podía poner de pie bien y me tocaba doblar el cuello e ir incómodo todo el viaje?

Alguien debería crear una aplicación, sea para celular o computador, que diga cuántas muletillas usamos al escribir, algo así como una calculadora de muletillas, y que el logo sea una calculadora en muletas.

¿Hay diminutivos en alemán o en otro idioma? ¿O las cosas son de tamaño normal en otros países?

Lo bueno es que nunca pienso aprender a pescar, sentarme frente al agua, poner la carnada y lanzar la caña, esperar a que pique y jalar con fuerza, perforarle la boca a un pez y sacarlo a respirar aire, meterlo en un balde de agua para luego matarlo y cocinarlo a las finas hierbas, dejar su esqueleto en la bolsa de basura y volver a empezar el proceso.

Lo malo es que el pez siempre muere por su boca.

Todo está como muy vertiginoso, ¿no?

Mejor hagamos una pausa activa o desactiva.

Podríamos pararnos, estirar el cuerpo,

y, en últimas, abandonarlo,

dejarlo por ahí tirado

y seguir leyendo

Antes de cualquier otra cosa, me acordé, mientras estaba revisando este texto, que se me pegó una canción. Se titula *Drink*, de Destroy Boys, por si la quieres escuchar.

Me ofrezco para ser la corista en la vida de alguien más, o un extra, alguien de relleno, lo que sea para no tener que vivir mi propia vida. Podría ser un pedestal para cuando alguien se para a dar algún discurso, o ser la almohada en la que se recuesta alguien que está sobre el pasto en un concierto. Ya sé: el servilletero de alguien que va a comer, o el destapador de botellas en una fiesta. Seguiré trabajando en posibles alternativas a tener que ser yo y vivir mi vida.

Siempre me pasa que los párrafos, en los textos que escribo, se vuelven más cortos, como si se me acabara la gasolina, o puede que inconscientemente me aburra escribir tanto y prefiera... ¿regarme entre apuntes cortos?

ES MOMENTO OOOO DE SER TIERNOOOOOS, Y DESPUÉSSSSSS 

Después termino este texto, lo prometo. No, no estoy cruzando los dedos.

Sobre el autor

Santiago Cifuentes (Bogotá). Por medio de la escritura, y en menor parte, el arte, intenta canalizar lo que siente, ya sea positivo o negativo, aunque la mayor parte del tiempo es negativo. Pero también, valiéndose de estas dos disciplinas, reflexiona sobre lo que sucede a su alrededor, hablando desde su forma de experimentar el mundo. Considera que cada idea pide una forma de ser representada, por lo que no se dedica a alguna práctica específica en el arte o la escritura, sino que prefiere explorar distintas formas de hacer las cosas y ver a dónde cada decisión lo lleva.

Mal estudiante, pero con muchas ganas de aprender —de ningún tema en específico—, aunque, eso sí, es muy receptivo y crítico con aquello que le llama la atención. Por otro lado, le interesa establecer una relación amigable y cariñosa con la lectura. Pasó mucho tiempo leyendo con culpa, u obligándose a leer, pero ahora prefiere leer por diversión, sentirse bien mientras lo hace. De esa forma, según su experiencia, puede entender mejor cada lectura y entusiasmarse por seguir leyendo.

No está demás decir que tiene un título en Artes Plásticas por la universidad Jorge Tadeo Lozano, que ha participado en dos talleres de escritura del Idartes, que hizo parte del colectivo de arte La Comarca, y hace parte actualmente del colectivo literario La Cuarta Raya del Tigre, en el que desempeña labores de diseñador, montajista y demás apartados del Departamento de Arte. Tiene publicado un fanzine en la fanzino-teca digital del Festival Léeme, de Perú.

Un antipoema, o patético juego de entomología unipersonal

Lucía Orozco

Red de Talleres Locales de Escritura. Taller 11



Me clavo alfileres.

En mi derecho a la memoria y la antipatía, apelo a este antipoema,
artefacto y evidencia de que nunca se le escribió a su persona,
en vez y solo si
a su fatídico y fértil mal amor.

Me aferro a los pelos de su nariz
y a su analfabetismo de tildes
fidelidad
y sentido del gusto.

Usted:

Polilla de calles y canciones, tal vez negra

De pies grandes y nada más

Moretón anímico

Pseudopoeta violentario

Alebrije patriarcal

Acordeón de cacofonías nocturnas

Pobre

la virgen celebrada el mismo día de su cumpleaños

Pobre

la hija que lleva su karma.

Qué ganas de no escribirlo, ni describirlo, de mudarme de planeta,
al menos en mi teléfono.

Qué ganas de pinchar todas las cosas que faltan en mi casa, en mi
presente

y en mi débito emocional.

Qué ganas de imperdonarlo en el despunte de esta madrugada,
escaso

de espectadores y rancheras

imperdonarlo y mirar a quemarropa los números de su deuda en
el banco, deuda

que lleva mi nombre

ingenua

secuela de este cruce de caminos, que yo misma ayudé a forzar por
años,

m e s e s,

h o r a s,

obtusa,

colmena de cucarachas incubada en mi hipocampo

cómplice.

Con cataplasma de ciencia trato mi dolor. Mido resultados.

A Usted

lo llevo en placa de Petri
material vivo, herida diletante.

Entomóloga forense aficionada, exhumo y recolecto
las larvas y escarabajos
en las cuencas y costillas de nuestro cadáver conyugal
pupan moscardones de culpa
crecen sus colonias: motivos de la escritura que nace,
embisten
la punta de los dedos
los marcos de las ojeras.

En uso excesivo de la palabra
rumiante de fracasos
Me viene bien este jueguito obsceno,
aunque ya solo recolecte huesos
para sopotocientos poemas y un antipoema,
solo uno.
Me clavo alfileres.

Sobre la autora

Lucía Orozco (Bucaramanga, 1992) es maestra de artes escénicas, actriz, improvisadora teatral, *clown*, poeta, poeta *slamer* y tarotista. Sus intereses giran en torno a temas como el feminismo, la espiritualidad, la creatividad y el arte como potencia y vehículo para entender el mundo interior y hacer tejido social y testimonio.

desaprender

Andrés Matías Pinilla

Red de Talleres Locales de Escritura. Taller 7



deviniendo-*con* lo precario.

haciendo de lo precario fuerza de emancipación, fermento de existencias insólitas. navegando entre huellas, heridas, impurezas y sendas grumosas. contaminadas de múltiples orígenes. pequeñas historias. génesis alternas. por desplazamientos constantes por fuera de lo normado, de lo inducido a través de la palabra y declarado como natural-real-normal.

inmanente precario.

regurgitando conceptos picosos, agrios, avinagrados, cáusticos.

deviniendo reversibles en el lenguaje.

deviniendo reversibles-*con* el lenguaje.

reivindicando la potencia metafórica de la palabra.

desmembrando palabras comprimidas, compactas, macizas.

jugando como niños con sus monstruos amigos al *cuerpo lengua, cuerpa dedos-dientes, cuerpe-talones-garganta-hígado.*

descolonizando los imaginarios colectivos para inventar juntxs los futuros próximos... futuros yuxtapuestos. de teorías palimpsesto. de viajes, idas y vueltas constantes entre *mundos unos y mundos otros.*

mundos extraños, espeluznantes. discontinuos, jaspeados, *cuy-r*, *ch'ixi*. mundos pluricosmológicos, heterogéneos, complejos, fangosos. animalistas-multiespecie. de extensas redes micorrícicas, transnacionales, con brújulas descalibradas, sin centros ni focos. contrasexuales. de múltiples epistemes experimentadas en ecosistemas de pensamiento coralino tentacular. epistemes contrarias, complementarias, opuestas. tan absurdas como fantásticas. de multiversos habitados por holoentes enmarañados en bolos grasos de mitopoiesis, de ensoñación micófila para imaginar-jugar-ensayar modelos solidarios, sensitivos y lirosóficos de mundo. deviniendo hongos y deviniendo-*con* los hongos micorrizógenos arbusculares para lograr reconocernos como el gran campo magnético y mixelar de interdependencia que somos.

subvirtiendo la mecánica del habla...

... nuestra performatividad oral.

operatividad dialogal:

~ a^b d ó m_e n e s ~ d i a f r^a g m a s ~

~ p^u l m o n e s ~ t r á q u e a s ~ l a r i n g e s ~

~ l e n g u a s ~ p^a l a d a r e s ~ e n c í a s ~

~ m^u e l a s ~ d i e n t e s ~ l a b i o s ~

~ s o n i d o s - p^a l a b r a ~

tomando absoluta distancia de todo lo que reconocíamos como lenguaje. todo lenguaje: verbal, gestual, escrito, imaginal. de cada palabra colonizada. palabra perversamente significada.

tenemos graves problemas de carácter lingüístico/semántico en la actual versión de mundo. palabras como *verdad*, *libertad*, *trabajo*, *precario*, *existencia*, *supervivencia*, entre muchas tantas, se encuentran

aprehendidas. han sido capturadas e instrumentalizadas... chatarrizadas. embelesadas, obnubiladas, quebradas, diseccionadas y envenenadas con significados que no permiten senderos plurales y abiertos para poder imaginarnos libremente con ellas. responden a unos únicos y tendenciosos intereses.

desaprendiendo juntxs el lenguaje impositivo y cooptado por el “cisheteropatriarcadoblancoeurocentrista” daremos comienzo a los procesos necesarios para la experimentación de *nuevas libertades*.

re-creando y reapropiándonos de cada concepto que ha sido manipulado y perversamente significado a favor de constructos mercantiles, economicistas, acumulacionistas y capitalistas. fuera de toda ideología.

elevando nuevas definiciones. definiciones inexactas. indefiniciones. percibiendo cómo la mecánica del habla vibra en concordancia con los intestinos, el hígado, el corazón y el cerebro al hacer propio (e)l(x) *cuerpx lenguaje*.

pervirtiendo y transfigurando todas las palabras que nos traen malestar. que sentimos vacías, irritantes, amargas, establecidas y claras. palabras conocidas o desconocidas.

jugando a conformar “n” cantidad de nuevas palabras. palabras descolonizadas. palabras resignificadas. nuevos sonidos: sonidos-palabra; ruidos-emociones; sentipensares travestidos llanto-carcajada, grito-protesta. palabras imaginadas, metamorfoseadas y escritas con un amplio espectro de símbolos y signos existentes o aún no existentes. nuevxs cuerpxs-palabra: palabras-canción.

siendo cuerpxs que cantan.

cantando canciones de estrofas multilingües a coro con los mugidos, maullidos, ladridos, zumbidos, graznidos, chillidos, siseos, croto-reos, ronroneos, bramidos...

fracturando las rimas, los ritmos y las escalas métricamente confeccionadas para las danzas de la acumulación que nuestrxs *cuerpxs-mente* llevan coreografiando ininterrumpidamente por décadas. trasgrediendo las partituras asiduamente interpretadas por cuerpxs de nucas paralizadas,

gases atrapados en los vientres y aterradoras aceleraciones repentinas de las contracciones y dilataciones del corazón.

siendo cuerpxs que cantan y bailan, tejeremos los relatos con que contaremos las nuevas historias y conceptualizaremos los nuevos conceptos de las nuevas configuraciones de mundo. rumiando con palabras y delirando-*con* las palabras de todas nuestras lenguas. lenguas propias, pasadas o extranjeras. *lenguas originarias*. *lenguas nativas*. lenguas vivas y lenguas muertas: las de nuetrxas muertxs.

la mecánica del habla —vibrante— (*cuerpx que canta*), se intensifica con cada extirpación quirúrgica o feroz de las palabras corruptas nocivas emponzoñadas. cuerpxs que vibran somos también cuerpxs que bailan. cuerpxs que no detenemos nuestra vibración, nuestro baile. vibramos constantemente. vibramos exponencialmente. nuestro vibrar pasa por los intestinos, los pulmones, el hígado, el estómago, el corazón, y por cada comisura en nuestras tripas. *con-spira* y se transforma en palabras regurgitadas.

la palabra y el canto son nuestros aliados

Sobre el autor

Andrés Matías Pinilla (Bogotá, 1988). Artista, escritor independiente y gestor de proyectos. Concibe su práctica artística como un poderoso lugar de resistencia y subversión de los modos de existencia que impone un mundo artificial dominante. Encuentra en el juego, el hablar-escuchar con/a otros y la autoteoría, prácticas capaces de activar potencias ocultas e inesperadas en los lenguajes, que nos permiten dar una ruta psico-spiritual-política a nuestro “ser en el mundo”. Sus proyectos suelen ser instalaciones inmersivas y encuentros con personas en los que todxs pasan tiempo juntxs y comparten procesos de sanación. A veces hace objetos, escritos o dibujos para dar otros tiempos y cuerpos a sus pensamientos.

Realizó estudios de arte, con énfasis en medios electrónicos, artes del tiempo y proyectos culturales, en la Universidad de los Andes (Bogotá); el programa Artistas x Artistas de la Fundación El Mirador (Buenos Aires) y el programa IMAN Gimnasio de la Lengua, con los proyectos *LaVerdi* y *ERROR* (Ciudad de México y Puebla). En 2012 ganó una de las becas de creación del Idartes con el proyecto *No soy un rockstar, soy un amo de casa*; en 2017 ganó el Premio En Obra, de la feria Arteba (Buenos Aires), y en 2018 fue invitado a realizar la residencia artística URRRA (Tigre, Buenos Aires).

Es director de “callente, caljente”, un proyecto experimental desde el cual gestiona encuentros entre seres de diversas identidades y contextos culturales, con el deseo de pensar, imaginar y ensayar nuevos mundos posibles que habitar en los futuros próximos.

Desde 2008 expone tanto individual como colectivamente en espacios institucionales, independientes y del circuito *mainstream* latinoamericano. Su obra se encuentra en colecciones privadas de distintos países y en colecciones públicas, como la del Museo Nacional de Colombia (Bogotá) y la del Museu de Arte de Rio Grande do Sul (Porto Alegre).



Instrucciones para preparar un batido profundo

Lizeth Camila Contreras Barrera
Red de Talleres Locales de Escritura. Taller 15



Para preparar el batido, agregamos leche a la licuadora,
el blanco cae en cascada y entramos.

La casa es blanca,
sin tachones ni borraduras. Falta de memoria,
con los años adquirirá otros tonos, uno tras de otro, o varios a la vez.
Los objetos parecen en un inicio
el mismo: todas las cajas son cajas.
Un ojo más paciente toma el cubo acromático y lo levanta en medio de
la luz: cambia.
Dejamos caer el mango, que se zambulle y flota,
barco amarillo inocente al que acompañamos
con banano, moras y azúcar,
si es que nos gusta el placer de lo dulce transitando nuestras venas.

Y entonces giramos. Los trozos se deshacen,
los rayos de luz se arrastran con sigilo en las paredes de la casa.
La pulpa se diluye. La casa es amarilla,
pardusca, violeta. Giramos.
cambiando el espesor,
giramos
creyendo que así es.
Pero un punto de la casa se oscurece y ni siquiera el ojo más ávido nota
ya los cambios:
no conduce a más nuestra acción.

Es ahí cuando tenemos que detener la licuadora, bajar el vaso y tomar-
nos la mezcla.

O no.

Sobre la autora

Lizeth Camila Contreras Barrera (Tunja, Boyacá) tiene veintitrés años. Se trasladó a Bogotá a estudiar psicología y estudios literarios, pues si una aporta principio de realidad, la otra da ilusiones, permite ahondar la mirada en las posibilidades que la vida puede ofrecer. Ambas son necesarias en la vida de Lizeth, pues la complementan.

La escritura la conoció por su madre. De hecho, confiesa que escribe por ella y siente que muchas veces le escribe a ella, pues su madre le enseñó a escribir y a sentir la vida a través de las palabras. Por su parte, las palabras le permiten recordarla. Las otras veces les escribe a sus hermanas, abuelas, tías y a su papá. Esas personas son los hilos con los que teje sus afectos, y de ellas ha aprendido a vivir, a reír y a no rendirse.



mientras trapeaba

Ángel Carrillo
Taller Distrital de Poesía



La gloria está en ser grande y ser útil.

Frase atribuida a Simón Bolívar

mientras trapeaba

se me ocurrió un poema
sobre Simón Bolívar
literatura de verdad
entereza militarismo libertad un poema
sobre geopolítica y la grandeza
de sus patillas aristocracia caraqueña sobre
las amantes del prócer las
vidas derramadas un poema más largo
que su entrada en Wikipedia y a la altura
de sus escapes por balcones y tejados un
poema sobre el material de las estatuas

que no se parten al caer
sobre su esclavismo sobre
la fiebre un catarro pulmonar
incluso los pájaros parados en
las cabuyas de su hamaca lamentan
la muerte del sol un poema
sobre su cuerpo mal embalsamado

cuando me senté a escribirlo
el olor del piso recién trapeado
sin manchas ni marcas el hermoso
trabajo hecho esfuerzo de mis riñones
puesto al servicio de la casa
por la que corre el viento y cuatro gatos
me conmovió más me habló más de
la historia universal

Sobre el autor

Ángel Carrillo (Barquisimeto, Venezuela, 1986). Hijo de colombianas. Es fotógrafo, editor y diseñador. Durante siete años fue editor general de la revista contracultural *Cartel Urbano*. Ha publicado crónicas, entrevistas, fotoensayos, cuentos y reportajes.



¡chicas! ¡chicas!

María Luisa Sanín
Taller Distrital de Poesía



ellas son las chicas chicas

con uñas de acrílico
prótesis
y anillos
de plata escarcha
tienen dedos alargados
que en fotos envuelven el forro peludo
del celular

las chicas chicas son
internetudas
con tobillera de perlas
chicas chicas
dosmileras a veces *vintage*
no pasan de moda
la faldaeyín
el top mariposa, el clip mariposa

hacen registro de bodegones domésticos
rosados, botánicos
les gusta Rothko, lo ponen en el blog
les gusta James Turrell
se hacen manicures de gradiente
saben que el color es sensación
saben echarle
gomina a la ceja, peinarla hacia arriba
hacen curadurías
húmedas, humectadas

el blog es un lugar
no es un *collage*
ni un álbum de fotos

hay días en que las chicas chicas
ven noticias tristes
días en que
su padre enfermo o el perro
desgarbado que adoptaron
tienen ojos
que son lagunas que no reflejan
y las chicas chicas
suben flecos

stickers

botas de vaquero
una plataforma que adorna
la quietud de un paso

Sobre la autora

María Luisa Sanín (Bogotá, 1992) es artista plástica, escritora y codirectora del espacio independiente Flotante, en Bogotá.

Es egresada de Central Saint Martins (Londres, 2011) y Chelsea College of Art (Londres, 2015). Ha participado en varios programas pedagógico-artísticos y residencias, como la Escuela Incierta (Cali, 2018), Fountainhead Residency (Miami, 2018), WHW Akademija (Zagreb, 2019-2020), entre otras.

En el 2021, su poema “A Catalina” fue publicado en *Como la flor*, de editorial Planeta, y en el 2022 participó en el Taller Distrital de Poesía. Es autora del poemario inédito *La última generación* (2022). Tanto en su escritura como en su práctica artística se interesa por el peso psicológico de las vivencias contemporáneas en el capitalismo tardío y el neoliberalismo: el internet y sus subculturas, la cultura popular y su consumo, y la emocionalidad que conlleva el colapso ecológico.

Ha hecho exposiciones individuales en Bogotá, Zagreb y Chicago. También ha expuesto colectivamente en Argentina, Colombia, Croacia, Cuba, Estados Unidos, México, y Reino Unido.

Flotante es un espacio independiente y residencia artística inaugurado en noviembre del 2021, cuyo enfoque curatorial se centra en las intersecciones del arte contemporáneo con las artes aplicadas.



Un dibujo son muchas cosas

Vanessa Peñuela Buitrago
Taller Distrital de Narrativa Gráfica



*UN DIBUJO SON MUCHAS
COSAS*

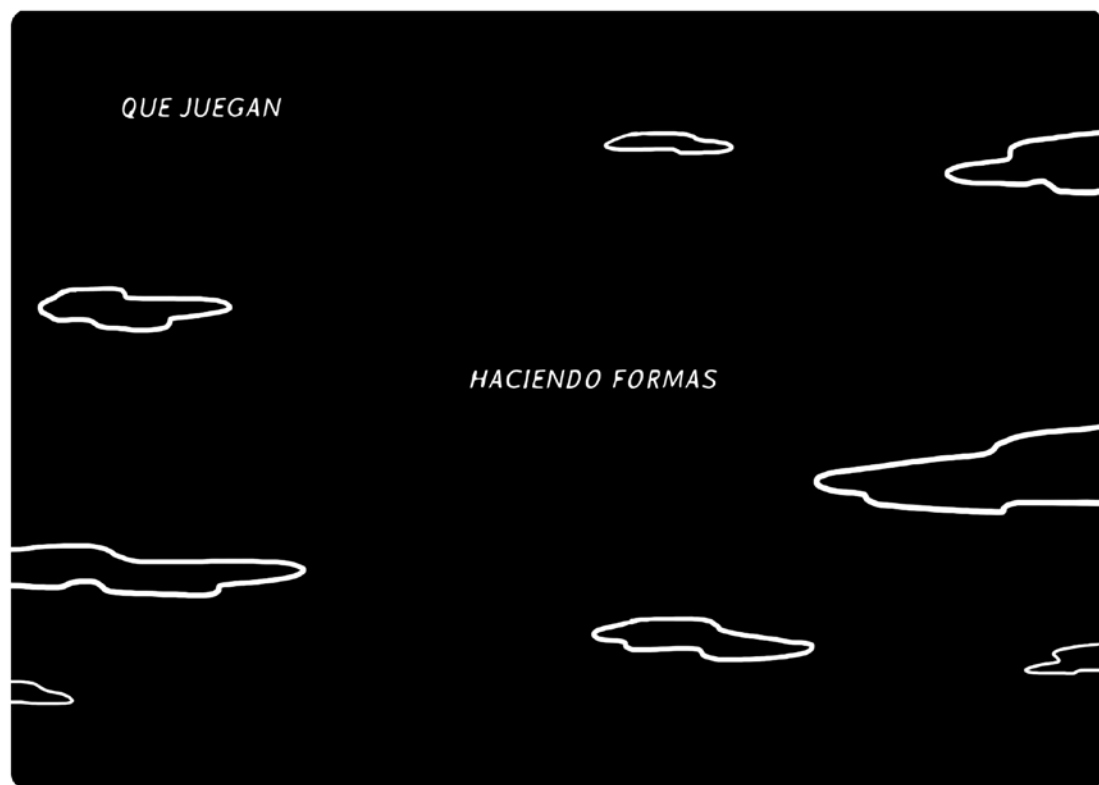
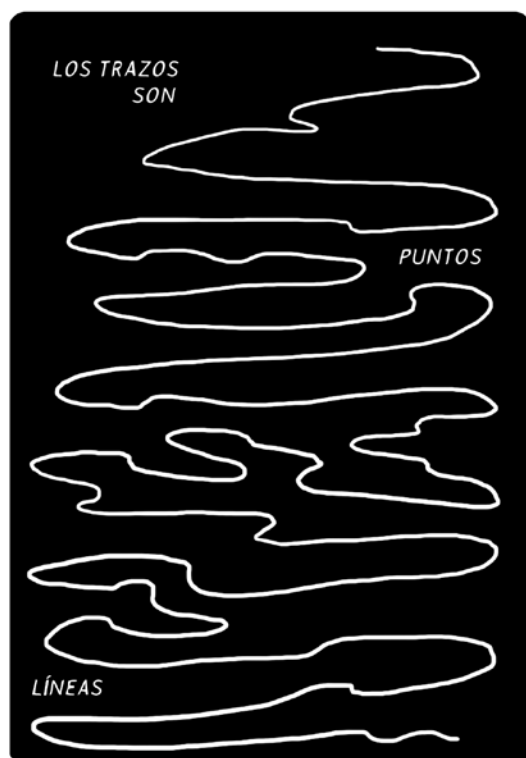
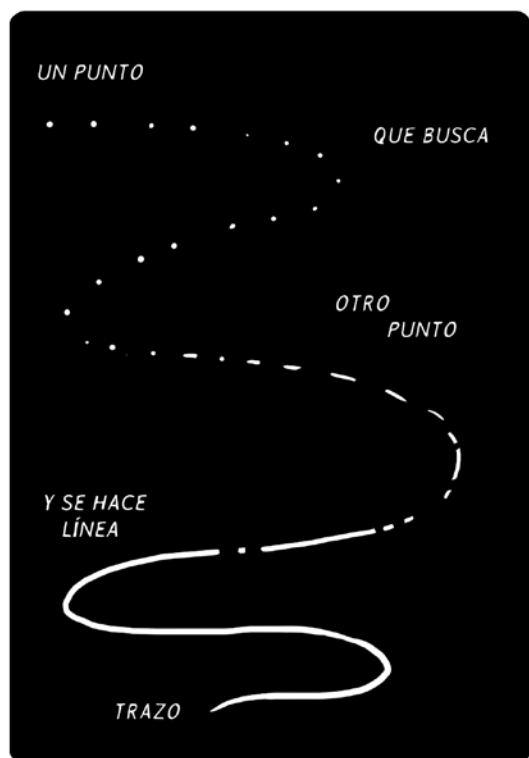


UN PUNTO

UNA LÍNEA



MUCHOS PUNTOS



Y JUNTOS

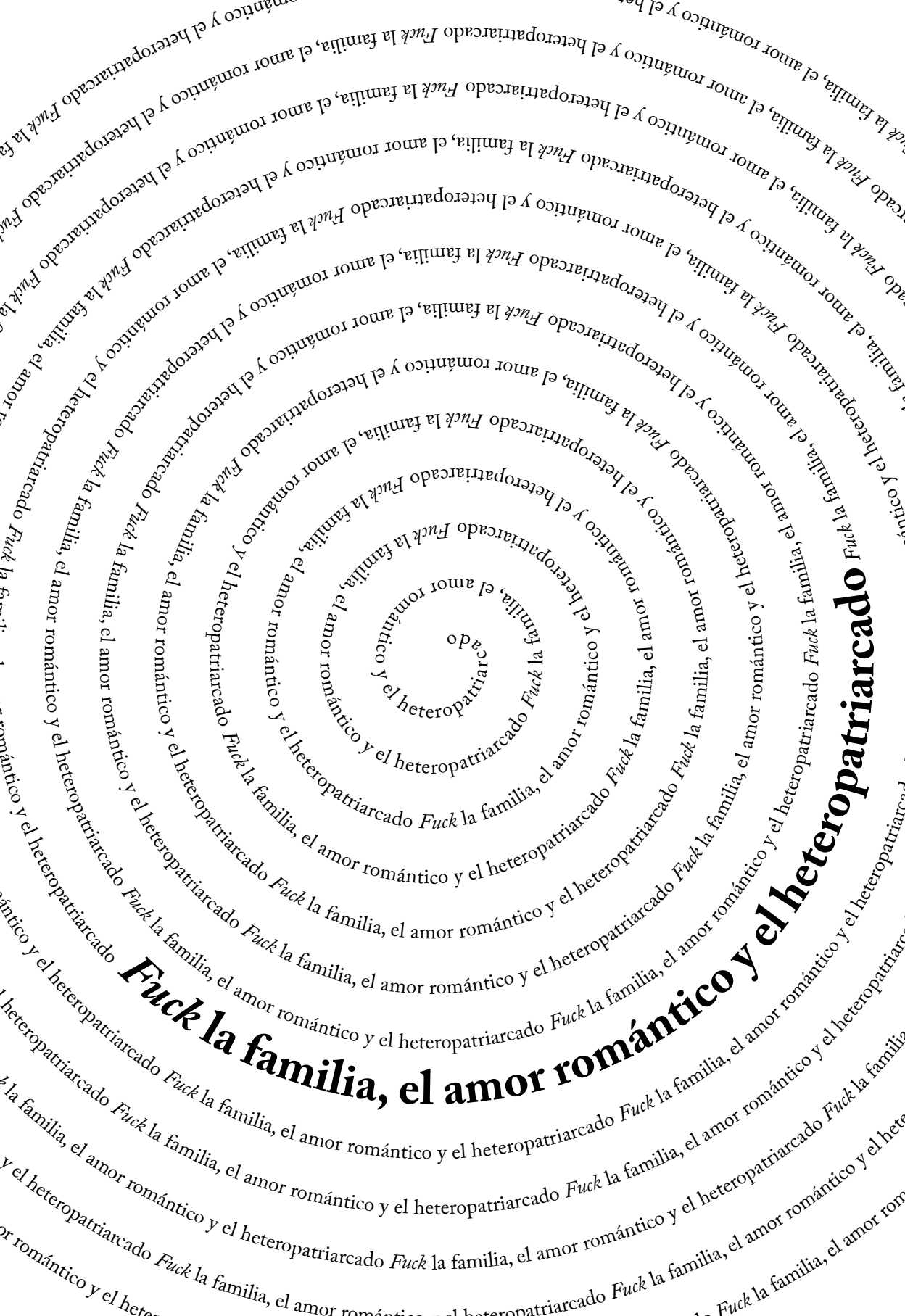




Sobre la autora

Vanessa Peñuela Buitrago (Bogotá, 1993) es una artista plástica visual egresada de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Recientemente ha reafirmado su identidad popular kennediana. Ha desarrollado un interés particular por las construcciones de los barrios populares de Bogotá, sobre la problemática de la gentrificación y cómo esto incide en la cotidianidad de quienes habitan esos lugares.

Fue una de las realizadoras del cómic *Las cholas anarquistas* (2020), antología de cómic sobre movimientos de mujeres, personas trans y feministas indígenas del sur global. Actualmente dedica los días a jugar y a crear mundos con niños y niñas de primera infancia.



Fuck la familia, el amor romántico y el heteropatriarcado



La noche devoró a Dios

Lauren Camille Moreno
Red de Talleres Locales de Escritura. Taller 12



No quiera Dios

de visita a Bogotá
que un despistado transeúnte
extenuado por la jornada laboral
atienda con desconfianza y a regañadientes
su pregunta de extranjero
solicitando indicaciones
para acercarse o llegar incluso
a las inmediaciones de su hotel en el Chicó Norte.

No quiera Dios
por ese acto de humildad
al usar transporte público
que ese lumpen asalariado
desagradable y desgraciado
ante la magnificencia de la divinidad
lo oriente equivocadamente

haciéndolo tomar “un ruta fácil”
que lo deje varado a eso de las diez u once de la noche
en la estación de la avenida Caracas con calle 22.

Desprovisto de tarjeta para recargar otro pasaje
y vaciadas sus impolutas barbas de pesos colombianos
por no haber tenido tiempo de trocar
todos los dólares en la casa de cambio.

No quiera Dios
que convencido de haber llegado a su destino
arrastrado por su fe ciega en la palabra del hombre
salga del portal cruce la calle y se adentre sin saberlo
en las lujuriosas cuadras del barrio Santa Fe.

Vendedores ambulantes habitantes de calle
mujeres inmigrantes con niños en brazos
llorando desconsoladamente de hambre.
¡No quiera Dios
ver esto en sus vacaciones!

Aterido de frío
pues apenas está vestido
con una amplia túnica blanca
cubriendo su carne
y sus mustias vergüenzas.
No quiera Dios
que lo abrase una fiebre inminente
al tomar la esquina y verse asediado
por un manar de cuerpos tan extraños
apenas cubiertos jugosos y osados
tan distintos de Adán y Eva.

Él

tan varonil y bien portado
heterosexual hasta el tuétano
como sagradamente estipula
la divina providencia.

Incapaz de comprender
cómo el ser más libre de pecado
terminó en lo más recóndito del averno
catado de arriba a abajo
por figuras demoníacas
meneándose y sosteniéndose
en tacones de aguja de quince centímetros
¡No quiera Dios
que aun contra su voluntad
sus deseos más reprimidos
resulten liberados ante la imagen transgresora
de esas diosas putas trans!

Tan marginadas como violentadas
Quiera Dios que se le hinche la polla
y esas bocas disidentes se la devoren toda
hasta hacer de su cielo, en este mundo,
un bacanal sin cuerpos normados
desbordados del binario
a la medida de sus tentaciones.

Sobre la autora

Lauren Camille Moreno (Bogotá, 1996). Mujer trans, artesana y licenciada en Ciencias Sociales, se ha dedicado durante varios años a la educación popular ambiental en la localidad de Kennedy, por medio de la cual promueve la defensa, apropiación y protección de los ecosistemas urbanos presentes en el territorio. En el año 2020, inmersa en una atmósfera íntima, colectiva y social de profundas crisis a causa de la pandemia de covid-19, inicio su proceso de tránsito, tras encontrar refugio e inspiración en la vida y obra de figuras incómodas, como Marsha P. Johnson, Paul Beatriz Preciado, Laura Frida Weinstein y Miquel Missé, entre otros, quienes le revelaron la urgencia de hacer posible la imposibilidad de existir, persistir y resistir en un sistema-mundo disciplinado para anular los cuerpos subversivos. Su acercamiento a la poesía ha hecho parte de un ejercicio de reivindicación de su experiencia de vida como disidencia sexo-genérica, históricamente leída como monstruosa, perversa y patológica por la matriz cultural dominante. En sus transpoemas ha buscado retratar las formas en que se manifiesta el deseo, el amor, la angustia, el desamparo, la orfandad y la resistencia en las corporalidades fugadas del esencialismo y el determinismo biológico del sistema binario. Como una astilla punzante en el dedo gordo del patriarcado y un quiste insufrible en los ovarios del feminismo transexcluyente, su escritura reclama, denuncia y exige un espacio vital en el lenguaje, que permita reconocer y hacer visible las voces de las identidades somatopolíticas diversas, expuestas a la marginación, exclusión y el exterminio por el mandato transodiante de la hegemonía cisheteronormada.

Ciudadano extranjero

Gerónimo Palomino Céspedes
Taller Distrital de Cuento



¿Superioridad? ¿Inferioridad?

*¿Por qué no simplemente intentar tocar al otro, sentir al otro,
revelarme al otro?*

Mi libertad, ¿no se me ha dado para edificar el mundo del Tú?

Franz Fanon, *Piel negra, máscaras blancas*

Recientemente lo único que he podido pensar es que quizás antes era más feliz. No sé si era así, o si es una idealización producida por la nostalgia y el deseo de regresar a una vida más simple. Sin duda, estaba mucho más cómodo antes de las marchas, los talleres por la justicia social, las escrituras panfletarias y los sucesos que les precedieron. Todo ello en principio era desconocido para mí. Quizás, ahora que lo pienso, estoy más satisfecho hoy que hace 33 años, aunque esté más cansado y mantenga una vida principalmente solitaria, no podría ser diferente aquí, en el exilio.

Recuerdo estar en aquella curtiembre cerca del río Tunjuelito. De mí aún no se van los olores penetrantes e invasivos a carne putrefacta, a cuero sanguinolento, mezclado con tierra y sudor de personas encerradas y acaloradas, ni esas texturas babosas de la piel muerta que quedaban como vestigios pegados al cuerpo después de haberle quitado la carne, la grasa y el pelo, para curtirla, recurtirla y teñirla. También evoco pasar de trabajar a comer, dormir y vivir allí. No había otro lugar para mí. Por más que a lo lejos divisara las luces de la ciudad, en ese momento tampoco me habría ido.

Al levantarnos, los jefes de la curtiembre nos hacían repetir el fundamento de todo el sistema, la razón por la que nosotros estábamos allí, la que nos permitía agradecer no encontrarnos en las minas de coltán o instalando los cables de energía eléctrica bajo el mar: “Cada hombre a su lugar, y un lugar para cada hombre”. En ese momento yo creía esas palabras: nunca había dudado de que aquel lugar era el mío y el de todos aquellos catalogados como monstruos, y lo habitaríamos hasta que, por méritos propios, dejáramos de serlo.

A mí me llevaron a la curtiembre cuando tenía cuatro años. Como llegué tan pequeño, me terminó de criar la madre de madres, igual que a todos. Ella se encargaba de todas las personas que llegaban hasta que eran mayores; entonces pasaban a formar parte de las tías o las madres, y la madre de madres se convertía en abuela, aunque siempre y en primer lugar sería *la Madre*. Ella se llamaba Clara, pero los jefes le decían Hernán.

La madre Clara nunca salió de la curtiembre, porque para los jefes jamás dejó de ser monstruosa. Era una mujer alta, con sombra de barba y una manzana de adán bastante pronunciada. Sus manos podían cubrir tu espalda y coger tu cabeza en su totalidad. Eso me hacía sentir seguro y cálido cuando me alzaba, después de un día difícil. Sus brazos fuertes y anchos me salvaban de los fantasmas, de los jefes y de la oscuridad. Nunca quise que se fuera, pero ahora que lo pienso, desearía que hubiese tenido una vida más feliz. Murió en la curtiembre intoxicada por sales de cromo,

con la piel reseca y la barba crecida. Las tías la maquillaron y la rasuraron para enterrar su cuerpo en un modesto hoyo, detrás de la curtiembre.

Ni la rasuradora ni el pedazo de tierra en el que fue enterrada le pertenecían a la madre Clara: allí ningún monstruo tenía propiedad más allá de su overol gris. El mío, igual que el de todos, llevaba bordado el nombre que elegí; había visto a la costurera hacerlo. Me dijo: “Ese es tu nombre, el que escogiste”. Era como tener la identidad colgada del cuerpo, accesible al tacto, y de alguna manera eso la hacía real.

Yo sabía que mi nombre era el mío, pero también creía que el que me dieron cuando nací era el verdadero, y así lo aceptaba. Sabía que los jefes y las personas que me enviaron a la curtiembre eran mejores que yo. Admiraba y envidiaba la belleza de sus cuerpos, sus genitales; soñaba con que llegara el momento de ser digno y ganarme paso a paso mi certificado de persona, aquel que me daba dignidad y eliminaba mi condición de monstruo. Al mismo tiempo, sentía una profunda aprensión en el pecho y la garganta, pues en ese momento creía que sin la ayuda y benevolencia de los jefes siempre existiría una distancia insondable entre ser hombre y ser yo: por más que me acercara a ellos, seguiría siendo inferior. Quizás hoy también existe esa brecha, solo que ya no de la misma manera.

El trabajo en las curtiembres era monótono y pesado. Las pieles caían en el piso húmedo salpicando por todas partes. Los más pequeños cogíamos aquel pedazo de animal y nos encargábamos de los primeros procesos: quitar el pelo, el sebo y la carne sobrante; 24 o 32 horas después solo permanecía la cáscara de lo que fue un animal; las tías, madres y chicos más grandes se encargaban de curtir, recurtir, teñir y secar; en ese momento ya no quedaba piel, sino solo un cuero suave al tacto, un producto que se vendía muy bien.

Al igual que la piel pasaba a ser un lindo, sufrido y sedoso cuero, en las curtiembres todos anhelábamos pasar de ser un cuerpo ajeno a uno bello y esbelto. Como pasa con el cuero, nunca se iban las cicatrices de las modificaciones corporales, de ponerse implantes de silicona o quitarse las tetas. Que abrieran tu cuerpo con un bisturí quirúrgico, en mi

mente, se parecía a diseccionar las partes de la piel con las que trabajábamos para darles una forma útil y estética. Me imaginaba las manos de alguien untadas de mi sangre y de la grasa de mi pecho. Las marcas de ese bisturí arrancando los signos de monstruosidad eran en mi mente el abismo que nunca podría cruzar, lo que separaba a las personas verdaderas de aquellas que eran meras imitaciones.

La idea de la curtiembre era simple: cada año obtenías 60 bonos por tu trabajo, aunque te quedaban 40 después de pagar la cuota de manutención; solo servían para eso y para saldar el costo del certificado de persona, que ineludiblemente tenías que adquirir con la mayor cantidad de modificaciones corporales necesarias para dejar la monstruosidad atrás. El certificado costaba 300 bonos, y, cuantos más años te quedaras, podrías pagarte una voz más adecuada, una barba frondosa o una tez más sedosa, incluso unos genitales bellos y funcionales. Todas las tías los deseaban. Ellas hablaban de la “cuca de oro”, aunque realmente decían que era de pescado, del cuero de una tilapia. Como valía tanto, la mayoría no se iba: se quedaban acompañando a la madre Clara, “de fiesta detrás de la curtiembre”.

Si pagabas el certificado, un notario venía a evaluar la calidad y cantidad de las modificaciones corporales compradas. Si él y los jefes las consideraban suficientes, aprobaban la compra e inmediatamente te llevaban a los centros de paso, donde los monstruos dejaban de serlo, ya fuera porque modificaban su cuerpo con implantes o reducciones (les ponían silicona en senos, glúteos o pómulos; les quitaban tetas y úteros) o porque les aclaraban la piel con productos químicos, o compraban partes que desde antes les faltaban, como algún brazo, pierna u ojo.

Si negaban tu compra, la mitad del pago del certificado costaba los viáticos del notario. El resto de bonos volvía a tu cuenta amparada y custodiada por los jefes. También recibías una sanción de un año sin poder llenar la solicitud para revisión, por lo que mínimo debías esperar dos después de un intento fallido. Yo entendí todo esto solo cinco años después de llegar y dos antes de conocer a Kim.

A Kim le enviaron a la curtiembre cuando tenía catorce años. Algunos jefes le decían María, y otros, José; unos le trataban de ella, y otros, de él. Kim siempre parecía sentir enojo, como si cualquier cosa que le dijeran estuviera mal. Yo le creía con fortuna, pues pensaba que al menos la mitad de los jefes acertaba al llamarle.

A Kim le castigaban mucho, y como no era una madre o una tía, no le mandaban a los burdeles, pero sí a la casa pequeña, donde en privado nos deseaban, hablaban, acariciaban, golpeaban y penetraban igual. Era como una corrección para decirnos que nosotros estábamos equivocados hasta que ellos dijeran que no era así, hasta que ellos aprobaran la compra de los bonos, pero eso no lo entendía en ese momento.

En la casa pequeña nos conocimos. Cuando no hacías tu trabajo te enviaban allí por días, semanas o meses, dependiendo de tu falta. Kim lloraba y yo no entendía, pero de alguna manera sus ojos despertaban en mí la misma tristeza que debía de estar sintiendo; no era lo mismo con la rabia. Yo no sabía enojarme.

En esa ocasión le ofrecí a Kim el único bono que había visto en mi vida; se le cayó a un notario y salió volando, lo recogí para entregárselo y, al ver que el hombre ya no estaba, lo conservé. Era tan lindo aquel papel dorado que no pude dárselo a los jefes. Lo guardé para mí.

—¿Para qué me entregas ese papel?

—Es un bono. Si quieres, lo podemos compartir. Así cada uno estará más cerca de irse de acá, de no ser un monstruo

—¡Yo no soy ningún monstruo! ¡Yo soy Kim, a secas!

—¿Entonces por qué estás acá?

—Porque ellos quieren que esté acá. Quieren que... estemos acá, ¡Ellos son los monstruos!

—No les digas así: ellos son los jefes

—¡Ellos son los jefes porque así lo han decidido, no porque sean especiales!

—No te entiendo.

—Tú y yo no estamos aquí por monstruos. Ellos han decidido quién lo es y quién no.

—Eso no es verdad: yo soy... un monstruo porque he nacido así.

—Nadie nace así.

Kim siguió hablando de muchas cosas. Dijo que había más de dos géneros, que las diferencias no eran malas y que en el mundo había muchos tipos de belleza; que estar en las curtiembres era un castigo inmerecido, que lo que hacían en los burdeles y en la casita era malo, y que toda persona debería tener el derecho de elegir su lugar en el mundo.

Yo no entendí de qué hablaba, pero el fuego de sus ojos resultaba hechizante y acogedor. Me acordaba del calorcito de mi casa antes de llegar a la curtiembre, o de la fuerza de los brazos de la madre Clara. Me sentí cálido después de mucho tiempo, como si mi tripa estuviera contenta, la piel seca no me ardiera y la sangre que corría entre mis piernas no existiera. Después de esa ocasión siempre quise pasármela con Kim, especialmente cuando supe que yo no le molestaba, que conmigo no sentía enojo. Yo era como su hermano menor.

Kim me enseñó muchas cosas: me dijo que existían más que hombres y mujeres, que no era ninguno de los dos y que por eso le habían enviado allí; me decía también que precisamente por ello no quería ninguna modificación corporal y sentía tener una condena de cadena perpetua, porque, aunque comprara el certificado, no podría conseguir ninguna modificación convincente para el notario.

Con Kim aprendí a leer y a escribir. Después del trabajo en la tierra del dormitorio, dibujábamos figuras que después entendí que eran letras; por la noche yo las tocaba para miraras con mis dedos y en la madrugada las veía con los ojos antes de borrarlas. Aprender a leer y escribir era como tocar el nombre bordado a mano en el overol: de algún modo me hacía sentir más real. Aunque eso me llevó a descubrir que mi overol decía *Capturado* y no *Gabriel*. Con el tiempo vi cómo en las prendas grises de todas las personas decía *Capturado* o *Remitido* o *Penitente*, palabras que se ocultaban con diferentes adornos y formas tejidas.

Al darme cuenta de tal engaño sentí que la tripa me ardía y mi boca eructaba fuego. Kim me dijo que así se sentía la rabia. Entonces por primera vez entendí que yo podía y debía enojarme: se habían aprovechado de que la mayoría de chicos, madres y tías no sabían leer o escribir. Realmente, Kim era la excepción. Cuando le pregunté, me mostró su overol: *Entregado*.

—¿Qué significa *entregado*?

—Que mi familia decidió traerme.

—Pero ¿por qué te dejarían acá?

—Les estorbaba, Gabriel... Les estorbaba para ascender.

—¿Para ascender?

—Sí, ellos son... dirigentes.

—Por eso sabes leer: tus padres son jefes.

—Sí.

—Por eso llegaste tan grande.

—Sí.

En ese momento no supe qué decirle a Kim. Por un lado, me alegraba de conocerle, pero, desde que hablábamos, la curtiembre me parecía cada vez más putrefacta, más asquerosa, gris y chica; de algún modo me sentía asfixiado, como cuando en la casa pequeña el jefe me cogía por el cuello hasta que abría mi boca y volcaba en ella el humo de su cigarro. Al mismo tiempo, me sentía desconcertado y avergonzado. Cuando miraba mi reflejo en los charcos, no podía mirar lo que Kim veía en mí; solo veía lo que decían los jefes, eso que yo también creía.

Kim me contaba de lugares que parecían fantasías. Me decía que en Argentina estaban creando una ley para protegernos, que, en una región de Europa, junto al mar del norte, las modificaciones corporales no eran obligatorias y que, mucho tiempo atrás, personas como nosotros eran grandes guías espirituales de numerosos pueblos, jefes aún más importantes y poderosos que los nuestros. Aunque sus palabras me confortaban, seguía sintiéndome un monstruo.

La idea de una vida alterna me obsesionaba y me quemaba tanto como las sales de cromo. Me encontraba soñando despierto, viviendo en

Argentina o en algún tiempo pasado. Cada vez más, mi mente se acercaba a una frontera sin retorno. La idea de fugarme empezaba a electrizar mi cuerpo. También me paralizaba el miedo. La visión de encontrarme rodeado de jefes armados recordándome mi lugar, o verme enfrentando un juicio donde desnudo expondrían y palparían mi cuerpo para reafirmar mi monstruosidad, no me dejaba dormir: me producía tanto agobio que me sentía una piel a punto de ser presionada después de ser curtida.

Algunas tías, madres y chicos consideraban un ser excéntrico a Kim. Había quienes parecían jefes cuando le hablaban. Le trataban como el ser más problemático del lugar. Cuando vi sus tratos, entendí que lo que salía de aquellas bocas era lo mismo que yo me decía, lo que los jefes pensaban de todos nosotros. En ese momento me descubrí pensando que posiblemente nosotros éramos iguales a los jefes, pues si yo era un ser tan inferior, ¿cómo pensaba igual que ellos?, ¿cómo podía entender con tanta claridad sus argumentos?

Esto me llevó a hacer una locura en los meses posteriores, la noche en que sentenciaron a Kim a trasladarse de lugar y a trabajar poniendo cables en mitad del océano. Después del breve juicio, yo me escurrí hasta la camioneta en la que, en una jaula y con esposas, le tenían sin custodia. Era habitual que en la casa pequeña los jefes gastaran sus noches teniendo sexo con chicos, bebiendo o consumiendo. Contaban con que nadie ayudaría a Kim. Se equivocaron.

Entré al taller de la curtiembre y cogí el ácido sulfúrico, con el que se les quitaba la cal a las pieles. Derretí el candado de la jaula y las esposas de Kim, aunque nos llevó toda la noche, estuvimos listos para partir antes del amanecer.

Por un instante miré hacia atrás. Sentía que abandonaba a las tías y a los chicos, pero no podía quedarme: ya había pasado diez años de mi vida en ese lugar, e intuía que no tenía nada para mí: la madre Clara había muerto hace muchos años, Kim se iba y, por más que lo había intentado, no tuve éxito comprando el certificado. Tres años antes, cuando llegó Kim, intenté adquirirlo junto con tres modificaciones

corporales; rechazaron mi compra porque no me alcanzó para un pene, seguía sin alcanzarme, y en ese momento ni estaba seguro de quererlo, no sabía si me serviría para algo, si podría aceptarlo como una parte más de mi cuerpo. A pesar de mi creciente negativa a ponerme un colgante de carne entre las piernas, aún me sentía yo, sentía que era Gabriel, y no la mujer que mis padres dejaron que se llevaran.

Alejarse de la curtiembre no era difícil; lo realmente complicado era creerse merecedor de estar en otro lugar, sobrevivir a los controles de la ciudad y no ser traídos de vuelta por reguladores o caer sentenciados a un nuevo sitio por los jueces.

Kim y yo caminamos por varios días. Durante ese tiempo no nos encontramos con nadie: era como si la curtiembre hubiera quedado a la orilla del mundo. Eso me alivió, pues cada ruido me hacía pensar que pronto nos recapturarían y nos condenarían a mayores trabajos. A la curtiembre llegaban historias de monstruos que se escapaban y los mandaban a las minas de coltán, donde ni la luz del día se veía. Las imágenes de ser capturado y enviado al corazón hirviente de la tierra me hacían sudar frío, arrebatában el aire de mis pulmones y me congelaban, mientras mis oídos zumbaban. Este terror paralizante hizo que el viaje fuera lento, tortuoso y tomentoso en las noches; solo Kim, con su voz, con sus abrazos y paciencia, se presentaba como un bálsamo para mi cuerpo y mi alma.

Caminar fue de algún modo descubrir un nuevo mundo, como dejar que la naturaleza te arrullara o acariciara, y te sanara el alma. En esos días, al lado de un acantilado que me mostraba el mundo a los pies, me di cuenta de que con todo el corazón temía ser recapturado, pero que no le temía a la muerte, así que decidí que, si un día intentaban atraparme, me mataría antes que dejarme llevar por los jefes; esa íntima promesa hizo que la travesía fuera más llevadera, pues por primera vez entendí que mi vida me pertenecía y que podía hacer con mi cuerpo lo que quisiera, desde arrojarme a un barranco hasta cortarme las venas.

Dado que no podíamos regresar a la curtiembre ni avanzar a la ciudad sin correr un riesgo muy alto, decidimos subir al páramo. Allí vivimos

meses, solo Kim y yo. Kim cada vez parecía sentirse mejor: no se le veía la rabia correr por las venas, aunque parecía más vulnerable. Al mirar sus ojos descubrí una humanidad creciente, y al verme en el agua descubrí la misma mirada que yo veía en Kim: viéndome a mí, descubrí también humanidad en mí. Los meses que pasamos solos en el páramo los recuerdo y anhelo con cariño. Hoy día pienso que ese tiempo no solo nos permitió sobrevivir, sino también empezar a vivir, reír, soñar y sanar.

Pasados ocho meses en el páramo, Kim me dijo que debíamos avanzar, que necesitábamos hacer algo, que su alma inquieta y llena de fuego anhelaba más. Tenía la loca idea de ir a Argentina para aliarse con quienes habían firmado la ley que nos protegía allá. Yo temía perder la tranquilidad que teníamos en el páramo, perder su compañía, pues según lo que me había contado, ese país estaba lejos y tendríamos que pasar por varias ciudades para llegar. Kim me dijo que partiría en una semana, conmigo o sin mí, aunque dejarme le dolería.

Tres días antes del plazo que Kim me había dado, vislumbramos por entre la neblina presencia de personas en el páramo. Yo temía que fueran reguladores o cazadores, así que recogimos las pocas cosas que teníamos con la intención de partir esa misma noche. Cuando el sol se puso y la hora se aproximaba, nos encontramos frente a frente con un rostro oscuro como el coltán. Nos miraba y amenazaba con un cuchillo. Nos mantuvo a raya hasta que ella y sus acompañantes comprobaron que no éramos peligrosos.

Yo nunca había visto a una persona negra; solo había escuchado las historias que los jefes contaban sobre esos otros “monstruos”. No puedo negar que los primeros días después de reunirnos me sentía amenazado, pero con el tiempo entendí que lo que había escuchado era mentira, y llegué a avergonzarme de mi estupidez.

Marsha no viajaba sola: estaba acompañada por tres mujeres y dos hombres. Las tres mujeres eran negras, al igual que uno de los dos hombres; el otro no oía y se comunicaba con señas. Al igual que Kim y yo, se habían fugado; la diferencia era que tenían un objetivo claro: llegar

a Argentina. Kim estaba feliz de encontrarse con este grupo. Era como si sus planes fueran avalados por la sincronía del universo. Ante tales hechos y el temor de quedarme solo, decidí unirme al objetivo.

Aprendimos a camuflarnos. En la ciudad, solo Kim y yo salíamos durante el día, renunciando a nuestros nombres e identidades. Fue duro, pero no había otra manera, y no me disculparé por ello. Marsha y compañía aguardaban en el escondite elegido. Nos movíamos de noche, rápidamente, entre las 8 p. m. y las 3 a. m. El viaje nos costó 1270 horas, 181 días, 6 meses de caminata, una persona fallecida y... situaciones que no narraré, que guardo para mis pesadillas, en la privacidad de mis memorias. Marsha, Kim, las tres mujeres, Paul (el hombre sordo) y yo nos presentamos en una oficina del Centro de Integración para Personas Migrantes y Refugiadas y pedimos refugio.

Aunque nos miraron raro y con desprecio, aprobaron la estadía. Por fin se caía de mis hombros un peso que yo no sabía que había cargado todo ese tiempo. Era como si en ese momento sintiera realmente la libertad. El aire entraba a mis pulmones en bocanadas gigantescas, sin penas o temores, sin sentir que era un exceso indebido.

Después de ese atisbo de libertad, mi cuerpo se fundió por días con la cama, incapaz de salir de las cobijas, de moverme, de mirar a otro lado que no fuera la pared, el reflejo de la luz y el polvo en esa pared *beige*. Era incapaz de comer, y no sabía por qué, si estaba en el mejor momento de mi vida hasta entonces.

Pasado un tiempo, uno que no recuerdo con exactitud, un día me giré y me senté en la cama. Pude ver que a mi lado estaba la cama de Kim, y en ella, un bulto que le representaba. Comprendí que se sentía igual que yo, y le dejé paz. Giré mi cabeza. La habitación estaba limpia, las cortinas, descorridas, y había agua fresca en la mesa junto a mi cama. El cuarto estaba tan perfecto que sabía que alguien lo limpiaba. Noté que las otras camas estaban vacías y tendidas. Por un segundo me asusté. Salí corriendo del cuarto. Olía a guiso, y la música se deslizaba por las paredes. Me acerqué a la cocina, y entonces vi a Marsha, Silvia, Paul y Laura riendo.

Marsha me sonrió con dulzura, acarició mi mejilla y me abrazó. Al oírlo me dijo: “Ya estás aquí, a salvo”. Lloré, lloré como nunca lo había hecho en mi vida. Todo yo era agua, y ella me contenía; todos me rodeaban y la cocina me cobijaba. Comimos, tomé una ducha, escuché la historia de Marsha sobre la huida, de cómo habían vivido hasta entonces y cómo pasaron por lo mismo que Kim y yo. El baile bajo las estrellas y el cuidado profesado entre unos y otros les salvó la vida y el alma. Por la noche le llevé agua a Kim y me acosté a su lado.

Esos días los recuerdo como el agua del río Tunjuelito: a veces dócil y dulce, a veces turbia y rabiosa. Por primera vez era libre y nadie me perseguía; no sabía qué hacer con tanto.

Los programas sociales del gobierno argentino fueron grandes motores para incentivar mi curiosidad y motivación. Terminé mis estudios de bachillerato gracias a la conexión de esos programas con propuestas populares y comunitarias. Estudiar en el Mocha Celis, el primer bachi trans, me permitió ver aquellos cuerpos antes monstruosos existir libremente; un centenar de personas negras y trans andaban por aquellos salones y corredores exhibiendo su identidad, sin pretensiones ni culpas. Era como si de repente un cuero muerto y sulfatado volviera el tiempo atrás para ser una piel babosa en el piso que se levanta y se une a aquellos pedazos de carne, grasa y tendones, tejiéndose de a poco para volver al poderoso animal de antes.

Ver aquellos cuerpos ser más que resecciones, aumentos, brazos, pechos, voces y rostros, sentirlos humanos, encontrarme con sus emociones, alegrías y deseos, me permitió reafirmar mi existencia y lo ajenos a la monstruosidad que eran Kim, Marsha, Silvia, Laura y Paul; por relación, también yo era un forastero de esa mirada impuesta.

En ese instante me supe humano, uno completo, y me despojé del sentimiento permanente de inferioridad que había habitado en mí hasta el punto de envidiar los genitales de los jefes, de admirarlos y sentirme en deuda infinita por su capricho. Entendí que la obligación de obtener el certificado de persona con la mayor cantidad de modificaciones solo era

una treta más de ellos para mantenerse arriba de nosotros, para organizar el mundo y sentirse superiores; en este punto de mi vida, de mi transformación como persona, nuevamente lloré, esta vez de rabia, de sentirme ultrajado, abusado, condenado a un camino sin futuro. Todos los días me hervían las tripas, y los tendones se me crispaban. Intenté manejarlo, controlarlo, apagarlo. Para eso aprendí a tejer y a dibujar; no funcionó. Por su parte, Kim decidió estudiar ciencia política; Marsha y Silvia se hicieron enfermeras; Laura apoyaba a Paul con su comunicación y con el aprendizaje de lenguaje de señas. De alguna manera, todos estábamos prosperando. Podríamos habernos quedado así, pero no era el plan inicial, y ahora más que nunca me sentía a la expectativa de ejecutar nuestro plan.

Marsha y Silvia empezaron a trabajar; Laura y Paul consiguieron puestos cuidando niños; Kim mesereaba los fines de semana, y los otros días estudiaba. Yo no hacía mucho. Había terminado el bachillerato más rápido de lo esperado y nadie me aceptaba en un trabajo porque seguía siendo menor de edad. El aburrimiento me consumía; el ocio se volvía rabia, y la rabia, inquietud y apatía. Kim me decía que fuera a caminar o me invitaba a su universidad para distraerme.

En una de las clases en las que me colé, el profesor les decía a sus alumnos: "... no, no existe. Si no hay un oído para interpretar aquellas vibraciones, no habrá sonido...". Me quedé toda la clase. Estaba fascinado con esos pensamientos. Volví a la semana siguiente.

De semana en semana me involucré en la universidad. Decidí estudiar filosofía y, aunque disfruté iniciar mis estudios, aún me sentía inconforme y resentido. Muchas de las enseñanzas eran parte de aquella filosofía occidental que no daba espacio para mi pensamiento, para el de Marsha o Paul. Pasados tres semestres, estaba desconcertado. Quizás fue esa sensación, y la sincronicidad del universo, lo que permitió que todo fluyera.

Kim había cumplido su promesa: sus estudios estuvieron siempre conectados con su intención. Además, se comunicó con la Asociación por la Lucha por la Identidad Travesti y Transexual para preguntarles

sobre dudas que le habían surgido a partir de su experiencia, para contarles el panorama en nuestro país y pensar acciones que pudieran contribuir a superar esa situación. Después del primer contacto, decidí acompañar a Kim a las reuniones y participar en las actividades de la asociación. Aprendí mucho. El lugar comunitario era diferente del académico, pero valioso, y ambos se retroalimentaban mutuamente.

Sin embargo, para mí no era suficiente, así que le pedí a Marsha, Silvia, Laura y Paul que nos contaran sus experiencias, que participaran, ya que, si bien nuestras condenas habían sido por motivos diferentes, todos habíamos sido condenados por ser inferiores y monstruosos. Mi insistencia y su disponibilidad nos llevó a contactarnos con la Red de Mujeres Afrolatinoamericanas, Afrocaribeñas y de la Diáspora, y con la Confederación Argentina de Sordos. Al igual que lo habíamos hecho con Kim, escuchamos las experiencias de los participantes, les contamos las nuestras, y pensamos en alianzas para mejorar las condiciones en nuestro país.

Esas alianzas nos permitieron aprender a expresar y enseñar nuestros pensamientos y propuestas, nombrar el deseo de obtener derechos humanos como tales, y escribir sobre ello a modo de denuncia. Marchamos acompañados. Así descubrí, o mejor, reafirmé mi convicción de que nuestra lucha tenía sentido. Sin embargo, no podíamos seguir haciéndola desde la distancia: teníamos la obligación de volver y contactar a otras personas que se hubiesen fugado. Debíamos agradecer esos cuatro años en Argentina y regresar. Después de todo, no retornaríamos de la misma manera.

Silvia y Laura se quedaron; el resto cogimos un vuelo de regreso. Aunque nuestros papeles eran argentinos, y eso nos protegía, todos sabíamos de dónde habíamos venido. Pisar suelo nacional, esta vez siendo libres, fue extraño y caótico. Me sentía nostálgico de regresar, seguro y en riesgo a la vez. La memoria de lo que sucedió al volver está hecha de situaciones que se atropellan y confunden en mi cabeza.

Al llegar nos instalamos en un pequeño pueblo escondido entre las montañas, la niebla y el follaje espeso del bosque. Aunque se sentía

como un refugio —aún temíamos las grandes ciudades llenas de jefes, jueces y juzgados—, quedaba algunos metros arriba de la capital, que desde allí parecía una especie de pesebre. Además, nos permitía acceder a los lugares donde Marsha suponía que se escondían las personas que escapaban. Así fue: tuvimos la grata sorpresa de que el número de fugitivos había aumentado. Logramos entrar en contacto con ellos, ganar su confianza, reconocernos en ellos y que ellos se reconocieran en nosotros.

Con el tiempo nos fuimos organizando. Dejamos a un lado la vida miserable de aquellos que se mueven únicamente de noche y en susurros. Construimos una casa que, para nuestras intenciones, siempre resultaba muy pequeña y caliente. En el primer cuartico, Marsha se encargaba de cuidar y curar a las personas recién llegadas, aquellas que todavía tenían los ojos abiertos de par en par y olor a sal, cuero o tierra. En el potrero del frente, Paul enseñaba; Kim registraba los testimonios de las personas que, después de un tiempo, querían contar su historia. Querían justicia y reparación, y yo me encargaba de acompañar, de tejer esos tendones que nos unían como manada, de restaurar esos lazos con la vida y con el cuerpo, muchas veces en medio de lágrimas y temblores. Con el tiempo, y entre todos, nos encargábamos de descifrar nuestro pensamiento, nuestros deseos y anhelos, de planear acciones para reclamar justicia y derechos.

Después de tres años en ese trabajo, ya no estábamos solamente los cuatro. Éramos una manada cada vez más grande, lo que nos permitió ejecutar múltiples acciones, no todas pacíficas. Logramos robar información, liberar a otras personas, dañar las máquinas y los instrumentos de las curtiembres más cercanas. Así obtuvimos la atención de organismos internacionales. Con su ayuda, y después de cinco años más, logramos el cierre de treinta lugares de condena y siete centros de paso. Lo celebramos con una gran fiesta detrás de nuestra casita.

Uno de esos lugares fue la curtiembre de Tunjuelito: la incendiábamos. De este espantoso recuerdo nos encargamos, a modo personal, Kim y yo. Después de desalojar el lugar en una noche fría y seca, abrimos en

el taller los recipientes que contenían los químicos que se utilizaban para el cuero, los regamos y destapamos las válvulas de gas. Me alegré de ver la curtiembre arder: esas llamas ya no me consumirían por dentro. Aunque logramos destrozarla, los jefes huyeron y no pudimos entregarlos ante los organismos internacionales. En ese momento, si bien quedé con un pequeño desconcierto y sinsabor, estaba tranquilo: al fin y al cabo, el lugar de mi condena había caído.

Días después secuestraron a Kim. Una semana más tarde encontramos su cuerpo desmembrado. Aún no puedo narrar lo que pasó. Al descubrir su cuerpo, mi estómago se cerró, mis pies se quedaron sin piso y me pitaron los oídos; las palabras se iban de mi boca, y de las de otros: sus voces no se escuchaban, y mis ojos, abiertos de par en par, no veían nada. Nada más allá del cuerpo cercenado de Kim. Le amé tanto que no pude llorar. Me quedé pasmado. Por las noches no quería acostarme: temía que al día siguiente no pudiera levantarme.

Enterramos el cuerpo de Kim como había quedado: abierto como piel para cuero. Fue depositado cuidadosamente en un ataúd de madera que yo mismo fabriqué. Hicimos un rito lleno de bailes y lo sembramos atrás de la casa, en un hoyo grande, con una lápida en la que estaba su nombre. A Kim no le pertenecía la tierra donde le enterramos, pero al menos su nombre estaba tallado en piedra.

Tras la muerte de Kim, las amenazas se hicieron más frecuentes. Mi miedo se acrecentaba: me sentía perseguido y vigilado de noche y de día. Mi mente, aún entumecida por su muerte, difuminaba y fraccionaba los rostros, las escenas y los sonidos. Únicamente permanecía completa la imagen de su cuerpo, que me perseguía en las noches.

Por su parte, el Gobierno era incapaz de conciliar entre nuestras demandas, sus leyes y los reguladores, aquel grupo al servicio de los jefes que salía a “cazar” fugitivos de manera extrajudicial. La sensación de amenaza palpitaba en mi estómago.

La situación se complicó tanto que, durante ese tiempo, debíamos movernos frecuentemente, dividirnos en pequeños grupos y confiar

en que las otras células de la organización corrieran con suerte en su misión. Abandonamos la casita, repartimos los insumos y nos volvimos ciudadanos y pueblerinos nómadas. Nuestro actuar siguió en marcha. No podrían llamarnos terroristas, tampoco pacifistas: en ese momento éramos revolucionarios, y nuestro cometido era alcanzar una vida digna y con derechos.

Tres años después del cierre de algunos lugares, logramos unos decretos relacionados con la liberación, así como consideraciones especiales para ser contratados y no obligados a trabajar por miserables bonos. También conseguimos cupos afirmativos para la escuela y logramos apoderarnos de tierras baldías, pero aun así seguíamos siendo humanos de segunda. Creo que aún lo somos.

Con el tiempo pasamos de ser considerados revolucionarios a líderes sociales. El título no cambió mucho la causa, ni tampoco el trato: a Marsha y Paul los mataron después de una detención irregular. Reclamé sus cuerpos, porque como ciudadano “extranjero” yo era la persona más cercana. Los papeles lo comprobaban, ya que, al no tener apellido cuando llegamos a Argentina, nos habían puesto el mismo. No se equivocaron: ellos fueron mi familia. Su muerte me dejó nuevamente sin suelo y sin su abrazo para refugiarme. Los enterré juntos, y esta vez en un cementerio, con lápidas de mármol, ataúdes lacados, flores compradas y certificado de defunción. Solo en la muerte lograron ser ciudadanos.

Dada la situación insostenible y de inminente peligro para mi vida, regresé a Argentina. No dejaría que nadie me matara. Había luchado mucho para vivir; la decisión de matarme era solo mía. Empaqué mis cosas rápidamente. Me había acostumbrado a viajar ligero; lo que más pesaba eran mis recuerdos, e irme de nuevo del país donde nací. Como no quedaba alternativa, debía confiar en que el trabajo realizado fuera suficiente para que las personas siguieran organizándose y consiguiendo ciudadanía; después de todo, yo me había hecho ciudadano en otro lugar.

Al llegar a Argentina busqué a Silvia y Laura, pero no las encontré. Desde que nosotros nos habíamos ido, ellas se habían aliado a nuestra

causa, nos habían conectado con organismos internacionales y habían llevado nuestras denuncias ante sus imponentes cortes. Ahora hacían parte del programa de protección de testigos, pues nuestra última acción fue denunciar públicamente los homicidios y la persecución que habíamos sufrido. Lo hicimos con nombres propios, y ellas nos apoyaron, así que las amenazas también les llegaron a Silvia y Laura. Ahora estaban incomunicadas.

Solo, al borde del pánico y con las imágenes del cuerpo maltrecho de Kim visitándome en sueños, me encerré en un hotel. Era incapaz de salir o de sentir otra cosa que no fuera terror. Cualquier ruido me alteraba, y todas las personas me parecían sospechosas. Desearía haberme equivocado.

En la quinta noche tras mi regreso a Argentina, tres hombres vestidos de civil entraron al hotel donde me hospedaba, subieron por el ascensor mientras yo lo hacía por la escalera. Nuestras miradas se cruzaron y nos descubrimos unos a otros. Todo quedó pausado por unas milésimas de segundo, antes de que ellos disparan y yo me echara a un lado para pulsar el botón de emergencia y huir a gatas. Las personas salieron con rapidez de sus cuartos, lo suficiente como para que no pudieran matarme, aunque demasiado tarde para salir ileso.

Perdí parte de la movilidad de una pierna a causa del único disparo de esa noche. Pasé un tiempo en el hospital, y una vez recuperado, decidí dirigirme hacia el noreste europeo, junto al mar del Norte, a un lugar del que Kim alguna vez me contó. En ese momento, viajar hasta allá era la única manera de tenerle cerca y de recordarle en paz. Recorrí los campos de tulipanes, se los dediqué todos Kim. Alquilé una pequeña barca y me fui hasta los grandes molinos de viento, comí queso, y en un parque lleno de coníferas, en el puente rojo y de madera, bailé por Marsha, Paul, Laura y Silvia. Lancé una moneda al agua pidiendo por el descanso de los muertos y el bienestar de las vivas, pero incomunicadas, deseé que, sin importar dónde estuvieran, se encontraran bien.

El ambiente de este país mezcla ciudad con campo. Eso me permitió alternar entre ser pueblerino y ciudadano, temer menos a las ciudades, a

sus ruidos y miradas. El agua de los canales devolvió mis lágrimas al mar, limpiándome y restaurándome. Con el tiempo me hice profesor de estudios decoloniales y poscoloniales. Esto me permitió continuar denunciando los sucesos de injusticia de mi país, narrarlos con mis palabras, analizarlos desde mi perspectiva, desde esa que se empezó a construir en aquel páramo hace ya veintitrés años, cuando Kim y yo nos miramos mutuamente, cuando nos encontramos con Marsha y compañía.

Llevo diez años en este país. Desde hace tres, nuevos decretos en mi país de origen nos reconocen completamente como ciudadanos y nos permiten poner nuestros nombres elegidos en el certificado de ciudadanía.

Escribo este relato como una forma de agradecer a aquella familia que me eligió, liberó, cuidó y me devolvió mi vida, como una forma de recordarles y de tenerles en mi memoria. Aún de vez en cuando lanzo una moneda al agua, bailo en el puente rojo, les dedico tulípanes y dejo que los canales de agua se lleven mis lágrimas al mar.

Sobre el autor¹

Gerónimo Palomino Céspedes (Bogotá, 1994). Psicólogo por la Universidad Nacional de Colombia. En 2022 publicó su artículo *Memo-rias de resistencia: El movimiento social trans en Colombia*. Es una persona eufóricamente transmasculina; activista independiente por los derechos humanos de las personas trans*. Cofundador del grupo de apoyo mutuo para personas sobrevivientes de la psiquiatría o usuarias de servicios de salud mental.

Es cálido como el sol de la mañana, suave como el rocío que cae de las hojas, fuerte como la semilla floreciendo. Amante de los gatos, admirador de los pequeños detalles, tejedor de caminos colectivos, cobijas y bufandas. Investigador por vocación; creador, artesano, dibujante, diseñador y escritor empírico.

Deja en cada texto una parte de sí mismo para no olvidarse ni perderse en las letras, lo que hace que leerle se vuelva un viaje en el que caminamos juntos y en el que nos vemos repetidamente reflejados en la construcción de sus historias. El cuidado con el que hilvana cada línea permite que nos acerquemos a su creación mediante los sentidos, haciendo que, al escribir *pájaro*, este irremediablemente vuele.

Ciudadano extranjero es un cuento sentido más que pensado, un texto que en la ficción reúne vivencias significativas de aquellos a los que en el presente hemos llamado *los nadie*.

¹ Semblanza escrita por Dana Jazmín Sepúlveda.

Jauría

Paula Natalia Bernal Samudio
Red de Talleres Locales de Escritura. Taller 12



Es saludable incendiar el aullido

aceptar que sufres por hurgar la basura y encontrar allí
tus restos en descomposición.

La piel blanda será un nido para los gusanos
que aguardan nuestra muerte
en callejones oscuros
en estaciones abandonadas
en tierras apetecidas.

Un día los látigos hervirán la rabia
dentro de tu bozal
y alimentarás a la perra famélica
que se lame la sarnosa herida
tiene el estómago vacío
y las patas desgonzadas de tanta domesticación.

Un día el instinto de la araña carcomerá tu carne
tu cuerpo amarrado
y serás la hembra peligrosa
que devora al macho
tras la cópula.

Cuando se nos caiga el pelaje
cuando nos veas arrastrar la soledad por el suelo
sabrás que también es tu soledad.

Las jaulas no soportarán
la fuerza de la manada.

Es saludable ser una fiera en las calles
embestir contra la masacre de una jauría
que con su sangre
destierra la guerra de sus entrañas.

Sobre la autora

Paula Natalia Bernal Samudio (Bogotá, 1996). Profe de sociales, formadora de vándalos. Bailarina del grupo representativo de danza contemporánea La Huella (UPN). Disfruta ser una rata en el calendario chino, un minotauro en el gregoriano, una canina que corre por las calles y una *Homo sapiens* que toma vino del D1 y fuma peche en el centro de la ciudad. Le gusta creer que el cine es una máquina que detiene el tiempo. Piensa la literatura como una ruleta rusa que atraviesa la sien de la realidad, y que de su muerte reencarna la imaginación. Para Paula, el poema es como una carta de renuncia a la explotación laboral. Escribe con el placer de una niña que deforma una plastilina. Cree en el *hazlo tú mismx*. Ha autopublicado la *plaquette* *Campo de batalla* y el fanzine *Dios es un niño que juega a la pelota cuando se aburre de los dados*. Hace parte de la antología *Letras del sur para la memoria, la paz y la reconciliación* (2022), publicada por la editorial Perro que Ladra. Algunos de sus poemas se han publicado en revistas digitales, como *Pequeños relatos*, *La pájara pinta* y *Alter vox media*. Se conformaría con decir que cuando va al baño suele llevar un libro de poemas, porque la poesía no es indiferente a la mierda.



La lluvia

Liz Stefhanie Cubillos Díaz
Red de Talleres Locales de Escritura. Taller 10



La abuela nunca amó la lluvia tanto como ayer. Eran aproximadamente las cinco de la mañana —para nosotras es normal estar despiertas a esa hora—. Ver el amanecer, más que un acto de contemplación, ha sido siempre un acto de fe. Nuestra abuela suele decir: “Que no salga el sol sobre nuestras cabezas antes de haberlo saludado”. Mi abuela venera la cosecha, y sabe que a mayor luz hay mayor intensidad y sabor en los tomates que cultivamos; también, como una mujer hecha por la experiencia, tiene la certeza de que, si no saludamos a tiempo al sol, este se molestará y no estará presente, y entonces tendremos un día nublado, un día perdido...

Para nosotras, la abuela es la guía para conocer la mayoría de las cosas. Donde vivimos no hay escuelas ni bibliotecas cercanas. Los libros que tenemos suelen llegar por los comerciantes de tomates que nos los donan, ya que tienen hijas de similar edad que la nuestra; además, la abuela, amante de la naturaleza y la historia, les pide siempre material al respecto, y luego con sus propias palabras nos lo explica, tanto la naturaleza lejana de otros paisajes con sus respectivas leyendas como la naturaleza propia

que, asegura, estamos prontas a desarrollar. Mi hermana, dos años mayor que yo, cuenta que ya siente la naturaleza interna de la que tanto habla la abuela, pero también dice que no quiere contarle aún, puesto que no desea que la abuela la obligue a hacer algo que a ella no le parezca, y no sepa cómo decirle que no; intuimos que la abuela ya lo sabe. Yo le estoy guardando el secreto a mi hermana, pero verla a veces retorcerse del dolor y trasnocharse lavando sábanas me hace dudar. Verla atormentada por su secreto me pone a pensar si cuando llegue mi turno preferiré contarle a la abuela o estaré como ella... Por ahora solo sé que de la venta de los tomates depende que podamos visitar a mi madre en el cementerio. La enterraron en la ciudad, y no en el pueblo, como al resto de familiares.

La muerte de mi madre era inminente. Pasó más tiempo enferma en la cama que saliendo a saludar al sol. Mi abuela se estresaba por verla desvalida y terminaba descargándose contra nosotras con gritos y sobretrabajo. Yo sé que en realidad era la frustración de no poder hacer nada por su única hija: es doloroso ver cómo alguien tan alegre va encogiéndose poco a poco... Recuerdo que alcanzó a cargarnos en brazos y a correr detrás de nosotras a través de los cultivos; también amaba hacernos trenzas de diferentes estilos y despuntarnos el cabello, y tenía una risa estruendosa que nos alegraba a todas. Pero mi madre después se fatigaba por nada; todo le resultaba desgastante; incluso hasta mantenerse de pie se le volvió un suplicio. Al inicio, cuando empezó a estar más adentro que afuera, dormíamos juntas mi hermana, ella y yo. Un día la abuela nos ordenó no hacerlo más, porque a mamá le estaba costando respirar. Esto nos entristeció, porque ya no escuchábamos su voz cuando entrábamos al cuarto.

Poco después la llevamos a la ciudad a probar un nuevo tratamiento, pero justo a los tres meses falleció. Sucedió tan rápido que no nos alcanzó el dinero para traerla de nuevo. En verdad teníamos esa esperanza, pero tocó enterrarla allá. Yo sé que mi madre se debe sentir sola y olvidada en esa ciudad. Lamento mucho que no esté aquí, cerca de nosotras, porque creo que de seguro nos hablaría a través de los sueños y ayudaría a mi hermana con su sangrado. Además, mi abuela se volvió

menos cariñosa desde que murió mamá. Está pendiente de nosotras, pero ya no es como antes: es como si hubiese decidido no volver a querer a nadie... Quizás por eso mi hermana tampoco quiere contarle nada. Yo me pregunto qué será de nosotras cuando se muera la abuela, es decir, ¿cultivar tomates será nuestro único destino? Mi hermana dice que no, que en algún momento nos casaremos y crearemos nuestras propias familias; sin embargo, yo no sé si quiera seguirle los pasos. Lo único que quiero es ir hasta donde mi mamá y quedarme con ella...

Ayer nos levantamos como siempre, antes de las cinco, tendimos nuestras camas y pusimos a calentar la leche. No solemos bañarnos de madrugada, sino la noche anterior, así que nos cambiamos de ropa y salimos listas a saludar al sol, pero mi abuela no había salido aún. La oscuridad empezó a disiparse y ella nada que salía. Mi hermana se preocupó de que le hubiese pasado algo y decidió revisar. Golpeó varias veces la puerta de su habitación, pero no le respondía. Mi hermana me llamó inquieta para que le ayudara a empujar la puerta. Cuando estábamos ya al borde del desespero, la abuela abrió. Estaba en perfectas condiciones, y con la mirada serena nos preguntó si ya habíamos puesto a hacer el desayuno y si habíamos dormido bien. Después le dijo a mi hermana que no trabajara hoy, que mejor reposara por los cólicos. Mi hermana y yo nos miramos perplejas y tartamudeando le dijimos que el sol ya había salido. La abuela, sin culpabilidad ni soberbia, dijo que ya lo sabía, que no pasaba nada...

Confundidas salimos, y hacía un calor intenso. El sol estaba pegando duro sobre los tomates. Nos sudaba la frente y nos costaba mantener los ojos abiertos. Las sombras de las vacas se veían marcadas a la perfección. En medio del bochorno, mi abuela extendía las manos hacia el cielo mientras comenzaban a caer gruesas gotas que retumbaban en las cosas. Nuestros vestidos se iban volviendo pesados y olía a tierra mojada. Cuando menos lo notamos, estábamos empapadas, descalzas y muertas de la risa. Creo que nunca habíamos visto a nuestra abuela tan contenta. Fue como si el cielo nos hubiera regalado ese momento. Sentí que, a pesar de todo, la abuela nunca amó la lluvia tanto como ayer.

Sobre la autora

Liz Stefhanie Cubillos Díaz (Bogotá, 1993). Profesional en cine y televisión, con especialización en fotografía y pedagogía, actualmente realiza el magíster en Arte, Pensamiento y Cultura Latinoamericanos en la Universidad Santiago de Chile. Sus intereses giran en torno a la infancia, la memoria, lo poético y lo barrial en los espacios urbanos o familiares. Sus herramientas de trabajo son la fotografía y la escritura.

Cristina

Adriana Rubio Lozano

Red de Talleres Locales de Escritura. Taller 2



¡Carajo! ¿Dónde metí el berraco pasaporte?, me dije en voz alta. Revolqué los cajones. Volaban papeles, fósforos, gafas de sol, hasta calzones, y un diario que sacudí esperando que las hojas lo escupieran. En vez del pasaporte, una foto flotó en el aire y aterrizó encima de la cama. Era una foto desteñida de las dos, del día de su grado de enfermera, en el salón Félix Restrepo de la Ponti, y tenía una dedicatoria. Cristina vestía uniforme blanco con la respectiva cofia, y yo, un vestido aguamarina y *blazer* negro. Nos maquillaron y nos hicieron el *blower*.

—Dígame algo chistoso para que no se me note este dolor tan hp
—me dijo antes de que nos tomaran la foto.

—Usted parece un pitufo con ese gorro.

—Y usted, una tía con ese vestido.

Me dio durísimo encontrarme esa foto.

Yo tenía trece, y ella, quince cuando nos conocimos. Vivíamos en el mismo conjunto, en el norte de Bogotá. La portería custodiaba ese pequeño mundo de casas estilo colonial con fuentes de piedra. El parque con árboles, prados y jardines perfectos era el escenario de nuestros

torpes intentos de convertirnos en adultas. Hacia fuera parecíamos un par de gomelitas, pero por dentro éramos más estilo gamín.

Ricardo, su papá, trabajaba como gerente de no sé qué en Avianca. Y la mamá, Emita, una señora superelegante y muy querida, se la pasaba organizando eventos de un voluntariado para niños abandonados. El hermano mayor vivía en la nebulosa de la hierba y le gustaba la fotografía: ni trabajar ni estudiar. Y la menor encarnaba la perfección: una nerdita divina, juiciosa, tierna, en fin... Cada uno tenía su lugar en esa familia, pero Cris seguía buscando el suyo. Yo he visto que eso les pasa con frecuencia a los hijos del medio, pero seguro que ahí había algo más. Le daban lo que quería: carro, ropa, viajes y cupo en un nuevo colegio cada año, porque de todos la echaban. Creo que era puro remordimiento. A mí me llenaban de regalos y de palabras melosas. Cuando yo estaba con ella, no podían disimular la cara de alivio, como cuando uno se desencarta de un “chicharrón”. Y es que muchas veces se quedaba en mi casa cuando sus papás y hermanos salían, a veces porque no la llevaban, y otras porque ella no quería ir.

Cuando nos encontrábamos, hacíamos las cosas que eran importantes para la vida en esa edad: hablar, fumar, hablar, bailar, hablar, comer chatarra, hablar, soñar, hablar, hacer vainas locas. Pero lo que ella hacía sola, eso sí era otro nivel. Comenzando porque se metía con unos tipos la embarrada que solo querían su plata y su cuerpo, en ese orden.

—Cris, ¿qué pasó al fin con Germán...?

—Nada, desde la semana pasada lo estoy llamando y no pasa al teléfono. Yo sé que fue por lo de esa vez: ¿se acuerda que él no tenía plata para que fuéramos a motel? Y como yo tampoco pude conseguirla, pues está furioso. Seguro volvió con la ex mientras yo no estaba.

Y así, un cuento con cada uno: Alejandro, Felipe, zutano, perencejo...

Pero de todas las vainas locas que hacía, una sí me asustaba: le gustaba encerrarse en el baño con una jeringa, sacarse sangre y desocuparla en el lavamanos, varias veces, hasta que se sentía mareada.

—Cris, porfa, no lo haga más. Si un día de estos se le va la mano...

—Pues me muero. Chévere: así se acaba toda esta mierda. A nadie le importaría. Es más, se quitarían un problema de encima. Pero fresca, yo sé cuánta sacarme.

Pues claro, cómo no iba a estresarme cuando dijo que iba a estudiar enfermería. Me dijo que tranquila, que yo sabía cuánto le gustaban los bebés; que estar cerca de ellos y ayudar a la gente le iba a ayudar. Con lo que no contaba era con un positivo para embarazo. Después de hablar con el supuesto papá, el tipo se perdió. Obvio. No sé por qué, pero casi no llorábamos. Esa vez, después de mucho hablar y llorar a moco tendido, decidió abortar. Seis meses después se estaba graduando, cuando nos tomaron la foto.

Con las palancas que tenía su familia, logró entrar a trabajar en el hospital más pupi de la ciudad, pero la depre la tenía cada vez más atrapada. Para colmo, le asignaron el piso de recién nacidos.

—Cada bebecito me recuerda a mi hijo, Nana. Soy una hijueputa —me decía.

La hospitalizaron varias veces. Cuando la visitaba, era tenaz verla con su bata azul, caminando al lado de los loquitos. Allá pasaba dos semanas y regresaba a la vida *normal*.

—Cris, ¿se está tomando juiciosa la Paroxetina?

Ella:

—Mmm digamos que sí.

—¿Va a las terapias?

—¡Ay, no! El doc está como bueno, para qué, pero solo me hace preguntas y yo no quiero hablar, entonces empieza bla, bla, bla.

Estaba yo en el trabajo cuando recibí la llamada. No fui capaz de entrar a la funeraria. Desde afuera vi a Emita con su sonrisa encantadora y a Ricardo saludando a los invitados, que ya no cabían en la sala. Y en un rincón del salón, solitario, descansaba el cajón. Invisible para todos.

Le di la vuelta a la foto. Noté que la dedicatoria estaba borrada, y ya no me importó seguir buscando el pasaporte.

Sobre la autora

Adriana Rubio Lozano (Bucaramanga, 1965) vivió su infancia en la isla de Puerto Rico, y el resto de su vida en Cali y Bogotá. Sus padres le inculcaron el amor por los libros, la música y la naturaleza. Así, desde niña, fue creando en su interior un mundo de percepciones, emociones y reflexiones que le urgía expresar. Las páginas de sus diarios juveniles recibieron con gentileza sus letras a medida que crecía el anhelo de convertirse algún día en escritora.

Estudió Psicología en la Universidad Javeriana. Ejerció su profesión en el campo clínico, organizacional y educativo. El estudio de la mente y el comportamiento humano ha sido una herramienta fundamental para su escritura, especialmente en la construcción de personajes. Sus textos intentan mostrar facetas y matices de la naturaleza humana.

En los años en que se dedicó al hogar y a la crianza de los hijos, trabajó para una editorial en la traducción de libros de inglés a español. Durante la pandemia tuvo la oportunidad de participar en el Taller de Creación Literaria del Idartes, en el que su escritura comenzó a tomar forma. Uno de sus textos fue seleccionado para ser publicado en una antología de cuentos de ITA editorial, y también publicó, de manera independiente, un cuento infantil que escribió para su nieta. A medida que ha ido avanzando en el proceso, también ha editado textos literarios.

Actualmente hace parte del Taller Literario La Tinaja, de la Casa de la Cultura del municipio de Chía, y participa en una tertulia literaria de un grupo independiente de escritores.

Omertá

Camilo Pinzón

Red de Talleres Locales de Escritura. Taller 11



A megghiu parola e quella che nun si dici.

(La mejor palabra es la que no se dice).

Proverbio siciliano

El bebé calla. Gracias a Dios. Qué peccadito. Se quedó todo ronquito de tanto berrear. Como entre sueños lo veo mecerse y respirar quedito. Lo cubro con su manta y siento que la noche por fin llega. No hay respiro. El peso del silencio es plomo que cae sobre mis ojos y los cierra.

La vida era otra hace algunos días. Entre chillidos, pañales estallados y la tele a 45 de volumen, no había forma de que la escuchara de verdad, de reconocer en ella esas señales inequívocas de que todo se estaba yendo muy despacito a la verga. De la nada, empezó por quejarse cada día menos, a saltarse a gatas las amamantadas, a coserles a manotadas más minutos a sus encierros en el baño. Lo poco que dejaron de ella se fue diluyendo entre la cortina raída de la ducha y el borde mohoso de la taza.

Sus uñas en carne viva, sus senos estriados y marchitos (sin importar cuánta aguapanela con hinojo tomara), su cara descompuesta por la rabia, la melancolía y el deseo inconfesable de fumar. Era poco lo que le habían dejado. Debí imaginar hacía dónde iba todo cuando la vi parir, de anestesia hasta el culo, la pobre. Ahora sé que esa noche no solo le sacaron el bebé, la placenta y un cacho de la matriz. Con los fórceps también se le llevaron el alma y le dejaron nada más la cáscara.

Hace un rato se levantó y bajó a la cocina, sin que el bebé dejara de llorar. Entre sus pasos asordados por las pantuflas escuché el chirrido de la puerta del horno. Puse en silencio la tele para poder saber qué más hacía allá abajo, pero no hizo mucho más. “Es una cajita de fósforos, mi casa”, decía antes entre sonrisas. “Todo se oye, todo se encierra, nada se va”.

Lo demás lo imaginé, lo imagino ahora: la señal del tele un poco más azul, el llanto del bebé cada vez más débil, el chirrido de una puerta que ya no suena. Mientras tanto, ella no vuelve, y yo no hago otra cosa que esperar.

El bebé calla, gracias a Dios. Ella al fin descansa, en la cocina, y yo cedo al peso de mis ojos, que se cierran entre la señal cada vez más azul de la tele y el gustico a vainilla (y a mierda) en el aire de su cajita de fósforos. El silencio ya no me pesa más.

Sobre el autor

Camilo Pinzón (Bogotá, 1982) tiene dos hijos, una gata y una perra prestada. Estudió Literatura, y en pocas ocasiones ha juntado el valor de verse con los ojos de los otros en lo que escribe. De joven hizo teatro amateur, luego lo estudió en la universidad y, a todo lado que iba, siempre les huía a las venias, porque los públicos le provocan ansiedad. Por más de catorce años ha enseñado lengua y arte a niños, jóvenes y adultos, sin perder ningún día el pavor a errar demasiado y llevarse un poco de mentes por delante. El vendaval de la pandemia arrastró lo que quedaba de su salud mental, su puesto (de ese entonces), un matrimonio que venía y los rezagos de otro. “Esto es lo que hay, esto es lo que soy”, dice, dando gracias a quienes lo leen.



Copa viajera

Alejandra Velandia
Red de Talleres Locales de Escritura. Taller 1



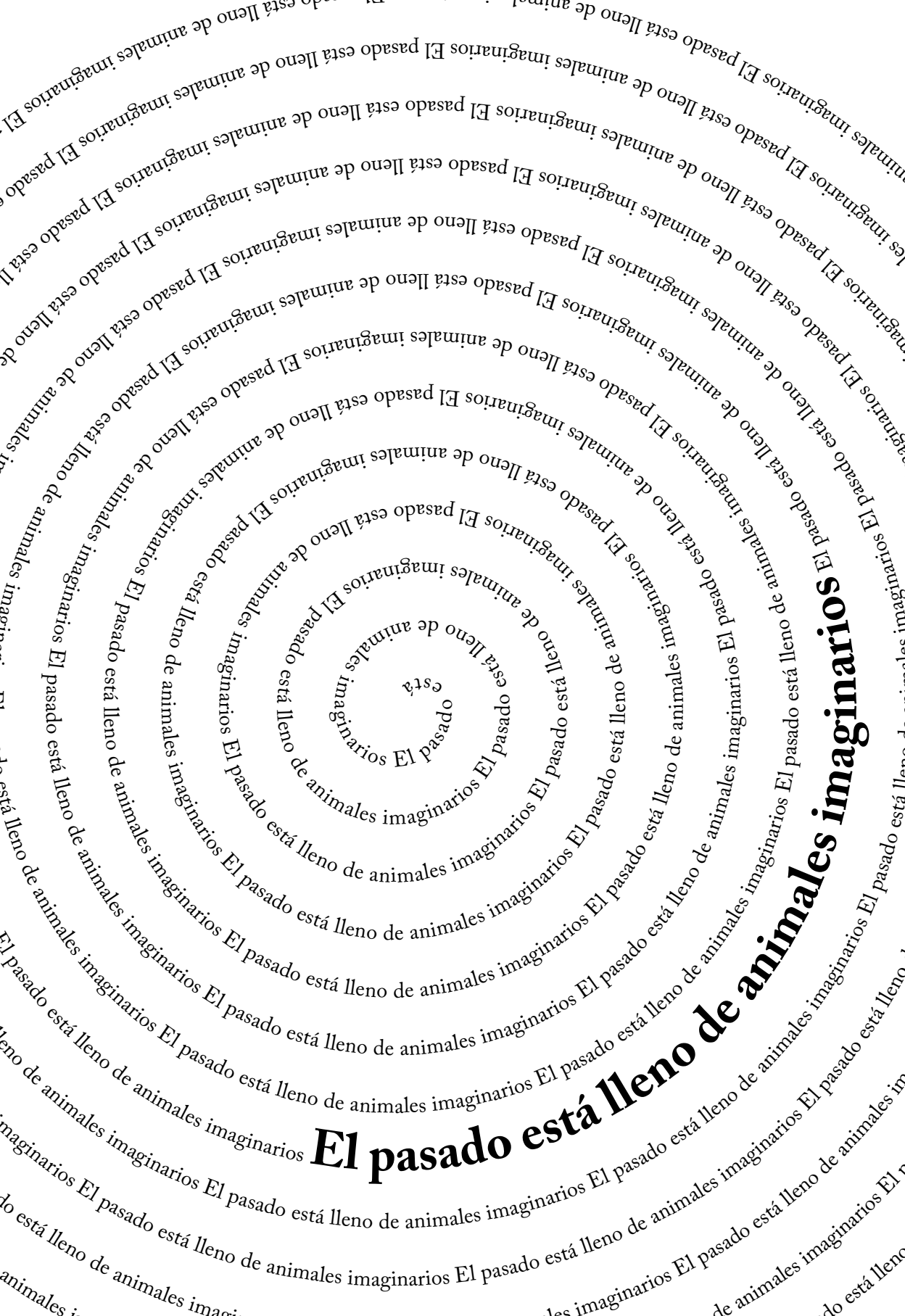
Una copa en el baño,
no en la mesa
ni en la cocina, estrecha,
moldeable,
duradera.

La copa viajera,
en forma de “u”.

Mi copa abierta,
yo tan contenida.

Sobre la autora

Alejandra Velandia. Construida a retazos, con hilachas y agujas colgantes, se gestó en el vientre de una joven mujer de diecinueve años. Su padre, un hombre trabajador en la plaza de mercado. Sus hilachas se arrastran en veintisiete años de intereses por amor a la escritura, largas caminatas migratorias para encontrarse en profesiones y en gustos. Habita un colectivo de escritura emergente, y cada mes tiene turno en el gran burdel poético. Se dedica a coserse, armarse y desarmarse, según las puntadas del día. Se dedica a trabajar para costear sus madejas. Madejas robustas de lana o cabuya. En la noche la verán como estambre, pero en la mañana despierta temprano para tejerse y reposar en la oficina escribiendo poesía en un archivo de Excel, para no despertar sospechas.



El pasado está lleno de animales imaginarios



A mi abuela, María Fornaguera

María Roda
Taller Distrital de Crónica



*Si no maduren el día de Pasqua,
maduraran en el día de Rams.*

En los años ochenta, mi abuela María compró una casa en Taganga. Fue quizás el horizonte, que se trazaba como un respiro, mezclado con el recuerdo de la bahía de su niñez, un pueblo paradisíaco de pescadores, lo que la llevó a invertir en la casa de las dos ruedas. De pronto lo fue también la necesidad de tener un lugar propio, un cuarto que solo le perteneciera a ella en el que pudiera encerrarse a escribir, a aprenderse de memoria *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha*, o la obra completa de William Shakespeare, una casa en la que pudiera escaparse de los otros, o hasta de sí misma.

Treinta años después, un día de enero, mis padres me llevaron a buscar la casa. Cuando llegamos, la edificación era irreconocible. Como si el lugar al que se escapaban en unos viajes en moto de alto kilometraje hubiera desaparecido del mapa.

—Que no es esa —decía mi papá, mientras mirábamos una estructura suspendida sobre una plataforma de concreto y atrapada entre dos ruedas metálicas, pintadas de blanco.

Nos abrió la puerta un hombre que tenía que demostrar constantemente los atractivos del hostel de bajo presupuesto con poca iluminación y unos cuartos medianamente aseados.

En el patio, unas mujeres de pelo alisado con keratina tomaban cerveza y jugaban cartas mientras swipeaban frenéticamente sus celulares con los dedos untados de un residuo grasiento de papas Margarita. Si mi abuela hubiera presenciado esa escena, habría hecho un paralelo con alguna obra de Chejov (solía comparar la rápida subida al éxito de Shakira con el cuento *Los zapatos rojos*, de Hans Christian Anderson), o quizás, sencillamente, se habría agobiado por el calor y nos habría tocado llevarla a un lugar donde pudiera abanicarse y tomar agua.

—Pedro, sí es la casa —afirmó mi madre, mientras achicaba la mirada y arrugaba la nariz—. Mira, Mariíta —me señaló un callejón estrecho, producto de la intersección entre dos muros—. Antes, aquí no había nada, y se llegaba directamente a la playa... Bueno, había un par de chiringuitos... Y sí... siempre había bulla, pero... en todo caso... era otra cosa.

—Rumba, siempre había —musitó mi padre—, pero luego la situación se puso muy pesada. Esa casa la compró con un cuadro que le habían regalado... Esos caprichos de mamá... y al final, como no había nadie que la cuidara, la invadieron, se convirtió en una olla y tuvieron que desentenderse del todo.

Decidimos descansar en una cala a unos minutos bien caminados bajo el sol del mediodía. Frente a nosotros, una familia de suecos se bañaba en el agua, que parecía una joya de zafiro, de esas que adornaban

los prendedores que se ponía mi abuela sobre sus sacos negros de lana delgada. Al fondo, el paisaje parecía de esos cuadros que decoran las casas de las señoras bogotanas: una media luna verde se asomaba sobre el mar, con sus hoteles desmantelados de arquitectura sesentera. Parecían estrellas resplandecientes en la atmósfera.

Tres meses antes de que falleciera, mojé mis pies en el mismo mar Caribe que le dio la vida a María Marta Montserrat Fornaguera Pineda en 1927.

El texto “Miguel Fornaguera, un librepensador catalán en Colombia”, de Álvarez Gallego, publicado en la *Revista Colombiana de Educación*, me ayudó a encontrar pistas sobre la vida de mi abuela a través de la biografía de su padre.

Tras dejar Barcelona por la dictadura de Primo de Rivera, Miguel Fornaguera, a quien la familia recuerda como *el Avi*, y mi bisabuela, Evangelina Pineda, llegaron a Colombia, en uno de los muchos regresos que tejieron nuestra historia.

En ese momento nació en Barranquilla la menor de cuatro hermanos, María, a la que antecedían Miguel, Federico y Nuria. María pasó su infancia en Popayán hasta los seis años.

Al enterarse del triunfo de la II República, el Avi decidió volver a Barcelona, donde fue docente en la Escuela del Mar.

A raíz del bombardeo de 1938, se refugiaron en el Poblado de Ripoll, en el Instituto de Acción Social Universitaria y Escolar de Cataluña. Ahí, el Avi se comprometió a administrar la colonia suiza Alba de Ter, de niños huérfanos de guerra de toda España.

María tenía doce años cuando empezaron, junto con Nuria, a ser dos alumnas más de los 150 niños con los que convivían. Las condiciones de vida eran bastante precarias, porque el Avi, además de las labores pedagógicas, tenía que realizar los trabajos físicos. En una caja de cartón, con compartimentos minuciosamente marcados con fechas en catalán, encontré una serie de papeles con números, anotaciones y las listas de los mercados de esa época, de los que él también hacía la gestión.

Mi abuela le contaba a María Luisa, la persona que la cuidó durante los últimos treinta años de su vida, lo que le había tocado por allá en las colonias. A veces le daba la impresión de estar volviendo a vivir lo mismo: que los aviones bombardeaban, que se venía una guerra, una calamidad. Esa sensación la tenía principalmente cuando llovía.

En Suba, en su casa de Montesinos, el lote al que nombró como el palacio que el Quijote se imaginó al quedar atrapado en una cueva, los truenos amenazaban con incendiar los árboles, y los pájaros se refugiaban bajo las vigas. Aterrada, le pedía a María Luisa que cubriera todas las ventanas de la casa con madera y que les aplicara unos cerrojos que había mandado a instalar, porque “en caso de que sucediera algo, los vidrios no iban adentro, o nadie se podía entrar porque había algo trancando”. Era imprescindible no abrir ningún grifo de agua, porque el agua era conductora de electricidad. Había que desenchufar cualquier toma de corriente que hubiera en la casa y alejarse de los espejos. Tampoco nos dejaba gritar o cantar.

Durante la tormenta, nos pedía que nos acompañáramos. Le decía a María Luisa:

—Venga para arriba, estese aquí conmigo. No me deje sola, no se esté sola usted por allá; venga, aquí nos estamos las dos y hablamos, porque si algo sucede, entonces las dos sabemos pa’ dónde coger.

Ya en compañía, como temía que los otros tuvieran frío, los cubría: agarraba una cobija, un suéter, un pañolón, unas medias, lo que tuviera a la mano, para que no se fueran a enfermar.

Luego, mientras la lluvia despertaba a Sapo, traficante, servidor de Fortacha, que salía de su estanque para hacer acrobacias y croar una cantaleta que se escuchaba por toda la loma, nos acurrucábamos dentro de una biblioteca que nos abrazaba. La tormenta la pasábamos entonces en la lectura de los diferentes tesoros que mi abuela iba sacando de las repisas. Se esmeraba en repasar cada sílaba de los textos, hasta que sonara rítmica y coherente. Si no, no pasaba la página.

Cuando se trataba de regalarnos libros, sabía asignarle a cada persona el que tenía que leerse.

El primer libro que le prestó mi abuela fue *El mundo perdido*, de Arthur Conan Doyle.

—Pero, ush, ¡qué libro! —me contaba. Y es que uno con ella siempre estaba aprendiendo algo.

Cuando empecé a leer fluidamente, ya me había devorado el tapa dura de *Peter Pan y Wendy* que me regalaron en el Venticinq, la Navidad Catalana. Mi abuela sabía que ningún libro me interesaba más en ese momento que *Una canción en línea de fuego*. En su novela, escrita en 1993, María cuenta los recuerdos de su infancia en las colonias.

A raíz de los bombardeos causados por la recta final de la guerra civil española, el Avi hizo y deshizo con tal de encontrarle refugio a cada uno de los 150 niños que tenía a cargo. Caminó hasta la frontera francesa para trazar un camino de huida, que luego recorrió con sus alumnos y su familia. Esa travesía quedó grabada en tinta en el texto *Fugida*, que su hija menor tradujo con el título de *Hacia el exilio*.

En *Una canción en línea de fuego*, ella le dio un tono distinto al del texto que escribió su padre. Se imaginó una historia en la que reemplazaba los campos de aceitunas por cafetales, y en la que los personajes escapan de la realidad de la guerra valiéndose del arte y de los juegos.

Por razones evidentes, el libro estaba prohibido para una niña que aún no cumplía los ocho años, edad en la que, al parecer, se es lo suficientemente grande para leer sobre esos temas, y también para quedarse quieta y no molestar en el momento de ser retratada por el abuelo.

El comedor era otro de esos lugares restringidos para los adultos. Los niños comíamos en la cocina hasta que alcanzábamos una edad en la que ya se nos permitía participar en las conversaciones.

Cuando entro a ese cuarto grande y oscuro, atravesado por una mesa alargada en la que antes se sentaban artistas, intelectuales y hasta políticos, me fijo en los retratos de los cinco hermanos, todos con nombres sacados de la Biblia: Marcos, Ana, Juana, Pablo y Pedro. Las partículas de polvo se levantan ante la intempestiva presencia humana. Al fondo, un ventanal recorta la penumbra e ilumina el espacio. La vista

da al rosal donde están enterradas las cenizas de mi abuelo. A su derecha hay un cuadro de una mujer. Tiene los ojos lánguidos, los labios carnosos, la nariz ligeramente geométrica. Cualquiera desprevénido diría que es un retrato mío, pero mi abuelo nunca me pintó. Se trata de ella. Se está quitando una bata. Acababa de salir de la ducha.

Mi abuela desnuda, junto a la ventana que da a la tumba de mi abuelo, una historia de amor escrita en el viejo romancero tatuado de tachones, notas y comentarios al pie de la página. Como decía Quevedo: “Polvo serán, mas polvo enamorado”.

En esa época vivían en la París en la que se conocieron. Ella estudiaba Literatura, y él, Bellas Artes. Toño se enamoró de la hermana de su amigo Federico Fornaguera por una carta que le escribió. Un día coincidieron por accidente en un café.

—Oye, ¿y tú qué haces aquí? —le preguntó. Ella se molestó y se fue a otro café. Entonces él fue a buscarla y la invitó a salir.

—María me va a matar —le decía mi abuelo a su amiga Cecilia Muñoz un día en que había llegado a Suba entrada la madrugada.

Y sí: lo iba a matar. Porque María, cuando se molestaba, era como una catarata irascible y torrencial. En los entornos públicos, cuando tenía que enfrentarse con la “alta sociedad”, se imponía asumiendo una actitud defensiva hacia la hipocresía y el postureo. En una carta que le escribió a Cecilia, cuando acompañó a mi abuelo a la Norske Internasjonale Grafikk Biennale, en 1984, le contaba: “En estas cosas se cotiza más calor humano y mentalidad abierta despierta que las conocidas triquiñuelas de halagos conquistadores”. Mi abuela fue reconocida, pero no como hubiera debido serlo. Quizás fue esa postura política de repelencia hacia lo público la que hacía que la luz del reflector se posara sobre mi abuelo.

Junto con la casa de Taganga, uno de los refugios que fabricó para huir de las peleas, discusiones y personajes que invadían la casa de Toño, era su estudio, aludido alguna vez como “una casa de muñecas descomunales”. En una parte remota del condominio, arriba, subiendo la loma,

cuando sus hijos no habían poblado el terreno, se encerraba a escribir y pasaba noches enteras en soledad.

Una vez la Lucía, una amiga de mi tío que a María no le simpaticizaba, sembró un árbol junto a su estudio. Miraba con tal desprecio el “árbol de la pendeja de la Lucía”, que el pobre nació y creció torcido, en un ángulo caminable de 45 grados.

Mi abuela les regaló su estudio a mis padres, que no tenían dónde vivir porque los había desterrado, meses antes, de un pequeño apartamento junto a la casa de Toño. En su defensa, citaré un fragmento de una carta en la que explicó las razones del destierro:

Quiero explicar también por qué les dije que se fueran. Cuando la proximidad con los padres envicia las relaciones, debe cortarse. No era bueno ni sano para ustedes ni para nosotros, y mucho menos para María, el que mi salida espontánea al jardín de mi casa para verla se convirtiera en un temor a disgustarlos. Bueno, ahora están en la suya libres de encuentros indeseados. Me parece que es como debe ser. Pasé una semana llorando por las noches por la desilusión que, sin que ella pudiera expresarlo, podía yo haberle causado a la Mariquita. Pero la veo contenta y ya te puedes imaginar lo que me alegra. (M. Fornaguera)

Así fue como, mientras el árbol de la pendeja de la Lucía crecía en diagonal, mis padres le iban añadiendo retazos, paso a paso, a la casa en la que crecí.

El árbol tuvo una larga vida: lo utilizamos para jugar, le pusimos un columpio y una casita de muñecas, hasta que un día se desplomó y se convirtió en leña para la chimenea.

Si María en público era como una catarata, en privado parecía un lago apacible, una persona doméstica, y no confundir con un ama de

casa. El amo de la casa: mi abuelo. Cecilia se lo encontraba en el Carulla comprando pimentones, y María Luisa aún tiene anotadas las recetas que le enseñó. María, por el contrario, era una ermitaña que se dedicaba principalmente a leer y a escribir, una mujer de fe: de fe cristiana, de fe en la humanidad, de fe en el lenguaje.

María dominaba el lenguaje con lucidez —contaba Cecilia—. Como si con las palabras estuviera haciendo una pintura. Cada detalle de lo que decía era coherente.

Cuando pasaban el tiempo juntas, se dedicaba a contarle cuentos: contaba cosas que le pasaban, cuentos sobre cosas que leía, cuentos sobre cosas que escribía.

En las mañanas recibía visitas, fuera de Paulina Piedrahita, su cómplice de escritura, de sus hijas, de sus amigas o de sus alumnos, a quienes les dictaba cursos de catalán, lecturas del *Quijote* o que estaban estudiando para volverse docentes.

Sobre la mesa de vidrio, en la biblioteca, disponía una bandeja en la que reposaban dos tintos y un juego de cerámica gris hecho por los Schlenker, los vecinos ceramistas. Los recipientes contenían azúcar morena, una mantequillera que se destapaba y queso holandés, galletas saladas y redondas, *escargots*, anchoas y aceitunas; a veces, chocolate negro y caramelos españoles, muy cotizados entre sus nietos.

Este banquete adornaba los floreros que fabricaba con lo que encontraba en el bosque, donde, junto con mi tía Juana, había reemplazado los pinos y eucaliptos por arbolocos y borracheros.

Un día, María Luisa le preguntó a mi abuela:

—Señora María, ¿usted cómo hace para que esos floreros le queden tan bonitos?

—Mire—le dijo—, la clave es darle igual protagonismo a cada una de las flores, las hojas y las ramas que lo componen.

Como en el caso de los floreros, mi abuela me enseñó que en la escritura hay que darle protagonismo a cada letra, a cada fonema, a cada palabra.

A las tres de la mañana ya estaba encerrada escribiendo en un ático que quedaba junto a la casa de Toño, subiendo por unas escaleras que lo hacían parecer una torre. Cuando me invitaba, confiaba en que el criterio de una niña de doce años le diera claridad a sus escritos. Me sentaba eternidades a balancearme en la hamaca y a mirarla escribir. Si no le gustaba la cacofonía que generaba una palabra en el párrafo, arrugaba el papel y lo tiraba en un canasto que tenía junto a su mesa.

Un día quise yo también mostrarle algo que había escrito. Era mi primer cuento, y me había ganado un premio en el colegio con él. Mi abuela lo leyó y luego me dijo que la visitara, que me tenía un regalo. *Leyendas de Jesús*, de Selma Lagerlöf es un libro cuadrado, de tapa verde. En la primera página, esa que las editoriales suelen dejar en blanco, está escrito con un esfero y letra pegada: “La autora de estos cuentos se volvió escritora porque tenía una abuela que les contaba muchos cuentos. Ojalá con este regalo tú también resultes cuentista. Un abrazo bien cariñoso de María, tu abuela”.

La recuerdo imponente, “alta, soberbia”, como diría Alfonsina, con su pelo blanco y sus chales de seda y de cachemir, caminando con María Luisa y con Jaén, su pastor *collie*, por entre los siete cueros, señalando las plantas con su bastón y sonriendo con todos los dientes y sus ojos bien abiertos, levantando las cejas en arcos redondos, sentada en el comedor, haciéndose la loca y pidiendo que le sirvieran más helado, o brindando por cuarta vez en la cabecera de una mesa navideña. Pero, sobre todo, recuerdo su voz saliendo como una cortina, desde el fondo de su garganta, para recitar los versos en catalán en los que llevaba su vida:

Si no maduren el dia de Pasqua,
maduraran en el dia de Rams.

El Domingo de Ramos, una nota negra le dio un punto final a un duelo de ocho años, de cuyo nombre no quiero acordarme.

La mañana siguiente se fueron mis tías al bosque con tijeras de jardinería, a seleccionar cada uno de los elementos que dispusieron en un florero de cerámica Schlenker. Lo pusimos sobre una mesa de madera junto al retrato, que mi tío se las arregló para ubicar sobre un atril.

La gente empezó a entrar. Había llegado María Luisa. Me acerqué a abrazarla. Me miró a los ojos y me dijo:

—Ahora queda María chiquita.

Sobre la autora

María Roda. Bogotana de Suba con un corazón de pipián, un *esprit de cardoia* y un alma de changua. Sus tres pasiones —el arte, la escritura y la cocina— la llevaron a estudiar Arte en la Universidad de los Andes, donde realizó una opción en Creación Literaria que le abrió las puertas al mundo de los libros, de los procesos editoriales y de los talleres, espacios que le han ayudado a publicar en diferentes medios: forma parte de los autores del libro *Calle Flamingo: Antología marica*, publicado en marzo de 2020 por la Red Comunitaria Trans, y de la antología *Bogotá contada 2020: Decir los días*, del Instituto Distrital de Artes (Idartes).

¿Librera? ¿Editora? ¿Pintora? ¿Escritora? ¿Mediadora? ¿Video-artista? Para ella, el arte y la escritura son una alquimia similar a la cocina, en la que entran en juego infinitas herramientas y medios. Es autora de obras como *Atlas de zozobra* (2019) y *Hable despacio, hable duro* (2018), y cofundadora del colectivo La Ñapa, un grupo de investigación artística que se enfocaba en la cultura material de la gastronomía colombiana. Con ellos desarrolló curadurías como “Plaza de la discordia” (2020) o “Siga, que sí hay” (2022), así como publicaciones como *Recetario: Memoria sobre el cultivo de maíz en Antioquia* (2020) y *Mompox, tierra de sabores* (2021).

Asimismo, ha participado en diferentes ferias gráficas y editoriales con su proyecto Agapanto, con el que experimenta la autoedición y los procesos gráficos. Actualmente está cursando una maestría en Artes Visuales y Educación en la Universitat de Barcelona.



Iniciación

Alejandra Díaz García
Red de Talleres Locales de Escritura. Taller 4



Adelante, el mar quieto.

Mis pasos, entre la arena,
marcando seguros,
un camino ya olvidado.

Rostros cálidos de vidas pasadas,
con las manos extendidas,
me invitan a seguir,
serena,
familiar.

A pesar de ellos, dudo.
Me detengo.

En el horizonte,
ballenas erguidas danzan
en un tiempo suspendido.

Es el momento.
Nos dan la bienvenida.
Un retorno al principio,
iniciación.

Sobre la autora

Alejandra Díaz García es egresada del programa de Estudios Literarios de la Universidad Autónoma de Colombia. Lleva su formación profesional de la mano con la pintura y la ilustración, como artista autodidacta, con las que plantea temas como la introspección, espacios oníricos y el mundo emocional. Actualmente se desempeña como librera del Fondo de Cultura Económica, donde ha tenido la oportunidad de seguir alimentando su proceso creativo. Está interesada en la literatura escrita por mujeres colombianas y latinoamericanas, así como en el estudio de la literatura Latinoamericana en general. Ha participado en varios talleres de creación literaria, así como en exposiciones locales, en las que ha dado a conocer su obra.



El coletazo

María Paula González Ávila
Red de Talleres Locales de Escritura. Taller 6



Fue en la semana del huracán de 2017. El desastre natural había llegado a la costa, y a nosotros, los que estábamos en la sierra, nos tocó el coletazo: siete días de lluvia sin parar. Esa lluvia obstinada y persistente me hizo olvidar que detrás de su vestido gris, el cielo seguía siendo azul. Lo olvidé, como olvidé también la cita que habíamos acordado con Juan Andrés para que recogiera sus cosas en nuestra casa, de la que ahora yo hacía de secuestre. Ese fue el término legal que le dieron a mi compromiso de custodiarla mientras el proceso de divorcio y separación de bienes seguía su curso.

—Prefiero que quede a cargo de un tercero, señor juez —dijo Juan Andrés, con un tono incisivo, el día en el que hicieron el proceso.

—Tendrían que asumir los costos del funcionario que acepte ser secuestre durante los meses que dure el proceso. No me ha preguntado, señor, pero yo le aconsejo que acepte a la señora Lucía, que amablemente se ofreció a hacerlo, y así se ahorran ese dinero —le contestó el juez con un tono persuasivo que no dejó espacio para réplica.

En la negociación del proceso, cedió con el punto del secuestre, pero a cambio exigió mantener una habitación para uso exclusivo de él.

Decidió que la habitación principal, esa en la que estaba la cama matrimonial, estaría destinada únicamente a guardar sus cosas mientras el proceso de disolución de la sociedad marital siguiera en pie. Allí metió, una a una, cada cosa de la lista que tenía el juez. Era el inventario detallado de cada cosa que Juan Andrés recordó haber comprado: desde los moldes plásticos de chocolate enmohecidos hasta los casetes obsoletos que guardaba desde que era universitario. La diligencia tomó unas seis horas aquel día y todas las cosas del inventario que el juez asignó a Juan Andrés terminaron en esa habitación. La cama matrimonial se convirtió en un mesón para los traperos, la caja que contenía los 300 casetes, las bicicletas, la cafetera de mi hermana, la vajilla china y varios objetos más. Al final llamó a un cerrajero para que cambiara el picaporte y este, al terminar el trabajo, le entregó el llavero con las dos copias.

Juan Andrés cerró con seguro la habitación y salió de la casa junto con el juez. Así, cerrada con seguro, estuvo la puerta por los siguientes seis meses, hasta que tuve que forzar la cerradura. Fue un domingo en la tarde, cuando volví de la caminata semanal por el bosque. Me pareció que olía a quemado, seguí el olor y me llevó al final del pasillo, frente a la habitación. Me agaché para ver por debajo y creí ver que salía humo de ahí; sentí que debía abrirla como fuera para evitar que la casa se quemara. Salí corriendo y llamé a Óscar, el vecino de la casa once, para que me ayudara a hacerlo. La abrió de un empujón, que removió parte del polvo que había guardado el sitio por esos seis meses. Estornudé. Óscar se tapó la nariz y la boca con la manga del saco, entró y dijo que no veía algún indicio de incendio. Ni siquiera percibía el olor, me aseguró. Noté que yo también había dejado de percibirlo. Eran buenas noticias: no había tragedia.

Pero nunca la volví a cerrar. Tampoco entré a husmear. La dejé abierta porque así el pasillo se veía iluminado y sentía que la casa tenía un ambiente más agradable, aunque adentro de ese cuarto todo estaba empolvado. Nunca llegué a entrar, solo me gustaba tener la puerta abierta. Pero la semana del huracán la casa entera se sentía lúgubre.

La falta de sol, la amenaza de inundación, los apagones constantes y la muerte de Petunia y Elvira —las suculentas que se ahogaron en la terraza— sumaron motivos a la depresión que empezaba a sentir en esa semana de lluvia continua. Quería lidiar con la tristeza abrumadora, acompañada de mis amigas por medio de videollamadas en las que veíamos *Friends*; era una forma de encontrar consuelo en esos días lúgubres. Justo en el capítulo en el que Ross iba a casarse, llegó un mensaje de Juan Andrés: “Paso a las cinco”, leí en la pantalla de mi celular. Lo había olvidado: hacía unas semanas habíamos acordado que él pasaría por sus cosas.

Cerré el computador sin avisarles a mis amigas y corrí a ducharme. Luego me maquillé, me vestí, me miré al espejo y me cambié el pantalón por uno que hiciera pensar a Juan Andrés que estaba en casa, pero que me seguía cuidando; o al menos que no despertara la sospecha de mi depresión. La sola idea de encontrarme con Juan Andrés me hacía sentir ganas de competir, de mostrar que la separación me había sentado bien, como si hubiera un ganador al final de todo y tuviera que ser yo. Sentía que de esa dinámica participábamos ambos, en modos ya conocidos por el contrincante. Por eso no podía dejarle ver que estaba vulnerable.

Faltaban cinco minutos para las cinco cuando empecé a grabar la nota de voz en la que les explicaba a mis amigas por qué había abandonado la maratón virtual de *Friends* y les aseguraba que luego les contaría en detalle lo que pasara en el encuentro. A las cinco y dos sonó el timbre. Respiré profundo tres veces y caminé hacia la puerta. Abrí, saludé a Juan Andrés y lo invité a seguir. No se quitó los zapatos y ensució una parte de la sala.

—¡Juan Andrés!

—¿Qué pasó?

—Mira cómo volviste el piso, quítate los zapatos y ponlos en la entrada.

—Ay, perdón. Se me pasó —argumentó. Después caminó hacia la entrada y se los quitó—. Listo, ya.

Fui con él hacia la habitación y, al terminar de subir las escaleras, vi el pasillo con la tenue iluminación en medio de esa tarde gris; entonces recordé que no la había cerrado. Había tenido ocho meses para hacerlo y lo había olvidado por completo. ¿O lo había evitado? “Pude haber aprovechado mientras se quitaba los zapatos”, pensé. Pero ya era tarde. Juan Andrés iba adelante, volteó por el corredor hacia la derecha y se encontró con la puerta abierta y la habitación empolvada. Esos segundos me parecieron minutos. Me sentí pequeña e incapacitada mientras era testigo del desenlace inevitable. Lo vi detenerse, recoger sus manos en forma de puño, tensionar la espalda y voltearse hacia mí.

—¿Qué carajos pasó, Lucía? ¿Por qué abriste la puerta?

—Por el coletazo del huracán —fue lo primero que se me ocurrió responderle.

Sobre la autora

María Paula González Ávila (Bogotá, 1994). La escritura es la manera que ha encontrado para explorar la humanidad y diferentes formas de entender el mundo. Entre sus intereses principales se encuentran las ciudades, la psicología, los viajes, las culturas y las relaciones humanas. Complementa este aspecto creativo con fotografía documental, principalmente en la región latinoamericana. Actualmente trabaja en investigación y desarrollo en Colombia.



Mi reflejo en el agua

Juan Manuel Moreno Rojas
Red de Talleres Locales de Escritura. Taller 14



Jamás he sido hombre cobarde, bien lo sabes, ni en aquel entonces fui una criatura cobarde; solo procura comprender al niño que fui. Tal vez me hayas perdonado, tal vez no; en todo caso, es a mí a quien atormenta el paso del tiempo. Tanto tiempo caminado como si fuera una escalera infinita. Sabes que te echo de menos, sobre todo cuando voy al río y el sonido del agua me tranquiliza, y en verano el sol se pone anaranjado y se va escondiendo detrás de los árboles. Ahora te diré cómo fue todo aquello, y al ir escuchando mis palabras, acaso amaine la culpa; quizás veas lo inofensivo de mis actos. Tampoco debes culpar a Julito. Como yo, también él sentía paz subiendo y bajando escalones sin descanso, y lo mismo ese día corrió despavorido aporreándose los pies contra las piedras. Sí, las piedras. Las veo ese mediodía en el que los rayos del sol se metían al agua y se bamboleaban al ritmo de las sombras bailarinas que hacían juego con mi amor por todas las cosas. Aun las pequeñas olas de la superficie los hacían contonearse, perder su ímpetu y llegar, como cuerdas sueltas, desparramándose sobre las piedras y la arena, ya flojos, al fondo del pozo cristalino. Era una maravilla ver platearse las guarupayas cuando

se estrellaban contra un rayo de luz. Esa tarde nos zambullimos en aquel remanso transparente, Julito y yo, nadie más. Debiste ir con nosotros. Era nuestro, de los tres, aquel pozo, ¿recuerdas? ¿Recuerdas ese día luminoso caminando entre el monte, saltando sobre las piedras del río, alimentándonos de mandarinas y pomarrosas, nadando contra la corriente hasta vernos los dedos arrugados como uvas pasas? Te lo digo por si acaso se haya borrado de tu memoria ese bonito recuerdo. Lo descubrimos solitario bajo las ramas apretadas de mangos y acacias. Pozo Escondido lo bautizamos, acuérdate. Cuesta salir de allí; sabes de su soledad liviana, de sus adormecedores sonidos. En ese día del que te hablo, estaba ya bostezando el sol cuando el hambre nos hizo salir del agua.

—Ya no más mango —me dijo Julito—: se me están retorciendo las tripas.

Entonces salimos a dejarnos escurrir sentados en la playa, con el sol encima del horizonte calentándonos la espalda. Puse mis codos en las rodillas y me quedé escuchando el borboteo de la corriente, el rumor de las hojas. Julito dibujaba figuras en la arena con la punta de una rama. Yo contemplaba mi reflejo en el agua. Recuerdo oírle decir a Julito:

—Tal vez por las noches el río vaya por otro lado, ¿no cree?

¿Qué habrá querido decir? No lo sé, nunca lo entendí muy bien; sin embargo, noté cómo la claridad lentamente abandonaba las profundidades del pozo y supe que era tiempo de regresar al pueblo. Eché un vistazo a Julito: se ensimismaba en la arena, mantenía sereno su rostro primitivo, goteaba el agua de su negro pelo lacio. Le dije:

—Vamos, pues.

—Vamos —respondió, parándose en el acto como si estuviera esperando mis palabras.

Siempre te eterneció su obediencia. A mí más bien me parecía algo quedado; pero con todo, su taciturna naturaleza hacía buena compañía. Era un buen amigo, ¿verdad? Los buenos amigos acostumbra-
bran hablar poco. Pues bien, decidimos bajar por la corriente hasta el despenadero aquel y subir por el caminito hacia la carretera. Inflé mi

neumático, Julito, el suyo, y gozamos del regreso. El río estaba un poco crecido, así que nos hizo bajar con buena velocidad, y de nuevo estábamos empapados, de modo que fue inútil el habernos dejado secar en la playa. En eso pensé, y estaba a punto de decírselo a Julito, pero se me atragantaron las palabras cuando al bajarme del flotador sentí que pisaba sobre gelatina, y entonces saltaron los chapoteos, y el agua alebrestándose, y los gritos de Julito, y los míos. Dos manos me agarraron con fuerza una pierna y entonces se apoderó de mí ese miedo. Ahora, al contarte esto, veo claramente a Julito tomar la iniciativa en la carrera: trepar por el sendero arrancando la tierra; resbalarse en la huida sin mirar ni una sola vez hacia atrás. Lo horriblemente solo que me sentí, ni lo puedes suponer. No sabes del terror invasor, pues, aunque luchaba, no podía liberar mi pierna. Al fin lo conseguí, y tanto fue mi apego a este mundo, tan veloz fue mi corrida, que Julito dejó de existir, y solo me acuerdo de estar descalzo en el asfalto caliente de la carretera, luego de mi desespero en el río. Julito dice que tampoco yo miré hacia atrás, y que mientras él trepaba por la senda agarrándose de piedras y raíces, iba oyendo los chapoteos incesantes. Los escuchó aquella tarde, y ya nunca dejaría de oírlos. Jadeantes, sin aliento, Julito y yo nos mirábamos a los ojos apoyando las manos en las rodillas. Por un buen rato no pronunciamos palabra, hasta que me dijo:

—¿Sería el Mohán?

—¡Pendejo!, ese era un ahogado —le grité.

Volvimos a quedar callados. Yo miraba mi pierna cruzada de arañazos rojos. Vuelve y me suelta:

—Entonces no era un ahogado: estaba vivo. ¡Volvamos, Julito!

—Para qué, ahora sí que debe ser un ahogado —le dije.

Sin embargo, volvimos, pero no bajamos al río. Desde el borde del barranco nos convencimos (lo convencí) de irnos: hombre, mujer, niño, lo que fuere, ya no estaba allí. Por un instante fugaz, como un parpadeo, pensé en la mañana en que tú y yo, desde aquel mismo lugar, vimos pasar los muertos flotantes.

—Ya se lo llevó la corriente —sentencié dando media vuelta y recordando los cadáveres hinchados.

Un alcaraván solitario cruzó el cielo púrpura cantando las seis de la tarde. ¿Qué habrías hecho?, ¿habrías bajado? Pues yo tampoco bajé. Ahí le dimos la espalda al agua y al sol venadero hundiéndose en la lejanía de la llanura.

Qué silencioso fue el regreso, y qué opaca se volvió la mirada de Julito. Si hubieras visto esa sombra pasándole por la cara. Caminaba con la cabeza gacha agarrando las dos puntas de la camiseta colgada de su cuello, y yo podía sentir su condena. Siempre se le desenrollaba la lengua después de bañarnos en el río, pero aquella tarde su silencio me señalaba, o quizás se reprochaba lo maleable de su carácter, su flácida determinación. Mientras pateaba piedras y aplastaba caracoles, llevaba el ceño fruncido. Ya casi sin luz estuvimos frente al sembradío de pomarrosas, y en él nos internamos en silencio. Croaban los sapos en la penumbra de los árboles, y así mudos que se diría cortábamos el aire, arrancamos algunas frutas. A la hermana de Julito la hacía muy feliz comerlas, como a ti, y estaban en cosecha, rojas como manzanas. Pensé en cuánto las disfrutas cuando están moradas y más dulces. Envolvimos unas cuantas en las camisetas y así llegamos al pueblo, ya de noche.

—¿Lo acompaño a su casa? —le pregunté. Nada me respondió ni nada dijo mientras caminábamos uno al lado del otro entre la gente, que ya dirigía sus miradas hacia mí y que aún, no importa dónde, me sigue molestando con esos ojos entre tristes y amenazantes. Siempre lo hacen, como si no los atormentara también algún remordimiento, como si todos no contemplásemos la misma luna.

Al cabo llegamos, y la mamá de Julito me invitó a la mesa. Acepté a pesar de él: el olor a carne frita tiene la facultad de aliviar momentáneamente cualquier pesar. Dejé las pomarrosas sobre la mesa, la camiseta se abrió derrochando el rojo de las frutas, y al mirarlas, Julito preguntó:

—¿Y mi hermana?

—Se fue al río desde temprano. Todavía no regresa. Debe andar por ahí —respondió la doña.

Sobre el autor

Juan Manuel Moreno Rojas (Acacias, Meta, 1979). Según cuenta su madre con frecuencia, fueron algo así como dieciocho horas de trabajo de parto, lo cual podría entenderse (a él le gusta pensarlo así) como el origen de una tendencia natural a hacer lo contrario de lo que de él se espera.

Proveniente del Llano verde, desde los seis años ha residido en Bogotá. Durante quizás demasiado tiempo procuró convertirse en ingeniero civil, hasta que el 19 de noviembre de 2016 decidió abandonar cualquier salón de clase, y con proceder autodidacta se propuso aprender a escribir de una manera decente. También es acariciador de perros ajenos, así como serio admirador de Ernest Hemingway y Fernando Vallejo.

Durante este a lo mejor tozudo empeño de convertirse en escritor, ha conseguido ser finalista del concurso de cuento Colombia Cuenta, del Ministerio de Educación (2016), finalista del Premio de Novela Ciudad de Bogotá, de Idartes (2019) y ganador del Premio Distrital de Cuento Ciudad de Bogotá, de Idartes (2022). También en el año 2021 consiguió ingresar a la Red de Talleres de Escritura Creativa de dicha institución.

Reconoce que el reproche de sus hijos y su esposa por haber abandonado una carrera universitaria a cambio de la incertidumbre que en el arte habita, lo esperaba mucho más vehemente. Pero ellos van con él camino a lo desconocido. Aún siente que en ocasiones de pesada frustración, son ellos los que lo empujan.

De manera que, más o menos como dice Ernest Cline, en una frase digna de convertirse en epígrafe, “A mi familia, porque no existe mapa para el lugar hacia el que nos dirigimos”.



Mapas

Ximena Ruiz

Red de Talleres Locales de Escritura. Taller 8



Había un mapa, una geografía de cuerpos

sin cartografías ni nombres de países,

sin líneas de separación.

Con líneas de fuga.

En lugar de divisiones, pájaros amarillos,

montañas, ríos, lagunas verdes;

uno que otro gato montés.

Había un mapa lleno de estrellas, con soles y lunas,

estaciones de nieve y eclipses con voces: aullidos, palabras, gorjeos, graznidos,

todos los sonidos de alas y serpientes.

Las hojas se tornaban rojas, se desplumaban por jugar con el tiempo.

Había un mapa lleno de desiertos.

Había un mapa con infortunios,

sin tantos venenos atómicos ni plástico.

Un mapa fugaz

se llenaba cada día.

Había un fuego anterior al pensamiento,

y calentaba las soledades
con las nuevas palabras:

Regazo
atravesar
desnudez
muerte.

Sobre la autora

Ximena Ruiz (Pasto) estudió Filosofía y Letras. Actualmente, realiza la maestría en Estudios Literarios en la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá. Le gusta el cine, montar en bicicleta y viajar, no solo por los espacios físicos, sino también a través de los libros.



La herida

Diana Carolina Amaya
Red de Talleres Locales de Escritura. Taller 9



Bien, ante tu eterna ausencia te contaré mi historia. Será solo un atisbo de ella. Si decidiste perderte toda mi vida, pues tengo el derecho a decidir qué quiero contar. Será la parte que fue más importante para mí.

A mediados del 2013, por cosas de trabajo nos fuimos a vivir con mi esposo a un pueblo pequeño muy agradable. En ese entonces los dos éramos profesores desde hacía ya varios años. El trabajo era estable; yo era maestra en el pueblo, y él, en la capital. Entonces decidimos comprar una casa en el campo. Por la solvencia económica no fue difícil. La vida apacible en el campo, que siempre habíamos anhelado, se convirtió en una realidad.

Recuerdo que para el 2013, la vida en la ciudad empezaba a recrudescerse. En el último trabajo que tuve allá demoraba un poco más de una hora en hacer los recorridos de mi casa al colegio. Era una porque-ría: peleas, discusiones por una silla, por un toqueteo indebido en un bus atiborrado... Se volvió costumbre cargar audífonos y que la música fuera un refugio amigable. Y mi esposo, ni qué decir: para llegar a su trabajo debía atravesar la ciudad de extremo a extremo en moto; demoraba dos

horas y media. Para ese momento, los estragos de los años haciendo ese recorrido ya se hacían notar con problemas de túnel del carpo y dolor extremo en el codo por los movimientos repetitivos. Así que la conveniencia de huir de la ciudad era más que evidente. Cuando obtuve el trabajo en el pueblo, no lo dudamos ni un segundo.

Los años fueron pasando. Nosotros nos dedicamos a trabajar, y en los tiempos libres, a tratar de ser autosuficientes. Desde hacía mucho tiempo, ese estilo de vida había sido deseado por los dos. Nos la pasábamos horas frente al computador mirando videos de huertas y procesos de siembra y cosecha. En poco tiempo ya teníamos un gallinero, construido de manera muy rudimentaria por los dos, pero seguro y efectivo para los animalitos. También nos decidimos por ovejas, para evitar el trabajo de podar el césped. Como mi esposo amaba los perros, adoptamos dos criollitas de tamaño grande, que mi esposo bautizó Eicy y Dicy, porque era el nombre de su banda favorita, y de un solo grito podía llamarlas a las dos: ¡AicyDicy! Y como mis afectos se inclinaban más bien pro los gatos, adoptamos a Luna, que era muy pequeñita; parecía un Bon Bon Bum: famélica y cabezona.

Con las perras, en las tardes salíamos a caminar por los caminos de la vereda; se nos volvió una costumbre. Algunas veces nos encontrábamos perros, y se peleaban. Había que agarrarlas para evitar problemas con los dueños de los otros perros. Se hicieron enemigas de las perras vecinas; por eso tuvimos que poner malla alrededor de la casa. Debo reconocer que Aicy y Dicy eran muy fuertes, y siempre le daban palizas a cualquier perro.

Dejamos de ir a la ciudad por varios meses. Nos concentramos tanto en los procesos de la casa y la huerta que no visitábamos a la familia, y como el trayecto de las casas de nuestras familias a nuestra casa superaba las tres horas de recorrido, pues ellos tampoco nos visitaban frecuentemente. Hicimos un plan para ir avanzando progresiva y seriamente en los diferentes cultivos que podríamos tener, y fuimos sembrando poco a poco las plántulas. En internet nos fuimos informando de los procesos

de cuidado y el uso de lo que se cosechaba. La idea era tener todo tipo de aromáticas, frutas de clima medio-frío, verdura de hoja, maíz, papa, cilantro por temporadas, y así. También nos planteamos transformar los alimentos de la huerta: hacer mermeladas, conservas, queso, fermentos, lo que pudiéramos.

Ese aprendizaje fue por ensayo y error. Analizábamos las causas cuando una planta moría o cuando teníamos éxito en una cosecha, y fuimos registrando eso en cuadernos de notas. Fue maravilloso cuando empezamos a obtener diferentes productos alimenticios. Cuando uno ve salir de una semilla una planta, la ve crecer, fortalecerse, luego dar fruto, y al final uno puede comer ese fruto, tiene una de las sensaciones más bacanas.

Fueron pasando los meses y empezamos a quedar estancados. El trabajo ocupaba mucho de nuestro tiempo, y en ocasiones no quedaba ni un momento para atender nada de la huerta y las cosechas. Escasamente estábamos pendientes de las gallinas y de las mascotas. Así que fue surgiendo una inquietud... Alguna vez todos se han preguntado *¿Qué pasaría si...?* Pues bueno, durante meses, en diferentes conversaciones imaginábamos las posibilidades que nos daría la autosuficiencia si uno de los dos se encargara de tiempo completo a esa labor.

Recuerdo que un viernes, después de una semana difícil en el trabajo, puse en el celular *Clásicos del rock en español*, serví unos vinos y nos sentamos a discutir con mi esposo acerca de lo enrevesada que es la labor docente. ¡Ser maestro en este país es la embarrada!: uno queriendo hacer la diferencia, trabajando con los pelados, haciéndolos analizar y reflexionar sobre su realidad, y ellos con ganas de ser *influencers* y *youtubers*. Concluimos que en el país se estaban haciendo más difíciles las posibilidades para que los jóvenes pudieran estudiar o trabajar, y que muchos de nuestros estudiantes salían a engrosar las cifras del desempleo. Al ser un pueblo pequeño, las opciones de estudiar o avanzar en la vida eran realmente reducidas, así que educaba a niñas que iban a ser mamás jóvenes y niños que iban a ser mano de obra no calificada, cuando no desempleados. ¡Jue madre, qué realidad tan triste y descorazonadora!

Luego de esa conversación fuimos haciendo cuentas poco a poco. Debíamos estar seguros financieramente antes de tomar cualquier decisión. Pasó otro año antes de arriesgarnos. Lo que quedaba por pagar de mis deudas lo asumiría él, y yo quedaba comprometida a proveer los alimentos. Y así empezó mi mayor desafío: hacer productiva la huerta.

Mi compañía siempre fue, por un lado, el celular, por la música, y por otro, los animales de la casa, ACDC, que aprendieron a caminar entre los surcos y las plantas. Con determinación les enseñé a moverse por las diferentes zonas de cultivo y a dejar de perseguir gallinas. Luna encontró en la tierra suelta su sanitario perfecto; me molestaba mucho, pero es imposible quitarles esas mañas a los gatos. Y bueno, las gallinas siempre son compañía, aunque a las primeras les pusimos nombres y fuimos cariñosos con ellas, año y medio después fue una tortura pedirles perdón por sus nombres y jalarles el pescuezo. Así que nada de nombres: las cuidamos y respetamos, ellas nos alimentan, y no hay más.

También fueron compañía las parejas de ovejas y cabras que teníamos. En ocasiones me vi en aprietos para mover y dominar a esos animales. Debíamos tenerlos amarrados con cabestro e irlos desplazando lentamente para que en orden se comieran el pasto y no destruyeran los árboles y los cultivos, pero me ganaban en fuerza y me tumbaban al piso. Incluso me alcancé a herir con una estaca en un muslo al tratar de controlarlas. Por esto decidimos que fuera mi esposo quien manejara a estos animalitos; esos momentos eran difíciles para mi ánimo.

Con el paso del tiempo empecé a desenvolverme mejor en la huerta. Aumentamos el número y la variedad de aves de corral. Cada vez se me hacía más fácil matar gallinas, y fuimos agregando al corral poco a poco parejas de gallinetas, patos y pavos. La producción de la siembra también aumentó lentamente, y diversifiqué los productos: incluí plantas en las que se cosechan las semillas, como linaza, girasol y amapola, y con esas semillas empecé a hacer panadería. Cada vez se me hacía más fácil hacer mermeladas, conservas, vinagre y derivados lácteos. Aprendí

a hacer mostaza. Con aceite de oliva y huevos hacía mayonesa. Con los tomates aprendí a hacer salsa, e incluso aprendí a hacer vinos caseros de diferentes frutas.

También elaboré productos ecológicos de aseo, aunque algunos ingredientes de todos modos teníamos que comprarlos. Todo iba marchando tan bien, que las pocas cosas que comprábamos eran aquellas de la canasta familiar que no se pueden producir en clima frío: arroz, harina o azúcar. La vida pasaba sin preocupaciones al encargarme de la casa, y él vivía más descansado. Incluso dejábamos la mayoría de los fines de semana libres para visitar a la familia con más frecuencia. Íbamos en carro siempre, ya que les llevábamos mercado, que ellos nos compraban. En el carro, mi esposo ponía la música fuerte. Soda Stereo, Kraken, Metallica, ACDC, Queen, Black Sabbath nos acompañaban en nuestros viajes. Yo lo aguantaba, aunque prefería música más suave, más tranquila, en especial para momentos tan tensos como la conducción. Yo sabía conducir, pero en la ciudad prefería que él lo hiciera, porque a mí me daba mucho miedo. Solo manejaba cuando visitaba tiendas a las que vendíamos verduras y huevos. También teníamos una moto, la que él usaba para ir al trabajo. Para ir a la ciudad tocaba pagar peaje, así que para la economía familiar era mejor ahorrar ese dinero.

Nuestros mayores y mejores clientes eran la familia. Y esto me permitía un ingreso monetario estable con el cual compraba tela para hacer ropa. ¡No te he contado!: sé coser; ella me enseñó. La herencia que me dejó mi mamá fue ese saber y una buena máquina de coser. No, no fue esa vieja máquina de coser que conociste, que ella reparaba frecuentemente. Con el pasar de los años, y con mucho esfuerzo, se compró otra; esa fue la que heredé. Eso sí, te debo aclarar que en términos de confección tampoco es que fuera muy experta.

Recuerdo muy bien la mañana encapotada de agosto en que recibí la noticia. Llovía muy fuerte. Me llamaron del celular de mi esposo. Yo pensé que estaba reportando, como todos los días, que había llegado bien, y al contestar dije: “Amor”. La persona al otro lado me dijo:

—¿Es usted familiar de un motorizado de placas tal...? Ocurrió un accidente de tránsito. Debe dirigirse al hospital de la capital de la provincia de inmediato.

Yo quedé pasmada. Pedí un taxi, llamé a mi cuñada y quedamos en que la llamaría de nuevo. En la recepción del hospital me indicaron a dónde debía dirigirme. Me atendió una enfermera. Me dijo que, debido a la gravedad de las heridas, mi esposo se encontraba en cirugía en ese momento. Me hizo firmar unos documentos que no tuve tiempo ni disposición de leer: ¿quién quiere leer cuando te dicen que el amor de tu vida se debate entre la vida y la muerte?

Mi esposo murió en la cirugía. Cuando la enfermera salió a explicarme lo ocurrido, yo sentí un corrientazo salvaje y me dejé caer en la silla en que había estado sentada. Me llevé las manos a la cara y me puse a llorar.

Los hermanos de mi esposo venían en camino. Como nunca se nos había pasado por la cabeza que esto pudiera ocurrir, no teníamos ningún seguro ni nada que respaldara económicamente los costos funerarios. Para los dos siempre había sido claro que ese ritual de velación en que la gente pasa a mirar un cuerpo inerte, como si fuera el centro de atracción de un circo, no lo íbamos a aceptar ni por el putas. Esa fue la primera decisión que les comuniqué a sus hermanos cuando ya estuvieron calmados, luego de recibir la noticia. Preguntamos si lo podíamos ver, y la respuesta fue afirmativa. ¿Alguna vez hiciste alguna actividad de alto riesgo como lanzarte en *bungee* o en parapente? ¿O te ha pasado que en tu vida sabes que se vienen cosas arriesgadas, y tú pretendes que tienes todo bajo control, que lo puedes hacer sin problema, y cuando ya estás en esas vas cagado del puto susto...? Pues así fue, no porque yo supiera que tenía todo bajo control, sino porque las imágenes mentales que uno se hace de lo que pueda pasar distan mucho de la realidad de lo que va a suceder. Cada paso en esta nueva realidad es un paso al vacío: nada te prepara para eso. Hubiera preferido nunca tener esa última imagen de mi esposo, nunca debí haber pedido verlo.

Para poderlo trasladar del hospital de provincia a la capital y que lo cremaran, debimos cancelar varios millones de pesos. Explícitamente

yo pedí a la funeraria que el velorio se hiciera con las cenizas. Mi suegro estaba terriblemente enojado. ¿Qué dirían sus familiares al no poder verlo? De manera taxativa, como nunca antes había sido con mis suegros, les dije que había sido una decisión por la que él me había hecho jurar. Para que permitieran ver a sus papás el cuerpo antes de que se realizaran todos esos procesos, tuvimos que dar más dinero. En mi cuenta bancaria no tenía mucho, así que para estos gastos sus padres suplieron la necesidad. Pedir que no hicieran ceremonia religiosa fue imposible, aunque ya mi suegro había cedido. Esa celebración me iba a brindar unos largos minutos antes de que definitivamente tuviera que separarme de lo último que me quedaba de él antes de que todo fueran solo recuerdos. Ese proceso es tan enrevesado y extenso que uno no se da cuenta de que todo va encaminado a un último adiós. Luego de terminadas las exequias nos reunimos en familia con mis suegros en su casa. Allí pasé la noche, y sabía que por obligación debía irme rápido, porque a mi cargo estaban muchos animales que necesitaban de mí, aunque yo ya no quería saber de ellos.

Mi suegra se vino conmigo para hacerme compañía los primeros días. Me fui encontrando a mi esposo en cada rincón en la casa, en un cepillo de dientes que sobraba, en su ropa sucia acumulada, en su pocillo de café favorito, en el vacío de la cama, en los lloriqueos y la desesperación de las perras, que se sentaban en la puerta por horas esperando su llegada. Los días se me hacían lentos. Me despertaba tarde, y mi suegra me llevaba la comida a la cama. Llorábamos juntas y lo recordábamos. Yo trataba de distraerme atendiendo a los animales, revisando cosechas, pero perdí el interés y prefería pasar el tiempo en el celular, sobre todo escuchando música que me hacía sentir más triste. En las noches no podía dormir. En esos días recordé la película *Up*, y fue inevitable verla, sentir un fuerte lazo con Carl Fredricksen y llorar a moco tendido.

La siguiente semana, mi cuñada pidió permiso en su trabajo y se quedó conmigo seis días. Perdí la rutina. Ahora salía menos de la casa, me despertaba tarde, llorábamos juntas, y yo perdía mucho el tiempo sintonizando tonadas tristes. Entre mis favoritas estaban *Whish you where*

here, de Pink Floyd, *Street spirit*, de Radiohead, *Why does my heart feel so bad*, de Moby. Para los días siguientes, mi suegra les pidió a mis hermanos el favor de que me acompañaran por turnos. De ese tamaño era mi aspecto y desolación. La huerta quedó de lado. Se me hacía difícil salir de la cama, y ellos terminaron atendiendo a los animales y cosechando diversas cosas que ya estaban para recoger. Ante mí fueron perdiendo el encanto mi casa y los animales. Me lo pregunté en algún momento: ¿Sentiste lo mismo cuando ella murió?

La soledad de la muerte no se siente en el momento de la muerte, sino en la intimidad del hogar y en los actos cotidianos. Cuatro semanas estuve acompañada. Cuatro semanas en las que diferentes personas lidiaron con mi tristeza y la suya, y me hicieron compañía, pero la vida continúa: ellos debían volver a sus propias ocupaciones, y yo continuaba sin poder recuperar mi vida. Esa primera semana en total soledad fue la más difícil de todas. Dormía hasta el mediodía, y desde la cama escuchaba el clamor de hambre de las gallinas, los patos y las gallinetas. Las perras se veían y comportaban más agresivas la una con la otra. Ya no había horario ni rutina. Luna no hacía más que maullar dando vueltas dentro de la casa, y de vez en cuando me saltaba encima mientras yo dormía. Durante esa semana no moví a las ovejas ni a las cabras, que ya estaban comiendo tierra. En la nevera solo quedaba una bolsa de lechuga y tomates descompuestos; en la alacena, la única bolsa transparente de pan que quedaba mostraba vetas claras y oscuras; y café era lo único que preparaba de a pocos. Los siguientes dos días sin provisiones decidí quedarme en la cama, y cada vez que sentía hambre procuraba dormir. Eso sí, cuando me llamaban a diario para preguntarme cómo estaba, debía tomarme un tiempo para poder fingir una voz despierta y vigorosa. Les decía que todo estaba bien. En la noche y la madrugada, el hambre era un hoyo en el estómago y una quemadura en la garganta.

Al tercer día mi vecina me gritó desde la puerta:

—¡Profee!, ¡profee!

Al principio creí que soñaba, pero los gritos continuaron, y las perras empezaron a ladrar. Me asomé por la ventana, y con cara de sueño abrí la ventana y saludé.

—Profe, ¿le ayudo a correr las ovejas y las cabras? ¿Quiere que le ayude a echarle maíz en el gallinero?

Me dirigí a la puerta en pijama y, al abrir, ella me extendió un plato hondo con copiosa comida. Yo me puse a llorar de la vergüenza y el sentimiento de total invalidez.

—Vaya, profe, a comer. Yo me encargo.

Me senté a comer en un mar de lágrimas y mocos en el porche de la casa. Luego de un rato volvió la vecina y me encontró recostada en el piso llorando en silencio, abrazando el plato vacío.

Milena no era una mujer de sentimentalismos, así como muchas campesinas gruesas y fuertes hechas a punta de las labores propias del campo. Me levantó del suelo, me pidió que me calmara. Me dijo que mi esposo ya estaba con Diosito y que la vida debía continuar, que había cosas que atender, como a mí misma.

—¿Hace cuánto no se baña, profe? Huele mucho a chucha —dijo esto entre risa y vergüenza, y me hizo reír—. Métase a bañar y yo la espero acá a que salga.

Al salir, el olor a café recién hecho golpeó mi nariz. Recordé inmediatamente que a mi esposo le encantaba tomarlo fresco.

—Profe, me tomé el atrevimiento de hacer tinto. ¿Quiere?

—Claro, sí señora.

Nos sentamos en el comedor sucio a tomarnos el tinto y conversamos un rato.

Esa noche pensé que tenía que hacer algo. La situación era insostenible, y supuse que no habría sido lo que mi esposo esperaba de mí en una situación así: él siempre me había percibido como una mujer fuerte. Procuré despertarme en horas de la mañana y salir de la cama, asearme y atender los animales y, en general, atender las cosas de la casa.

Los días fueron pasando. Llegó el primer fin de semana sola, y yo poco a poco instauraba la rutina de tratar de llevar la vida. Saqué a las perras a pasear. Los primeros días todo transcurrió sin problema. Las caminatas eran más cortas porque temía que nos encontráramos otros perros y la situación se saliera de control. Las llevaba con correa y solo las soltaba un momento, cuando caminaba por uno de los lugares más solitarios. Todo parecía que se recomponía y que podía continuar con la vida, que estaba aprendiendo a vivir con el dolor.

Aunque salía tarde de la cama, procuraba alimentar los animales, recoger los huevos, atender la huerta. En la mañana del miércoles, cuando iba a rotar al ovejó, se me soltó la cuerda de la mano y salió a correr arrastrando la estaca. Tardé una hora en atraparlo; me hizo correr y las perras no fueron de gran ayuda: lo asustaban, y era peor. Al tratar de reunirlo con los otros animales, corrió y caí al piso sobre mi mano. La ira se apoderó de mí, y lo pateé y lo tironeé violentamente hasta llevarlo a su lugar. Al regresar a la casa tenía la mano inflamada y me dolía terriblemente. Por teléfono le conté a mi suegra, y asustada me pidió considerar la posibilidad de vender esos animales; de paso, que analizara si era conveniente que yo viviera sola tan lejos de ellos.

Llegó el final del segundo mes sin mi esposo. Para celebrar su aniversario y recordarme la puñalada de su ausencia, recibí una notificación del banco con una cuenta de cobro. Sorprendida, llamé a averiguar el porqué de dicho cobro. Me pidieron pasar por sus oficinas en horario laboral. Aterrorizada, fui planeando el viaje que debía hacer en carro. El siguiente lunes salí de madrugada.

El trayecto empezó mal: en una recta donde se debe andar rápido puse mal el cambio de velocidad y, en vez de ubicar la cuarta, puse segunda. El carro inmediatamente frenó y el bus inmenso que venía detrás de mí, pitó con violencia. Yo quedé tremendamente asustada.

Ya en la capital, todo empezó a complicarse. Hacer incorporaciones se me hacía difícil y me demoraba mucho. Las personas de los otros carros se impacientaban y me pitaban. Traté de componerme y

continuar con mi camino hasta llegar al banco. Con un montón de excusas, los de banco hablaron de que, dada la muerte de mi esposo, la deuda se cancelaba, pero que había unos cobros adicionales a ese préstamo que debían hacerse. Estos no se cancelaban con la muerte del deudor, sino que quedaban a cargo del codeudor, o sea, yo. Salí aturdida de ese lugar, no entendí nada.

Como había traído cosecha de la huerta y huevos, tenía que ir hasta la casa de mis suegros. Debía conducir de nuevo. En un mal movimiento, por mi frustración y desespero, salí en el momento que no era en una intersección y golpeé otro carro. El señor se bajó gritando como loco que yo era una estúpida, una retrasada mental. Empecé a llorar, y el señor enfatizó mi incapacidad e idiotez. Vociferó palabras soeces pidiéndome dinero, le di lo que llevaba conmigo. Llegué pálida donde mis suegros y les conté lo que había ocurrido. El dinero lo repusieron por pura compasión.

De vuelta a casa me fui conduciendo lento y con cuidado; era notorio que a muchos no les agradaba, porque varias veces me rebasaban gritando cosas por la ventana. Ya en la carretera, todo fue mejor. Me sentía más cómoda, y tuve la oportunidad de escuchar lo que sonaba en la radio. La emisora que estaba sintonizada era de una universidad donde con frecuencia emitían música clásica. El locutor presentó la siguiente pieza: Wolfgang Amadeus Mozart, *Requiem in D minor, 3th movement*. Apenas empezó a sonar reconocí la tonada, dolorosa. Comencé a preguntarme lo mismo que el hermano de Annie Hall le confiesa a un impávido Alvy Singer: ¿Qué iba pasar si oprimía el acelerador y lentamente, en la recta, tomaba velocidad y giraba un poco el volante? ¿Y si me dirigía a esos dos focos que venían hacia mí y, bajo el manto de mi estupidez al volante, causaba un fatal accidente? El escándalo del pito del camión me hizo volver en mí y tomé de nuevo mi carril.

En los días siguientes me senté a hacer cuentas del dinero con el cual contaba, y confirmé lo que sospechaba: no tenía dinero suficiente para seguir viviendo de la manera en que lo hacía cuando mi esposo vivía.

Me puse en la labor de hacer algunas llamadas para vender los animales y quedarme solo con algunas gallinas. Diferentes personas vinieron a llevarse las ovejas, las cabras, los patos, las gallinas y las gallinetas. En esa venta no recolecté tanto dinero como creí, y definitivamente no iba a solventar mi deuda con el banco. Me pareció curioso que antes de irme a la cama, las perras no quisieran acostarse: estuvieron paradas un rato dando vueltas. Entrada la noche, cuando ya estaba recostada en la cama, escuché el golpe de una piedrita en la ventana. Quedé a la expectativa y me puse a pensar que de pronto alguien más venía a comprar uno de los animales, o que la señora Milena me necesitaba. De nuevo una piedrita golpeó. En silencio, encendí la luz externa de la casa. En eso, las perras se pusieron alerta y empezaron a ladrar. Miré a través de la ventana de la sala moviendo muy despacio la cortina, pero no se veía nada claramente más allá del portón; solo una silueta del alguien parado del otro lado. Violentemente abrí la ventana y pregunté:

—¿Qué quiere?

Entre los ladridos de las perras alcancé a oír una voz masculina que respondió:

—¿Quiere compañía esta noche?

—¡Imbécil! —le grité muy fuerte para que se escuchara en las casas vecinas.

Con cólera, cerré la ventana y fui a sacar las perras, que corrieron hasta el portón y continuaron ladrando. Pese a que me encontraba furiosa, me dio un miedo enorme, que me hizo notar que era una mujer sola en el campo. Decidí llamar a mi cuñada, que me contestó exaltada por la hora y porque pensó que algo malo había ocurrido. Traté de hacer conversación, de recordar a mi esposo, le dije que me sentía sola y abatida con lo que acababa de pasar. Ella me respondió que mis sentimientos eran normales frente a lo que había ocurrido en esos últimos meses, que tratara de descansar, y que ella debía madrugar. Entonces se despidió. Me quedé llorando un largo rato. Luego llegó la calma, pero no el sueño. Esa noche dormí poco.

Al día siguiente me contacté con antiguos compañeros míos y de mi esposo. Les pregunté si conocían alguna oportunidad laboral. Concluyeron lo mismo: por ser noviembre, las posibilidades de encontrar algo en ese momento eran muy pocas. Sugirieron esperar para enero del siguiente año. Caí en cuenta de que haber vendido los animales había sido un error: las cabras ya daban leche, las gallinas ponían suficientes huevos para vender, si compraba de nuevo animales, debía comprarlos jóvenes y esperar a que llegara la época de poner, y en el caso de las cabras, que tuvieran crías para que produjeran leche. ¡La había cagado! Todas estas cuestiones de anticipación y análisis de los pros y contras siempre habían sido asunto de mi esposo; yo solo esperaba que él hiciera esas previsiones, al igual que las cuentas. Me pregunté si en algún momento de tu vida la cagaste como yo en ese momento.

Pensando en eso, destapé una cerveza. Salí y me senté a tomármela bajo el sol, acompañada de ACDC, que me batían la cola. A la distancia vi la laboriosidad con que las pocas gallinas que tenía iban escarbando el pasto y atrapando insectos. Pasó una bandada de alcaravanes muy cerca del techo de la casa en formación de V. Alcancé a ver sus ojos rojos, sus vientres blancos y el tono marrón de las plumas de sus alas. La bulla que hacen es singular. Descendieron en el campo abierto del lote vecino. Luego pasaron dos torcazas en dirección contraria, con un aleteo más trabajoso. A la distancia vi posado en un solo lugar y aleteando fuertemente al gavilán buscando su presa. Pasó una mariposa de color naranja en vuelo irregular, y a las flores más cercanas llegó otra de color amarillo pastel. Al terminarme la cerveza, el movimiento de un insecto hoja de color verde limón llamó mi atención. Se movía cerca de una polilla que tenía una cara de payaso pintada en las alas; quizá dormía. Decidí salir a caminar con las perras.

Te resumo todo el mierdero: después de un rato de haberlas soltado pasó una de las perras vecinas, y salieron a correr sin hacerme caso. Corrí tras de ellas, y cuando se resguardó aquella a la que perseguían, volvieron a mí. Las amarré y me enrollé las correas en las manos. Cuando casi

llegábamos a la casa, apareció esa perra con su gallada. Ante esto salieron AC y DC corriendo, y yo me rompí la nariz contra el piso.

Esa misma tarde llamé a la vecina, que con cara de asombro vio mi cara. Le dije que todo estaba bien, que le regalaba las gallinas, porque que me iba a la capital. Al siguiente día, temprano puse en su guacal a Luna, subí las perras al carro, eché camas, comida y arena de gato, y me fui. Como me sentía más libre por la decisión tomada, mi conducción resultó más fluida, más libre.

Llegué donde mi hermano. Estuve con él y su esposa gran parte de la mañana. Hablamos sobre ellos. Luego me preguntaron por mí. Les conté la situación del banco, y que andaba en búsqueda de trabajo. Les pedí el favor de ayudarme a cuidar a Luna mientras lograba estabilizarme. Convencerlos no fue tan difícil.

Luego me dirigí donde mis suegros. Almorcé allí. Era inevitable hablar y recordar a mi esposo. Se nos volvieron a llenar los ojos de lágrimas. Les conté que había vendido los animales y que andaba buscando trabajo. Que, por supuesto, lo más lógico era que en enero fuera más fácil conseguirlo, pero que tenía una entrevista ese mismo día para un reemplazo. Entonces les pedí que cuidaran de AC-DC. Antes de irme, abracé a todos con fuerza, en especial a mis perritas.

El plan era el siguiente: en el tablero del carro encontrar el mecanismo para desactivar el *airbag*, luego arrancar el auto y volver sobre mis pasos, recorrer el mismo camino de vuelta a casa, a ese lugar donde fui tan feliz. Simular el cinturón de seguridad abrochado para que no hubiera contratiempos con los de tránsito. Prender a un volumen alto la radio en esa misma emisora de la cual ya te hablé. Disfrutar la música. En esa recta de cinco kilómetros, aumentar la velocidad y soltar el volante después de darle solo un pequeño giro a la izquierda. Y esperar lo que viniera a continuación. ¿Conoces la película *El club de la pelea*? Quería que fuera así, como en la escena de “déjalo ir”. También, me habría encantado que en la radio sonara *O fortuna*, de Carl Orff, o *Elfen lied lilium*. Supongo que tiene uno el derecho de decidir cómo quiere morir y qué quiere escuchar por

última vez. Me puse dramática con esas canciones, pero son perfectas para describir la situación: “¡Oh!, Fortuna, cambiante como la luna...”, o “Ben-dito sea el hombre que sufre tentaciones: después de ser probado recibirá la corona de la vida...”. Y bueno, ya dejaré de escribir estas estupideces: no se puede conducir y escribir al mismo tiempo. Además, que no sé qué es esto, ¿una confesión, una despedida?

No voy a dejar sin responder la pregunta que seguro te ha rondado la cabeza al estar leyendo todo esto: ¿Y por qué te escribo a ti? Pues bien, parte de lo que ha ocurrido es tu culpa. Cuando te fuiste quedamos vulnerables económicamente. Mi mamá se volcó sobre mí para cuidarme, por ser la menor. Todo me lo brindó, me lo puso a mis pies, me educaron vulnerable, dependiente, débil, y por esto no soy capaz de superarlo y continuar. Es, en parte, tu culpa. ¡HIJUEPUTA!

Sobre la autora

Diana Carolina Amaya (Ibagué, 1986) fue criada en Bogotá. Desde que tiene memoria, recuerda que la lectura y la escritura fueron parte fundamental en su desarrollo personal y académico. Con el paso de los años, su interés por las artes y humanidades se acentuaron. Esto determinó su recorrido por la educación superior. Es licenciada en Lengua Castellana, Inglés y Francés por la Universidad de La Salle, profesional en Estudios Literarios por la Universidad Nacional de Colombia y estudiante de la maestría en Escrituras Creativas de la Universidad Internacional de La Rioja (UNIR). Debido a sus estudios, fue evaluadora en el concurso nacional de cuento RCN-Ministerio de Educación Nacional en los años 2011 y 2012. Es docente del sector público en Cundinamarca. Quiere mucho esta labor, aunque piensa que es una profesión muy dura y poco valorada. Siendo maestra, ha puesto el mundo literario y de creación en el panorama de sus estudiantes como una herramienta para dejar volar la imaginación y escapar de los contenidos académicos que muchas veces encasillan a los niños y jóvenes. Las lecturas, su curiosidad y la literatura la llevaron por el camino de la creación. La escritura la desarrolla como una afición que la deleita y tortura. Le gusta contar historias por lo estético de la palabra y los alcances de esta. Cree que escribir es un acto de liberación, de búsqueda, sufrimiento y desprendimiento que, en su deambular como una entidad propia, puede llegar a impactar a otros.

Piedras que, como huevos, de niño recogí

Javier Andrés Arias Bernal
Taller Distrital de Novela



Las paredes eran blancas. Estucadas con la materia del silencio.

Aun en la oscuridad, blancas; aun de madrugada, blancas, y más en esa madrugada, en la que, por primera vez, la escuché.

Llevábamos casi un año viviendo juntos y, ahí, en la cama —él ya dormía, yo despierto—, no era que se me echasen encima las paredes; exigían, no que las habitásemos ni que las pintáramos, no querían repisas ni fotos de los dos; exigían, desnudas, cuatro escleróticas cuadradas respirándome en simultáneo: que tuviéramos sexo.

Vernos tener sexo...

Y no, no había sido, tampoco, la noche.

Y me señalaban —lo recuerdo con tal nitidez— las paredes. A mí. No a él. Él continuaba profundo. De algún modo, su respiración, apacible, indiferente, blanca también, suspendiéndome, se adhería leve a las paredes, revistiéndolas de esa telilla como cuando el semen afantasma sobre la piel, y yo, esa ausencia tras su descarapele, ahí en la pared, como

ya antes lo había sido en mi piel o en la suya: duermes, y es la asfixia de estar juntos... en esta cama. Ambos tendidos, tapados con las cobijas. Tú, boca arriba; yo, de lado. Frente a mis ojos, tu hombro a medio tapar. Mis pies se salen de las cobijas, se enfrían; debo acomodarme, hacer que esta almohada quede junto a la tuya. Apenas si alcanzo a verte los párpados cerrados, la nariz, tu cara en la oscuridad, en la roja oscuridad debido a los números del radio-reloj-despertador en tu mesa de noche. Si cierro los ojos, te me borras. Oscuro... Oscuro... Nada. ¡No se me pegan los párpados! ¡Vuelvo y los abro! Ahí estás. Estás tú. Fijo la mirada en tu hombro y me doy cuenta: soy el resabio de un reflejo caduco —alguna vez también yo dormí así, tranquilo o arrunchados o desnudos; encontrados—. Tan allá... tus ojos, nariz, labios... La luz roja; los minutos no avanzan, rojos; los números no cambian, rojos... Tu cara, de perfil, alumbrada, roja, todo lo demás se apaga, se extingue, deja de iluminarlo el tiempo. Apoyo el codo en el colchón, desplazo el peso de mi cuerpo hacia la pared, nuestra cabecera, dejando la almohada en su sitio. Vuelvo y me tumbo, y con la nuca rozo la concreta blancura. Quedo, al fin, junto a tu cara: una vela encendida. La velo. Quiero... te derritas. Me concentro en tu cara. Quizá así, y solo así, lo rojo te consuma, te abra, te haga despertar y el tiempo avance al filtrar su luz a través de tu mirada. Derretirte en cera blanca. ¡La quiero! ¡Dámela! ¡Tu cera blanca, fundiéndonos de una vez por todas con estas paredes blancas! Tan dormido y con la cara tan roja, tan detenida en el tiempo. Estoy viéndome en tu cara. Eres una vela roja, no blanca... Viéndome en tu cara... y de derretirte..., viéndome en tu cara... sangre, sangre correría viéndome en tu cara (verse a uno mismo es ya no ser uno mismo). La verdad es romper un espejo. Romperse con él. La verdad es quedarse afuera. Terminar del otro lado y ya no al lado. Actos reflejos. Espectador de la propia vida. Y de la noche. De esta noche, más bien madrugada. Todo oscuro y es lo único que puedo hacer ahora: verte..., pensar... Quizá sea eso: desgasté mi imagen hasta el desvelo. Te miré hasta devolverme por completo. Rompí el sueño, y por juntar en una sola la imagen devuelta por sus pedacitos, terminé contemplando el revés de lo que se sueña. Soy esos pedacitos. Si me juntaras... el recibo de la luz..., si me juntaras..., está ya por

vencerse... , ahí saldría, yo, dormido, tranquilo...: eso hay que pagarlo ya..., pero ahora soy los pedazos, y cada uno te refleja distinto. Me disperso. Me dilato. Caí en la fractura que nos romperá, ensanchándola, ensanchándola... /la idea ya aterrizada. Escrita. La hiendo justo por la mitad, la rajo en un intento de adentrarme en su resonancia, de entendernos, y en ese hueco que así entro a habitar —va cerrándose, oprimiéndome hasta la asfixia, arrinconándome, como si la urdimbre, el tejido de lo escrito se autorreparara—, ¿qué necesidad de concebir otra idea en su interior? Porque escribo —que al abrirse al mundo me genere campo— otra idea, escrita desde los entresijos de la primera, y es cuando se hace para mí un poco más de espacio. Corchetes enmarcan periodos, oraciones enteras dentro de una frase ya en paréntesis (¿la idea se aleja o se expande, se concreta o se diluye?), y, sin embargo, los dos paréntesis, apertura y cierre, tú y yo, ya tan apartados entre sí, se reclaman (como si la urdimbre, el tejido de lo escrito se autorreparara) y se vuelven a unir doblando por la mitad el bloque de series enmarcadas, plegándose en conjunto, hasta convertirse en la grieta de una página en blanco. Habitamos un resquicio, dentro del cual yo intento, de nuevo, hacerme un poco más de espacio, pero una grieta es un camino de un camino de un camino hacia el total resquebrajo, y no hay retorno cuando es preciso romper para adentrarse. También es cierto: por una ranura se cuele algo. Esto. Lo que escribo. Rajar palabras, ver lo que realmente dicen: rompernos a punta de hendir ideas para abrirlas a otras de las que luego emanen las que, a su vez, deriven en esa total que desde la primera vengo gestando, pues solo de una raja la vida se abre paso/ (ensanchándola más y más..., la grieta de la grieta de la grieta que es sola una, la de un espejo colocado frente a otro aún ileso, y solo uno está agrietado, y en el reflejo, ambos y ninguno: la infinita hora, el infinito proceso... El desvelo. Velo tras velo. La profundidad... Uno frente al otro... se exagera... vértigo... ilusión... imágenes en un túnel sin límite, y el límite somos tú y yo)... Viéndome en tu cara, estoy viéndome en tu cara, y soy esa transparencia que exhalas, ese aliento, enunciación de liviandad en la tersura de los resoplidos que das —¿ves?, ¡lo

volviste a hacer!, y si no hubiera estado atento al flamear de la luz en ti, ese ruido me hubiera sobresaltado—, y hasta podrían ser ronquidos, y no lo son: no se enredan en su propia palabra dormida, y es que nada, nada enreda en esta manera tan tuya de estar dormido en el mundo, y tan fuera de él, ni un demonio, ni una duda; las debes tener, claro, pero las apaciguas —¿cómo? —, y una de ellas debo ser yo: te salgo de adentro, como a mí estos pensamientos, nuestros, tuyos..., tú..., yos...; soy lo que te sale del estruje de los sueños —reniegas entredormido, y si acaso capto el sentido de lo que dices—; soy lo que te sale por la nariz y por el huequito que forman tus labios, uno derrotado sobre el otro, porque mi beso, al desearte buena noche, quedó derrotado en ellos; en cada tenue exhalación —tu respiración acompasándose bajo las cobijas— me das al mundo y puedo al fin huir, y es dulce: ¿qué es respirar, devolverlo todo, sino un acto de amor? Si me amas, me exhalas, me amas, me exhalas, debes nutrir al mundo de mí, no ahogarte con una simple bocanada —y el que se asfixia soy yo, y no puedo irme, así como tampoco levantarme de esta cama y dejarte a merced del rojo instante que no pasa—, y, sin embargo, es solo eso: la inconciencia del sueño, la angustia del desvelo, y en él, una parda lucidez: envejeces, y en este momento lo ignoras. Envejezco. Me pierdes sin saberlo. Me pierdo, y lo sé. Todo, consumándose en su propio flujo e intercambio. Duerme, duerme, negrito; duerme, duerme, negrito que tu mama está en el campo, negrito... Tu abuela solía cantarte esa canción, ¿verdad?, ¿eso sueñas?, porque tu respiración se explaya, se encierra en el cuarto, una cobija más y no es de tela, sino pesada, y se hunde en mí y resuena y reclama una melodía particular, pero cuál podría yo atribuirle en medio del silencio si no es la de esta forma tan tuya de desgajarme, la lentitud me descarna, y ahí va una capa muy fina de mí —esa que acabas de exhalar—, se adhiere a la pared, y la lentitud se encarna: mariposa de tu cera blanca, para morir solo tuvo que buscar en qué posarse, como si yo justo ahora te abrazara, y es cuando otro de tus suspiros se hace leve tejido —uno bien sacado de lo profundo de mí que hasta entonces conservabas— y, del mismo modo, va y se posa sobre lo blanco de la pared, barniza al alado cadáver, haciéndose tejido y mariposa, una sola lámina todavía más blanca, y vuelves y respiras, y otro retazo de mí cae,

suave blancor, sobre la acumulación —revistiéndola— de mis gajos marchitos en la pared, y ahí, a medida que los exhalas, todos se unamisman (descarapelándose la mariposa, descarapelándose, y su sangre, roja, no blanca, no líquida y sí de luz, rezuma a través de la pared, manchándola de la parálisis de los números. ¡Ni siquiera ha pasado un minuto! ¿Y los que en este instante se han venido desprendiendo, como yo, en hilachas? Los minutos se gestan en mí para luego desprenderse. Me desprenden. Los respiras y me voy despegando de ti: desp(legado el tiempo, aglutinándose, capa tras capa, en las paredes de este cuarto)..., se unamisman aunque no pueda verlo; en cambio, y aunque no produzcan el más mínimo sonido, los escucho, a esos pedazos de mí, hacerse, juntos, blancura: verdadero transcurrir que solo en el silencio se revela: el progresivo, lentísimo e irrefrenable movimiento de lo vivo. Lo que ocurre entre el estado inicial y el estado final, lo estoy escuchando. Lo que hay entre el paréntesis de apertura y el de cierre. Ese continuo intervalo. Se ignora el cambio, a cada instante, de lo vivo, pero ahora /una idea que no estaba en este párrafo llega, se amalgama, lo transforma/ lo presencio cuadro a cuadro. No hay nada en este cuarto que no se esté transformando. Entre los distintos tonos de blanco que cada capa de mí le aporta a la pared, hay otra pared, se hace otra, siempre otra, se está haciendo otra —y yo soy el intersticio entre una y otra, como una y otra pared separa mis distintos estratos—, cambia la pared y todas ellas me miran, nos miran, en simultáneo, y hay otra respiración, no solo la tuya, no es la mía ni la de los gatos, ya vendrán a acurrucarse sobre nosotros; es la respiración de las cosas, la del mundo, mana de entre la filigrana del silencio, un grito ahí en la pared, como ya antes lo había sido en mi piel o en la suya, aunque detestaba que el semen se le secara así, entre los vellos. Yo, grabado en esas paredes: su contenido y por ellas contenido. Erigidas por la mera acción de contener. ¿Con-tenerte me bastaba? Las paredes nos contenían. Estaban hechas de nosotros: encerraban, pero protegían.

Incapaces, lo éramos, de alinearnos en un espacio común por fuera de esa terrible contención: la de no desmoronarnos.

Voy contándolo mientras me sumo en la tierra. Me sumo a ella. Al presente desde el cual todo es pasado, todo es promesa. No es que

haya caído en un hueco, no. Acostado sin poder dormir en esa cama, en nuestro apartamento del tercer y último piso, me reclamaron —halándome hacia ellos— restos de organismos, vieja hojarasca, toda suerte de residuos ya desintegrados, compactos bajo el planchón de cemento del apartamento del primer piso; me reclamó la tierra, invocó un torbellino, halándome..., y ese incesante gemido, cuyas variaciones se centrifugaron alrededor de mí, caí, poco a poco, hacia el interior del vórtice, succionado —el ciclón acabó con el concreto, con el ladrillo del edificio— mediante espantosa garganta, protuberante, y no de venas, sino de raíces: oscura, terriblemente oscura se veía desde adentro. Desde afuera debió parecer como si, justo debajo del edificio, forrándolo, la tierra estirara el cuello, tragándoselo entero, como cuando en los muñequitos una serpiente devora a otro ser, e inmediatamente adquiere su contorno. El elefante dentro de la boa que parece un sombrero. ¿Fue un torbellino? ¿Me tragó la *tierraire*? O simplemente mi cuerpo atravesó la materia sólida alterando la vibración de sus átomos para hacerlos pasar, primero —provocados por esa misma vibración—, entre los espacios de los átomos de la sábana de microfibra, luego, a través del colchón *queen*, de la base-cama, así, hasta caer al suelo, filtrándose mis partículas por cada resquicio intermolecular del piso laminado de madera, de algún modo, el techo del apartamento del segundo piso: ahí fui a dar y continué —intangible— el descenso, atravesando el espacio entre los átomos, y ¿qué hay en medio? /un espacio en blanco, o tal vez cinco./ Por un instante, yo estuve ahí: colmé cada distancia. Fui el sustrato inmerso en todo y en lo que todo está inmerso. El contenido y todo lo contenido. Los átomos —ahora puedo decirlo— no están separados: los une la energía propia del vacío. Solo el vacío /aquí vengo a encontrarte..., a encontrarme/ llena el vacío. Menos por menos da más. Así que, como tal, no existe, y es absoluto. Una abertura exponencial en el aire a través de la cual vuelven a encontrarse las manos de dos. Entre un número entero y otro, los decimales y, entre estos, los decimales infinitos... Por eso, esa noche el tiempo no pasaba: entre la transición de

cualquiera de los números del radio-reloj-despertador hacia su siguiente forma ocurrían otras tantas transiciones. De un minuto a otro, resquicios, aberturas... ¿Vibré?, o ¿realmente algo me succionó? El sonido es una vibración, y llegó el punto: todo en el mundo fue ese gemido. Hasta vibraban, en su redondez, las piedras de la amplia y abandonada madriguera a la que fui a dar al atravesar el piso del 101 y las primeras capas de tierra. Fueron las piedras. Ellas me reclamaron, trayéndome desde el último piso del bloque. Me atraieron, soplando el poder primitivo de secretos conservados en su memoria. Las piedras son sonido, sonido *decantado*. Cantos, así también se les llama. El sonido gira y gira hasta hacerse redondo. La redondez es la forma del recuerdo: ruedan y siguen rodando las piedras esféricas a través de las eras y de las edades cíclicas de la tierra. Ellas, las redondas, son la palabra pensada, su peso y balance, y la cara curva mantiene el movimiento. Aquellas rocas, con otras formas, en cambio, son palabras heridas e hirientes, el rugir de eventos catastróficos de la naturaleza, lo no expresado. Lo que vibra termina por solidificarse. Aquello sin imagen será el espíritu de una piedra. Lo dicho en el mundo no ha sido en vano: en ellas queda grabado. Por cada silencio trizado, una piedra retumba. Por cada palabra dicha, la potencia de una pedrada. Las piedras son todas aquellas veces sin silencio, son el silencio en reposo. Todo vibra en la quietud. La percusión de la tierra, eso son. Un son..., la forma de la resonancia en busca de una correspondencia. Son-ido, sonido ya ido... Las tocamos y, así, reproducimos el audio, un susurro ancestral depositado en el tiempo, captado solo a través del tacto. Lo pasado le habla a la piel. Las piedras hicieron parte de un único cuerpo, y cada una cuenta su versión del colapso, del derrumbe /tal como yo, escribiendo esta historia; dicen cuando las acaricio: “la fortaleza era mantenernos juntas”. Y, sin embargo, hay que rodar.../ Llegué, entonces, a un espacio que antes debió servir de madriguera. Por las piedras redondas creí, en un principio, hallarme en el interior del nido de alguna bestia antediluviana. Tomé una, ovalada y cálida. Ahí lo supe. Lo entendí. Lo encontré. Ya solo quedaba ovillarme

en la tierra. Ella volvió a echarme su manto encima, y todo se apagó, continuando mi descenso, ¿hacia dónde? Hundiéndome más y más en la tierra. Siento la textura arcillosa del desmigajar de grumos y terrones, cómo se deshacen —a medida que me hundo más— en arenillas, caricia exfoliante, cosquilleándome la nuca, los brazos, removiéndome, poco a poco, la ropa, los callos de la piel ahora expuestos, mientras me hundo, más y más, en negruzca humedad, retenida, compacta. Ahora, caigo en cuenta, me acuerdo de un detalle: le pedí, a él, que durmiéramos —esa vez— desnudos; no quiso.

Reanudo, pues:

Él, en su lado de la cama, dormía entre sábanas, en un ahogo de algodón que me sofocaba. No parecía un cuerpo recostado; más bien, como si un cometa hubiese impactado, directo y con violencia, una masa calcinante de hielo contra nuestra cama, haciendo en ella un cráter donde antes dormía mi amor: un hoyo, no negro, más bien blanco, blanco como las sábanas y paredes, succionándolo todo en una melaza de cobijas y hábitos, y que pases bonita noche, y que duermas, y hasta mañana, que descanses, porque su presencia, aunque dormida, orbitaba alrededor de mí, y, sin embargo, era yo quien siempre quedaba a la espera de algo.

Él sí podía, en cambio, dormir. Dormir tranquilo.

En últimas, no sería su decisión. Sí la mía.

Por eso seguía yo sin conciliar el sueño.

El radio-reloj-despertador en su mesa de noche. *Estoy viéndome en tu cara..., hasta que me pongo a mirar los números del radio-reloj...*

El arañazo rojo de los dígitos contra la lisa blancura de la pared cada que en el panel cambiaban: 01:23, 01:24, 25, 26... ¿Se hacía tarde o más temprano? Aparte de los números rojos, no había luz en el cuarto; tampoco parecía la hubiera más allá, en ningún otro ámbito, todo cegado y, sin embargo, blancas paredes blancas, palpables solo en la oscuridad mediante la rojez de esos números cambiantes y, asimismo, rígidos, perfectamente diseñados; conservaban la tangibilidad, textura, maleabilidad del tiempo, tal una ilusión, un insulto. Un baile de fantasía: cuatro ojos

(88:88) cuadriformes encendían o apagaban cualquiera de sus segmentos, metamorfoseándose así en este o en aquel otro dígito, formando entre sí toda combinación posible de números. Más aún, de momentos, de tiempo insoslayable y sin desbordar, salirse de esos límites, titilantes movimientos rojos, andamios intermitentes estaban o no estaban permitiendo toda continuación de... /cinco espacios en blanco. Vuelvo a tomarme cinco espacios en blanco. Y no son cinco, y tampoco han estado en blanco. Han sido días y rutinas en ese paréntesis: los días sin escribir. Espacios vacíos y llenos de todo. Lapsos anteceditos por puntos suspensivos, sembrados de ellos. Dilaciones. Durante esos cinco espacios en blanco, ¿qué no ha pasado? ¿Qué no he pensado? Y vuelvo —como si esos cinco espacios fueran la distancia necesaria, el respiro necesario para pensarme, pensarnos; donde cabe todo lo que nos está pasando— al punto en que dejé la historia: "... permitiendo toda continuación de...". ¿De qué? No completaré la frase. La dejaré así, tal cual, en suspensivos, cuando realmente quiero decir, al invocar el cauce del signo: de etapas... Se suceden unas a otras. Sin darnos cuenta, las superamos, dejamos atrás. Nos han traído hasta aquí y se llevarán algo. El nuevo y naciente despojo de cada vez. El amor no es su forma: es su flujo. Como un río, se transforma sin transiciones claras y a veces tengo que interrumpir (cinco espacios) y decirte algo. Tiene zonas cristalinas, otras turbias, caño Cristales, tintes... Aguas calmas y rápidos. Meandros. En el fondo, lodo. Vados. Renueva sus aguas y parece el mismo. El tronar de la corriente impone, ahoga el ruido de las palabras, incluso su flote mental. Pueden solo escribirse. Fluyen. Circulan. Se estancan. Peleamos y hay que poner tierra de por medio. Espacios, cinco espacios de por medio. Y, de nuevo, se precipitan, potentes, las palabras. Luego se secan. Lluve y vuelven a engrosarse. Se salen de los márgenes. Se desbordan. Inundan. A veces, son tan solo un hilito y se ve la otra orilla y el anhelo por alcanzarla juntos; otras, tan lejana, tan fuera de nuestro alcance. Llevan piedras consigo. Las hay inamovibles, interrumpen el flujo, esas con las que no podemos; otras se arrastran, las arrastramos. Tramos se separan

del caudal principal y vuelven más adelante a reintegrarse. Se ramifican en brazos, venas... Profusas, raudales, las palabras nunca son las mismas, siempre iguales. Nacen en lo alto, caen, se precipitan. Pendientes. Mil asuntos pendientes. Trayectos planos. Flujos altos, flujos bajos. Desembocaduras. Besos en bocas duras; arrastran lo que ha de reintegrarse: tierra, escombros, basura, desperdicios, arena, limo y grava y arcilla y partículas sueltas e insolubles como metales pesados, el oro que se extrae; acarrear mucho, mucho sedimento; acumulaciones de sedimento, con el tiempo, desarrollan nuevos cauces, como este, y generan cambios y formas en lo ancho, en lo profundo de los párrafos. Esas acumulaciones forman, además, islas o bancos de arena; minimizan la degradación del fondo; reactivan zonas erosionadas; transportan nutrientes, alimentan otros cuerpos de agua (tengo sed...), otras formas de la sangre cuando la corriente bombea su descarga a través de deltas y estuarios (y miento); a través de deltas y estuarios desembocan los ríos en los mares, depositando sedimento en el lecho marino, granito a granito y durante cientos y cientos y cientos de miles de años, hasta formar capa sobre capa..., frase sobre frase forman un párrafo; un párrafo o varios, una hoja escrita; una hoja escrita anida microscópica vida entre los distintos sustratos de los tantos niveles y subniveles que la han formado, y cuyos restos fósiles contendrán, litificado todo sedimento, la historia de climas pasados, la tectónica de nuestras placas, los tres estratos de mi voz aquí compactos, los patrones de nuestros ires y venires; contendrán, todo junto y en bloque, la información del momento exacto de grandes extinciones, de nuestras grandes extinciones, esas de las que volvemos permitiendo toda continuación de..., de esa única extinción nuestra: eyaculo en ti, tú, en mí..., ríos que no llegan al mar y cuyo sedimento no compacta jamás./ Un insulto, en verdad lo era, ese baile de fantasía ejecutado por ambas parejas de ojos (88:88) en la pantalla del radio-reloj-despertador, ataviados con trajes rojos: les ocultaban las curvas, confiriéndoles rectitud a sus hombros. Ochos cuadrados. Quizá fuera eso lo que me llamaba tanto la atención del radio-reloj-despertador-negro en el

cuarto de tía Matilde, en la casa de la abuelita, y que yo observaba en mis visitas de niño. En ese aparato, tía Matilde, la mayor, escuchaba una carrasposa emisora (la función de radio nunca le funcionó al nuestro), y el locutor iba diciéndole la hora. Entonces no se percataba (ni siquiera cuando se le hacía tarde para salir a trabajar —o no tenía, debido al tipo de la radio, necesidad de hacerlo—) en los números rojos, autómatas y silenciosos; patitas de insecto los conformaban según qué segmentos torácicos alumbraran y cuáles no, indiferentes, los números, y tan fieles: ahí estaban, siempre acompañándola al inicio de su rutina, el despertar de la casa. En verdad, un insulto. Podía notarlo hasta de niño, cómo ese mecanismo propendía hacia el infinito cuando su misma elaboración y funcionamiento exigía moldear cuatro lemniscatas verticalmente erguidas (88:88), castrar cuatro veces el infinito erecto, hasta obtener de sus curvas lados congruentes, ángulos rectos, dándoles forma cuadrada para encauzar el curso del tiempo, midiendo lo que no ha de ser medible, condenándonos a un ciclo de rayas y luces: se prenden, se apagan, minutos, horas, días, noches...

Madrugadas, esa madrugada

Y yo que seguía sin conciliar el sueño. *En la pantalla: la 01:26. El rojo de los números, de la hora, llega hasta el techo. Se prende (d)el techo. Desde ahí, nos miramos hasta no saber si está sobre mí o yo sobre él...*

Podía imaginarme los globos oculares blancos, tan blancos como las paredes, arañados por esa misma luz ultrarroja, solo que, en el caso de las membranas mucosas de mis globos oculares, estas intermitencias de rojo serían venas, tensas explosiones de sangre, equimosis de mi mirada fija en el techo oscuro y de párpados a los que no se les daba la gana cerrarse.

La hora roja en ese reloj despertador, 01:28, me marcaba el cuerpo a hierro caliente. En un parpadeo, 01:29, y no volvía a parpadear, una y veintinueve, centraba en mí, una y veintinueve, su autómata, vacía y penetrante mirada, se bajaba del techo y la sentía por ahí: acechando, una y veintinueve, como lo hacen en la oscuridad los siniestros ojos titilantes del monstruo araña de mil rubíes incrustados, 01:29, quieta

antes de dar el salto, *agazapada en tu mesa de noche...* ¡01:30! Así atacaba, a-saltos de minutos.

Solo eso...

Un transcurrir, el nuestro; de lo demás, vacíos, inermes.

Aquel cuarto, afuera el mundo. Mi ahogo. Él en el *no estar* del sueño. Desamparados por todo aquello que no fuese hastío o ternura. Tan agrietados de silencio que cualquier sonido (cerrábamos la puerta del cuarto para que los gatitos durmieran con nosotros en vez de quedarse por ahí, en la sala, en el pasillo, vagando y haciendo destrozos) irrumpía desde la calle —el nocturno de un carro, el frío acurrucar de las palomas en los cables frente a la ventana de nuestra sala—. Dentro de poco, escucharía a la vecina por primera vez. Fue tan claro. Tan cerca. Todo muy vivo: mucho más envolvente —estaba a punto de ocurrir— que el de su plácida respiración sellando, en ese instante, las paredes.

La vida que ocurría afuera, afuera ocurría la vida, me aguardaba una vez rompiera con el blanco de su insipidez en las paredes.

El 2, en el panel del reloj despertador, hubiera seguido siendo un 2 de no haber perdido su cuadrada preñez —vuelvo y lo veo, vuelvo y lo vivo y de nuevo estoy ahí, observando esos números—, pues la sección que era su panza, su panza cuadrada, se apagó para iluminar la de su columna vertebral, convirtiéndose en un 3...

Hey, despierta. ¿Ves?, 2 pueden, sí, ser 3...

Y no te lo digo. Estoy bien así, solo así, concentrado en el transcurrir de los números: 01:33, 01:34... Los minutos revotan en las paredes como si las besaran untándolas de colorete. Tampoco quisiera moverme y despertarte. Fijo la mirada en ti. Me gusta que duermas, que duermas tranquilo. Observarte... mientras las horas nos envuelven en su hilo, en su red, en su rojo...

01:35, 36, 37... Predecible devenir de los minutos cuadrados, de las horas en bloque que me sepultaban. Bajo el fulgor de los segmentos encendidos que entonces indicaban el presente, el número presente, se entreveían las secciones apagadas —ese radio-reloj era un terrario de bichitos rojos, patitas titilantes, herederos de las arañas *enredándome en sus*

telarañas, impidiéndome dormir; tú, tanto que las detestas, les temes y, aun así, eres incapaz de matarlas. Las apartas, cuidándoles no vayan a perder las patitas, de tan delicadas, titilantes. No, no pueden perderlas, volverse otros números, porque entonces perderías las cuentas, y el tiempo habría pasado... Yo ya no tengo veinte, ni tú veintiuno. Aquí estamos. Estoy aquí, con todas mis patitas, a tu lado, luego incluso de las veces que me has apartado, veces en las que, reconócelo, no has sido justo, ni paciente ni delicado. ¿O fui yo quien me las arranqué, las patas, para seguir aquí, para quedarme en esta cama? La de veces que debiste arrancármelas. No lo hiciste y de nuevo eras amable, humano con la arañita. Ven, despierta. Hazlo. Y apártame. Búscame un lugar lejos de ti para que ahí puedas dejarme. Apártame, pero hazlo con esa misma bondad, esa que me une a ti... emparentados, también, esos números que encendían y apagaban sus miembros, con la lumbre de las luciérnagas. La primera escarcha. El primer cortejo. La luz ocurrió de la noche. Emitiendo secuencias de destellos, sus lámparas ventrales preñadas de fulgor, perforaron lo oscuro, susurraron en su idioma titilante: demos juntas a luz... ¿Eran las luces rojas de los números en el despertador, esa vez, secuencias de destellos que él emitía, dormido y, aun así, buscándome? ¿Fui yo el que no supo cómo responder a las señales de su luz? Esa que al conocerte me enamoró, y es que el lenguaje de la mía se extingue apagándolo todo en esta mudez, la de no poder expresar un cuánto te amo, la de no saber ese idioma titilante de la felicidad, la de no vocalizar sus signos con naturalidad, balbuceo, lengüisopos, los gestos cansados que escurren de mi cara y que, lo sé, no pasan desapercibidos. Te calan, te van calando, colándose, justo ahora, en lo que sueñas. ¿De qué estamos preñados, si no es de nada?... —, se entreveían, pues, las secciones apagadas, de un gris aterciopelado bajo el fulgor de los segmentos encendidos, sombras que pretendían carne de número, y ahí se dejaban distinguir en la negrura del panel como cicatrices no del todo curadas, incapaces de reintegrarse límpidas a la piel, semejantes a estrías en una barriga de repente desinflada, luego de —al estar redonda y colmada— haberle estirado la piel, tensándosela por completo y hasta más no poder, para, entonces, y así no más, soltarla, dejándola toda hecha pliegues.

Como la arena gris, a través del agua del río, a pocos palmos de nuestro alcance, brilla dorada insinuando pepitas de oro —así se me revelaban los segmentos apagados en lo profundo de la pantalla del radio-despertador prometiendo pronto encenderse—. ¿De qué valdría intentar capturarlas con las manos, si el mineral se escurriría y solo quedarían mis palmas embarradas de sedimento?

Asir uno de esos números rojos me era tan imposible.

Esa vez lo intenté.

Capturaba un minuto, y luego el minuto pasaba. Se apagaba el segmento que yo había logrado retener, y todo lo que obtenía era una línea esfumada, saqueado su brillo por el macareo —el minuto, en ese entonces, presente y cuya forma numérica necesitó de la luz de otros segmentos y no del que aún yo sujetaba— que remontaba todo engalanado de tul, de rojo tul encendido, para —pasado un minuto— también rasgarse el vestido en girones, trozos apagados de sí, convertidos en la arena gris de lo profundo, y entre la que surgiría un nuevo minuto.

Recuerdo haber pensado con la mirada fija en el radio-reloj: *Los minutos no son plurales, como las gotas tampoco en los ríos.*

El cauce es agua en corriente, agua una, y eso es el tiempo.

El Minuto.

Siempre decisivo.

Y está pasando... 01:37. Sigo sin tomar la decisión.

No es el momento, y ya es la vida.

Puede también que ya sea tarde o, todavía, demasiado pronto.

No lo sé...

Y sigo mirándote. Resoplas. En cualquier momento empezarás a roncar.

Y sí, sí creo en un mañana...

La ilusión de “los minutos”...

Nacen unos de otros, pareciera, sumándose al impulso del anterior y, sin embargo —pensaba yo en mi desvelo—, *¿alguno comienza, alguno acaba?* El tiempo es agua. Eco del que nací. Su mella, no la notamos hasta que *es*. Sin darnos cuenta avanza y retrocede, avanza y retrocede... Una

misma masa ondeante. ¿Qué es el paso del tiempo sino *su* movimiento, *sus* ondas, macareos, mareos, mareas u olas? Creemos, somos los mismos ante el espejo, los mismos ante..., pero... viene a colarse. Avanza y retrocede, entre los poros de la piel, avanza y retrocede, imperceptible, como olas, olas entregadas a la arena que solo a modo de espuma las recibirá, reintegrándose —no sin dejar una caricia de salinidad en la espalda baja de la playa— al vasto cuerpo del que surgen, a esa inconmensurable unidad en movimiento de la que, entonces —veía los arañazos rojos de los dígitos en las paredes blancas, pero también en su frente—, surgía cada ola, cada minuto: el Minuto que bien sería cada instante, cada madrugada de la que, eterno retorno de los ciclos, surgía *esa* madrugada, *ese* instante y pensaba: *te vienes dentro de mí, me vengo dentro de ti...* Solo a modo de espuma puede uno entregarse..., *agua quieta que no regresa, que no retorna. Tiempo que no vuelve, que no vuelve a(l) ser.*

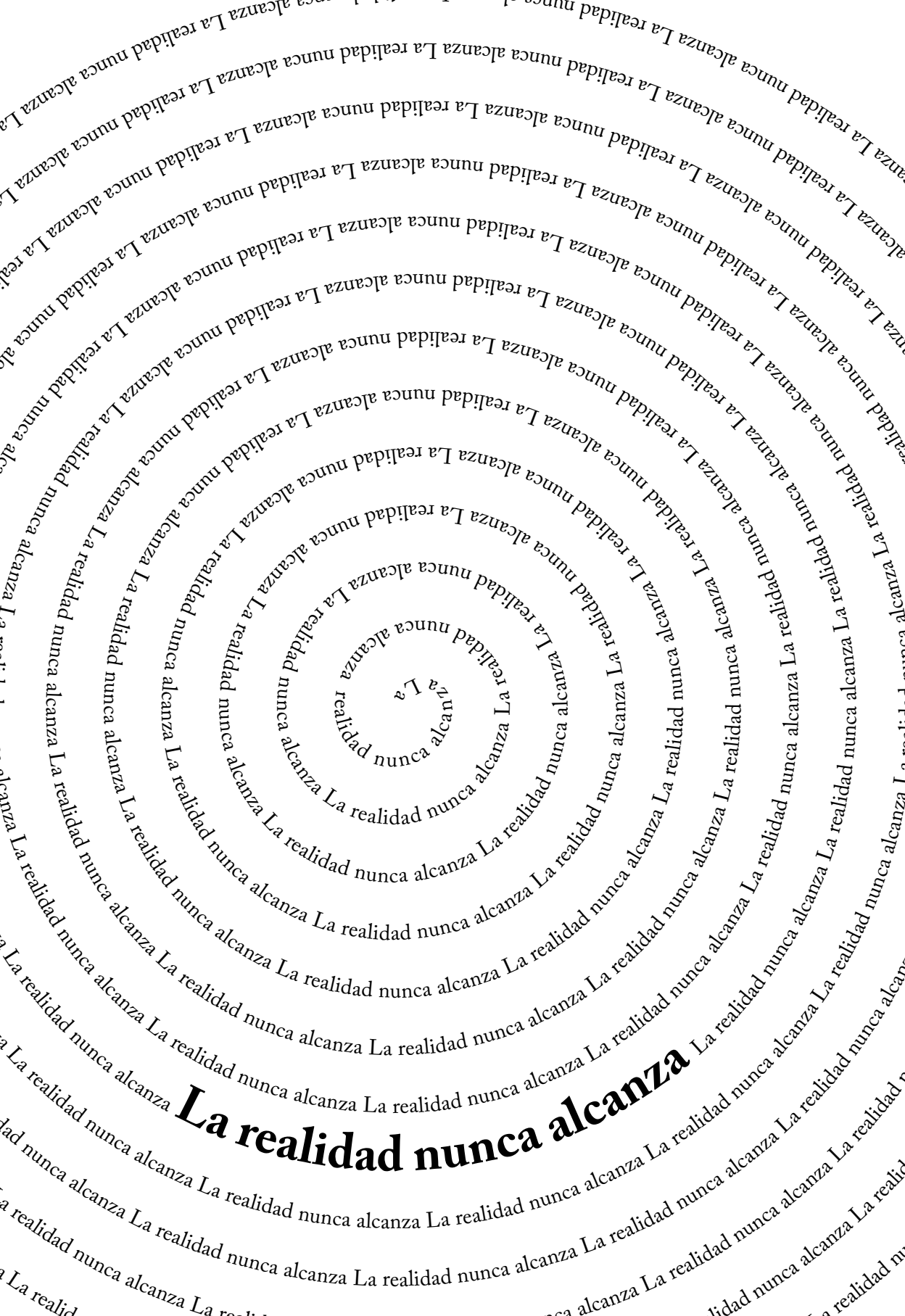
Cada que me venía llegaba a mi máximo de luz.

Lo inasible, por un instante, alcanzado.

Y eso era la muerte: alcanzarme a mí mismo en el preciso instante de creado.

Sobre el autor

Javier Andrés Arias Bernal (Bogotá, 1993). Comunicador social y periodista por la Universidad Central, se ha dedicado en los últimos años a formarse en el campo de la escritura y de la docencia. Ganador del concurso Visión Central 2014 en las categorías de crónica y ensayo. Ha participado en diversos eventos académicos, entre los que se destaca la XXIII Cátedra Unesco de Comunicación (2016), en la que presentó como ponencia la investigación titulada “Relatos de las relaciones íntimas en internet: Amor y sexualidad en la red” (publicada por la Editorial Pontificia Universidad Javeriana). En 2018 finalizó la maestría en Escrituras Creativas en la Universidad Nacional de Colombia. En 2022 realizó el diplomado en e-Mediador en AVA (docencia virtual) en la Universidad Nacional Abierta y a Distancia (UNAD). Ha participado en los talleres de escritura creativa del Idartes en tres ocasiones: Local (2016, Suba), Crónica (2017) y Novela (2022). Su primer libro, *Me vino el exceso aterrador de la muerte* (inédito), es una colección de cuentos en los que aborda, a partir de la fantasía y el erotismo, la vivificadora pulsión de la muerte; la proximidad, latente en el sexo, entre creación y destrucción. En 2021 inició la escritura de su primera novela, cuyas primeras páginas se comparten en esta antología.



La realidad nunca alcanza



¿Cómo llego aquí?

Isis T. (Maira Isabel Trujillo)
Taller Distrital de Narrativa Gráfica

En medio de una familia disfuncional, machista y conservadora.



Viví encapsulada en el caos interior y exterior durante toda mi vida



busqué siempre sumergirme en otras realidades para desatarme de la mía.

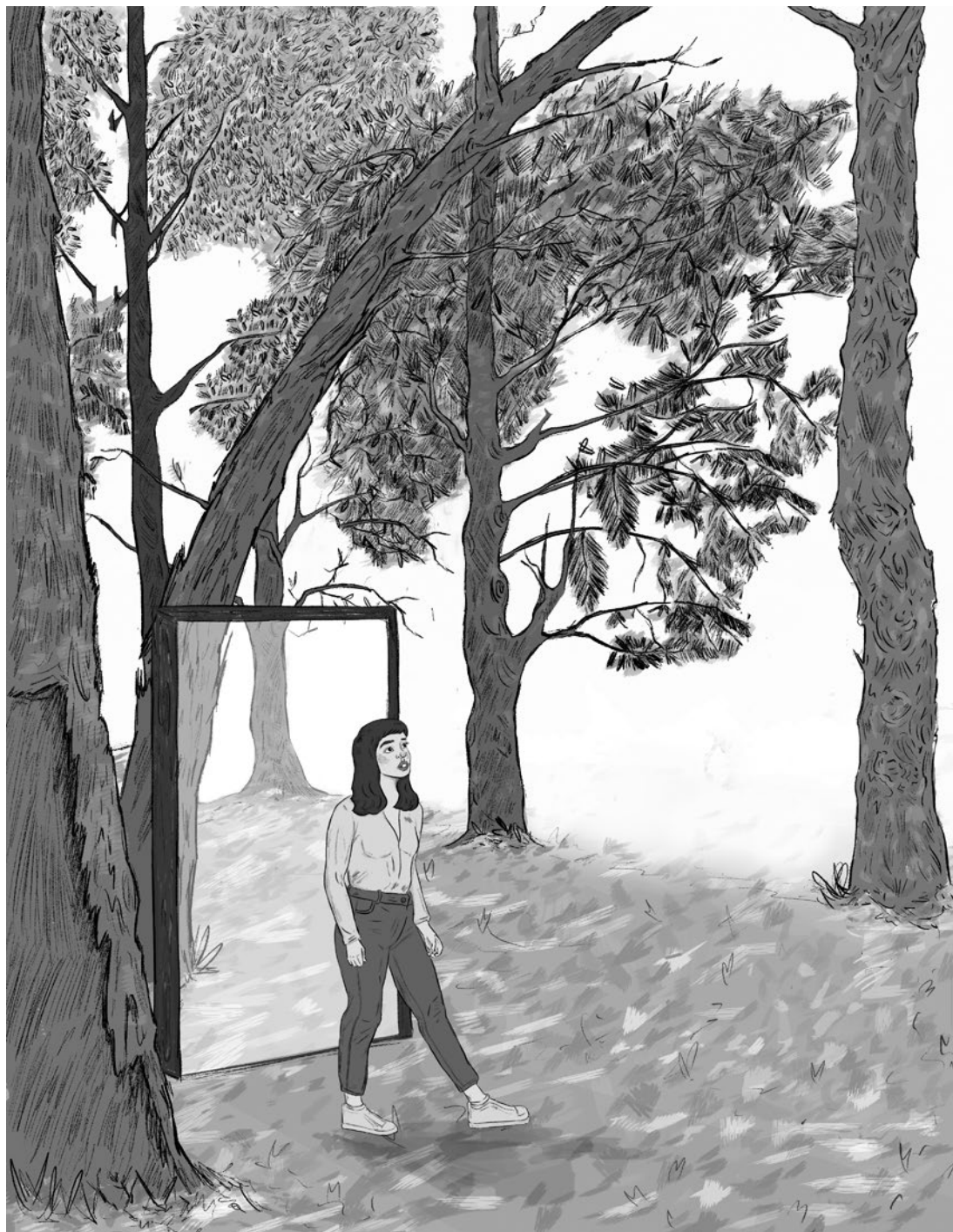
Pero todas esas historias eran testimonios de alternativas, de que era posible habitar otros mundos.



Fue muy complejo y tortuoso. Sin embargo, siempre busqué una salida.



Así que con todo el temor al rechazo y el fracaso, tomé la decisión de salir de la cápsula.



Sobre la autora

Maira Isabel Trujillo es una artista multidisciplinar de veinte años, proveniente del departamento del Cauca, un territorio azotado por la violencia en distintas modalidades. Actualmente reside en Bogotá como estudiante de Cine y Televisión en la Universidad Nacional de Colombia.

Su previo recorrido por la Facultad de Artes le ha permitido encontrar espacios de desarrollo íntegro y personal, dado su interés por contar historias íntimas e introspectivas. En sus proyectos se ve reflejada una voz interior que habla de su realidad, sus pensamientos e inconformidades, para lo cual se vale de distintos formatos, como la escritura, el dibujo, la animación, la fotografía y el video.

En sus ilustraciones se enfatiza la narración en primera persona, con la que enfrenta sus relaciones familiares y relata lo que para ella ha sido luchar por espacios para el desarrollo artístico en medio de la violencia doméstica.

Apagar el ruido

Alejandro Sánchez

Red de Talleres Locales de Escritura. Taller 15



Ellos decían entre murmullos que el fuego purificaba. Se movían al ritmo de las bocinas. Aparte de sus palabras y sus movimientos, recuerdo el sonido de la hoguera y cómo su resplandor absorbió mi mirada.

A mí me habían dicho, pero yo no hice caso. La vieja Soledad pronunció las siguientes palabras:

—Neyder, decime, ¿cuál es la necesidad de ponerte en esas?... A ver, contá... Vos si es que nunca decís nada, ¿no?

Seguí sorbiendo el café de la mañana mientras pensaba en el plan y su voz se convertía en un susurro lejano. Salí confiado. Si todo iba bien, no me iba a tener que preocupar por plata al menos un mes más. Pasé por las ruinas del progreso que había llegado al pueblo, y en mi mente repasaba lo planeado: esconderme en los arbustos que habían quedado de la construcción de la recta principal y esperar. Un plan sencillo, sin muchas pretensiones, pensé.

Detrás del matorral se me fue la mañana. A mediodía medité sobre las palabras de la vieja, su pregunta y mi silencio. Cuando faltaba poco para que cayera la tarde y estaba cansado de esperar, lo vi a lo lejos como

tantas otras veces. En la ochentica de color rojo. Iba tan lento que los conductores de los camiones de carga hacían sonar su estridente pito, pero él seguía como si nada hasta que los camioneros perdían la paciencia, invadían el carril contrario y lo sobrepasaban. Era como estar ante una procesión religiosa en la que los feligreses se van desgranando.

Habrán pasado diez, máximo quince minutos, hasta que lo tuve enfrente. Fui rápido. Salí de los arbustos y me lancé para derribarlo. Cuando cayó, escuché el golpe de su cráneo contra el asfalto. Un topetazo seco. Exaltado, tomé el manubrio, levanté la moto y emprendí la huida.

Logré avanzar unos cuantos kilómetros, pero lo próximo que escuché fue el ruido atronador de un par de volquetas que me perseguían. Intenté acelerar sin éxito. Tuve que tirar la moto y correr hacia las casas derruidas en busca de refugio, mientras pensaba que ahí quedaba la tranquilidad del próximo mes.

Aun así, el ruido no se detuvo. A cada zancada lo sentía más cerca. Diferentes sonidos llenaban mis oídos, no me dejaban pensar. Se apoderaba de mí un estruendo lacerante. Me detuve un instante, miré alrededor: nada. El sonido en mi cabeza seguía constante. Tuve que cerrar los ojos. En la oscuridad, mirando sin ver, lo vi. Comandaba una fila infinita. Venían tras de mí. Sin prisa. A su ritmo. Pitaban de alegría. En cuanto abrí los ojos, estaban ahí.

Las farolas de sus vehículos encandilaban mis ojos. Por un momento el ruido se detuvo y, en ese breve instante, abracé el silencio.

Una voz interrumpió la calma:

—Así que dándoselas de avisado, Neyder.

Apenas intenté decir algo accionaron los pitos. Comprendí que debía callar. De nuevo la voz:

—Acá en el pueblo les va mal a los ladrones. Ahora sí se va a quedar sola la pobre Soledad.

Tras estas últimas palabras, el sonido de las bocinas se intercalaba con el accionar de las luces de los vehículos, que habían formado un círculo en la explanada. Era una especie de música ritual junto a un

show de luces que anunciaba el inicio de algo. Sentí miedo. Me tapé los oídos, e inmediatamente alguien me golpeó las piernas. Caí arrodillado. La misma persona que asestó el golpe tomó mis manos, las llevó a mi espalda y las amarró con una cuerda. La eternidad de los segundos y el sonido ceremonial iban en ascenso.

De repente se apagaron todas las farolas. Cerré los ojos. Dolía la oscuridad, igual que el breve y dulce silencio que me rodeó por un instante, hasta que la música de los carros en una misma frecuencia me hipnotizó y unas palabras llegaron hasta mí:

—Neyder, déjese arrastrar por el fuego.

Ante su magnitud, me fui acercando, el humo me asfixiaba. Mi carne era una lumbre, y el crepitar de la hoguera ambientaba el desvanecimiento de mis recuerdos. Se consumió el rostro de la vieja Soledad, la esperanza de una vida diferente. El fuego se robó el ruido ensordecedor que me perseguía.

Sobre el autor

Alejandro Sánchez (Manizales) nació el 24 de septiembre de 1995, cinco días antes de la fecha dada por el médico. Caminó a los nueve meses. Dijo su primera palabrota a los diez, después de la primera de sus innumerables caídas. De su etapa escolar no recuerda mucho. Suele decir que durante ese tiempo a duras penas aprendió a leer y escribir. Prefirió la sociología al derecho; luego, la literatura sobre todas las cosas. Sueña con pilotar un carro de Fórmula 1. Es estudiante de la maestría en Literatura y Cultura del Instituto Caro y Cuervo. Ha realizado diferentes cursos de creación. Ha trabajado en el ámbito cultural y educativo. Es padre de tres semillas: Cecilio, Candelaria y Carmen Emilia.

Misterio en el solsticio

Luisa Cristina Campuzano Herazo
Red de Talleres Locales de Escritura. Taller 16



Hacia pocos meses que Ligia Montes había llegado a vivir a un pueblo llamado Nuevo Sol, y aún le era difícil entender sus costumbres. Era frecuente que visitara la tienda de doña Rita para comprar verduras, melones y patillas, pero ese día le asombró hallar las canastas vacías y quiso conocer el motivo. Doña Rita le contó que la escasez de productos se debía a que el pueblo estaba atravesando por un largo período de malas cosechas, y que por eso esperaban con ansias la víspera del San Juan, para celebrar la llegada del solsticio de verano. Le habló de las danzas alrededor de las fogatas para pedir al astro sol abundancia en sus sembrados, del poder purificador del fuego y de la necesidad de renacer para desterrar el mal.

En la mañana de ese domingo, Ligia aprovechó para ir a la plaza de mercado; equivocadamente pensó que ese día habría menos compradores, dado su fastidio ante la congestión de visitantes. En el trayecto caminó despacio. Sentía que, en lugar de avanzar, sus pasos iban en retroceso y que en su vida todo se había detenido. El agobio de sus días mal vividos comenzaba a pesarle. Contraria a las sensaciones de Ligia, la

gente en las calles se veía feliz, pues había llegado el día de la celebración del solsticio. Nuevo Sol se unió en una sola celebración comunitaria. Los hombres cargaban leños para la fogata nocturna, las mujeres recolectaban hierbas aromáticas para colocar en las entradas de las casas, y los niños se divertían con sus ronditas infantiles. El ambiente de alegría y fiesta fue indiferente para Ligia, quien llevaba sus pensamientos puestos en el día anterior y los contratiempos que tuvo que enfrentar. En su cabeza rondaban las imágenes de lo mucho que se había divertido bailando salsa con su peculiar estilo arrebatado, tanto que todavía sentía el eco de la música en los oídos. Sin darse cuenta, tropezó con una caneca rebosada de desperdicios malolientes; enseguida, una ola de asco la invadió cuando se dio cuenta que había pisado el cadáver de un gato negro. El animal estaba tieso. Sus ojos abiertos mostraban en un reflejo rojizo los primeros rayos de sol. Una lengua diminuta asomaba entre sus dientes afilados, y un hilo de sangre salía de su boca. Al ver el collar que pendía de su cuello, se dio cuenta de que era el mismo gato que solía posarse frente a su casa, como un adorno de ébano en el alféizar de una ventana. Había sido frecuente en ella sentir cierta aprensión por la forma misteriosa como el gato la observaba.

Ligia, con sus sandalias embadurnadas de sangre, apresuró el paso, pero a medida que se alejaba, en su olfato se hacía más fuerte el olor a podredumbre. Apuró dos bocanadas del humo de un cigarrillo para tratar de tranquilizarse. Su peor día en muchos años apenas comenzaba.

El calor en la plaza era sofocante, y el ambiente, muy pesado. Por los angostos pasillos, la gente caminaba como hormigas locas en busca de comida. Para Ligia era aturdidor el zumbido incesante de voces, que llegaban a sus oídos en un revoltijo de palabras incomprensibles. Mas tarde se daría cuenta de que lo único agradable que le pudo pasar, aparte de que aún seguía viva, fue el instante fugaz cuando se cruzó con la sonrisa amplia, enmarcada en unos desgastados dientes amarillos, de una mujer de cabello blanco y despeinado, rodeada de velas encendidas que desprendían un fuerte olor a azufre y que a gritos le ofrecía las velas y

el incienso para el ritual del solsticio. Ligia fingió no conocer a la vendedora, aferrada a la idea de estar frente a una bruja recién salida de un aquelarre, y siguió caminando con el cuerpo erguido y la barbilla levantada. Se trataba de su vecina, la dueña del gato negro. Con la mirada al frente, dejó esbozar una sonrisa de satisfacción al pensar: si supieras que tu adorado gato está muerto, no tendrías motivos para sonreír. En el fondo de su confusa emoción sintió alivio porque las miradas del gato no volverían a esculcar en su vida. Detrás de ella continuó la mirada de su vecina, quien le gritaba que su aura estaba oscura y que necesitaba desterrar malos espíritus.

Frente a los mostradores de carnes y vísceras expuestas, las largas filas de compradores hicieron que Ligia se viera obligada a caminar, esquivando canastas de madera y mimbre esparcidas por doquier. “No entiendo cómo pueden comerse el cadáver de un animal”, pensó mientras miraba sobre los hombros a la muchedumbre. En medio del tumulto de gente, consideró que no había sido buena idea ir vestida con la ajustada minifalda color fucsia y de *strapless* a una plaza de mercado, y de manera extraña se sintió desnuda, con una desnudez que salía del interior de su alma. Sintió clavadas en su espalda las puñaladas de muchas miradas.

Mientras recorría los pasillos, ocupó sus pensamientos en el motivo que la había llevado a un lugar en el que no encontraba nada agradable. Pensó en Adriano, su hijo adolescente, y en lo mal que estaría pasando sus días viviendo en la calle. Se dio un considerado consuelo moral creyendo que ambos estaban a tiempo de enderezar sus vidas. Desanimada, miró el reloj de plata que llevaba en la muñeca: eran las cuatro de la tarde, y ya estaba cansada de dar vueltas de un pasillo a otro. Decidió buscarlo en las empalizadas y puestos improvisados alrededor de la plaza y donde le habían dicho que lo habían visto robando billeteras a los desprevenidos transeúntes, pero no lo encontró.

El sol agonizaba después de un largo y extenuante día, bajo un desacostumbrado cielo encapotado de nubes negras. Por las calles solitarias

ya se sentían los anticipados vientos alisios, que levantaban la hojarasca del piso con un rugir siniestro.

Ligia caminaba de regreso a casa por una alameda poblada de guayacanes y almendros, con ramas entrelazadas que formaban un techo sombrío. El percance del gato volvió a su memoria cuando notó que tenía los pies manchados de sangre seca, y un fuerte escalofrío la sacudió, producto de las ideas supersticiosas que le inspiraban los muertos. De repente escuchó detrás unas pisadas y el intimidante ruido metálico de cadenas acercándose. Sobresaltada, vio la figura de un hombre vestido de negro, con ojos que parecían escupir fuego; su pierna izquierda cojeaba arrastrando largas cadenas; llevaba el brazo izquierdo estirado, intentando agarrarla. Ligia corrió muy asustada y se metió por un callejón sin salida. Al final del callejón vio un grupo de personas reunidas. Afanada, se acercó a pedir auxilio, pero la ignoraron porque estaban ensimismadas en una especie de rito pagano: danzaban alrededor de una fogata recitando oraciones con las manos levantadas al cielo. Cuando salió de ese lugar, el hombre de las cadenas se le apareció nuevamente y la persiguió. Ligia corrió tanto, que de un momento a otro se encontró frente al cementerio, desconcertada y desorientada. Llena de angustia, quería seguir corriendo, pero una manada de buitres y chulos carroñeros se abalanzó sobre sus pies y le dio picotazos hasta hacerlos sangrar. En medio del pánico y gritos ahogados alcanzó a ver al hombre, sentado sobre una lápida, acariciando un gato negro, y en la pared, un letrero que decía: “Has pisado la muerte, ¡entra!”.

Sobre la autora

Luisa Cristina Campuzano Herazo (San Pedro, Sucre, 1973) tuvo la fortuna de nacer en las sabanas de Sucre para nutrir su mundo literario de los relatos de Catalina y Andrés, sus progenitores. El trópico del Caribe es un universo macondiano instalado en las letras universales. Todo lo que sucede allí es exuberancia, color, canto, poesía, juglares y encuentros. Lo cotidiano que no es rutinario: es una cinta de tiempo de vaivenes y nuevas cosas. Los que viven allí crean en el lenguaje de Dios, metáforas de la vida misma y su alegría.

Así como teje para María José, así mismo desata el nudo de la vida en sus propios relatos, ensayos y poemas. “Misterio en el solsticio” es parte de un hilo narrativo continuo en el que se hilvana de modo muy fino, hilo por hilo, una diversidad de mundos posibles, presentes en la vida misma.

Hoy vive en Bogotá, y gracias a Idartes ha afianzado su pasión por la escritura y la lectura. Participó en los Talleres Distritales de Escrituras Creativas Ciudad de Bogotá 2021, y en la antología *Animales de ciudad*, junto con creaciones de otros participantes en el taller 16, publicó los cuentos “Viva San José” y “En busca de la ensoñación”, que resaltan las costumbres y tradiciones del Caribe colombiano.

Luisa tiene la epigenética de las grandes letras del castellano de *Don Quijote*, pues le gustan las palabras, y con ellas crea mientras acaricia su significado.



Odelio

Ana Cristina Ayala
Taller Distrital de Novela



1

Se sabe que pone huevos y que nació de uno. Que prefiere el desierto.

Que quizá tenga alas. Que en el mes de julio, en los cultivos del interior, aparecen sus cacas níveas cuando en la costa escasea el algodón.

¿Algodón?

Sí, come algodón y estropea las cosechas en un par de días. Además, los huesos, órganos y piel están compuestos de algodón en distintas durezas y humedades. La sangre que le circula es blanca. El cerebro en la cabeza es un copo inflado y suave cuya médula le llega al pecho, y el corazón es una ruca de dos ruedas en la que el cerebro se hila cuando quiere cantar. Nada canta, porque desconoce el nombre de todo. En vez, pronuncia la cosa misma, y sus palabras son pesadas. Ya ves, es tan particular que guarda silencio prolongado por décadas, para al final apenas decir una única frase. Toda su vida, y todo lo que se pierde y destruye alrededor de él, aparece luego dicho en las nubes, reencarnado en un mundo blanco y completo que le pertenece, y en el que ya no es él, sino nosotros, los intrusos.

Qué clase de criatura...

Todos lo llaman Odelio, y a ese nombre responde.

2

A Rafaela, cincuenta años de huesos no le habían aterrorizado tanto como la cara aún viva de Coque. Fue por la cuenca, el pozo en la cara y el punzón que le llegó, al verlo, casi de inmediato. Coque era el vánitas, el portador de la hora. El tiempo que por fin se le revelaba.

Él la esperaba:

—Buenas noches, doctora Buitrago —dijo mientras abría la puerta y se quitaba las gafas.

—Siga, por favor.

A ella se le tensó la cara. No pudo evitarlo. Habían hablado por teléfono tantas veces, y nunca se había imaginado cómo era; excepto por el ojo, claro. “Visita a Cuesta Larga en marzo”, decía en su agenda y, algunas líneas después: “Visita al hombre sin ojo”.

Allí estaba, conociéndolo en persona, por fin. Él, con una burla repujada en los surcos de los pómulos, a punto de reventar, y elegante, a pesar de la sordidez del ojo ausente, sonrió mientras le señalaba los sofás de la sala con las gafas:

—Siéntese, por favor.

Ella caminó. Le pareció ajeno el aroma a hogar cuidado. Sospechó de la paz: se le hizo anticipatoria. Lo veía a él. Veía el hueco como si el rostro no tuviera piel: se le pareció a un cráneo desnudo. No a cualquiera: al de un santo. ¿Al de san Antonio? Lo había visto hacía tres años en Padua y había memorizado la coloración marrón, cada hendidura, cada apófisis, la arandela del maxilar y la prominencia de la mandíbula. A lo mejor el terror fue, simplemente, ese hueco, esa cuenca derecha que, como la de los muertos, podía contener cuanto quisiera y, como la de los vivos, aún se anudaba al hilo de la voz. Era una vasija prolija de carne y humedad, lista para el agua, para la fruta, para una uva. Rafaela sentía

que podía acurrucarse allí y ver así fuera la mitad de lo que buscaba. Le pareció que era más bien un agujero profundo en cuyo fondo reposaban las lágrimas freáticas, a la espera. Supo, desde que Coque abrió esa puerta, que ninguna trinchera larga y profunda, ni una nube reveladora, ni el sueño libre de bruma, arrojaría tanta verdad como el pozo en esa cara. Porque el terror es eso: hallar el agua en una depresión profunda de la tierra. El tesoro de tantas, allí, alcanzable a costa suya. Ella, Rafaela, estaba parada en el borde. Deseaba tanto caer y probarse dentro de la cuenca: verlo —verse—. Eso fue: no precisamente el pozo, sino el deseo de encontrarse en él.

—Gracias, Coque —dijo, entrando. Se volteó a verlo—. Disculpe, nunca me dijo su apellido.

—No tengo, dígame Coque y ya —respondió mientras cerraba la puerta y, después de que Rafaela se había sentado—: ¿Para qué soy útil? Ya sé, pero no. No sé dónde está el cuerpo de Rocky. Al parecer, lo enterré bien hondo. ¡Oiga!, ¿a quién se le ocurre bautizar a un niño Rocky? Dizque Rocky. Solo a un fanático, ¿no cree, Rafaela? ¿La puedo llamar Rafaela?

—Claro.

—¿Desea tomar algo? ¿Agua? ¿Café?

—Agua, estaría bien.

Coque caminó a la cocina y se perdió detrás de la puerta. Rafaela se sentó en el sofá y se quedó viendo el libro sobre la mesa: *Libro de los seres imaginarios*. Luego levantó la mirada y se perdió entre el tapiz de libros. Una biblioteca excelsa, a su parecer. Algo grande para un cuasi ciego.

Desde la cocina, Coque gritó:

—¿Le gusta fuerte o suave?

—¿Disculpe?

—El café, ¿fuerte? ¿suave?

—Ah, suave, por favor.

—¿Azúcar?

—Sin azúcar, gracias.

—O no toma café. Disculpe —dijo Coque saliendo de la cocina con dos tazas de porcelana—, es que ya lo tenía hecho y está un poco fuerte. Si quiere el agua...

—No, no hay lío. El café está bien. —Coque lo apoyó en la mesa, junto al libro.

—Eran de mi abuelo —dijo después, señalando a la biblioteca—. Es lo que me queda de él. —Se sentó lentamente en su sofá—. A veces, doña Margarita viene a leérmelos, pero últimamente le pago a algún muchacho para que venga. ¿Sí ve?, aprendo yo y de paso aprenden ellos. Además, me canso rápido de leer con un solo ojo.

Rafaela asintió. Sorbió el café caliente. Amargo, pensó, y, amortiguando el principio de su voz con el golpe del pocillo, hizo la petición:

—Hablemos de Odelio.

A Coque se le pronunciaron las patas de gallina. Sonrió. Bebió café antes de responder:

—¿Odelio? Doctora Buitrago, pensaba que íbamos a hablar de Rocky. Una vez más le digo: de Odelio no hablo.

—No me tiene que contar lo suyo. Solo dígame algo más. Una pista. Algo sobre Odelio. Si voy a sacar a Rocky de la tierra, necesito saber algo de Odelio.

—¿Usted sabe que yo fui el único de Cuesta Larga que no hizo vaca para su sueldo?

—No, no sabía.

—Y, sin embargo, soy el único con quien le interesa hablar. El único por el que decidió venir a Cuesta Larga.

—Mi interés acá es encontrar a Rocky.

—Miente. O de pronto no sabe que miente. Le interesa encontrar a Odelio. Quiere a Rocky para encontrar a Odelio. Me quiere a mí para encontrar a Odelio. Está dispuesta a usar la fe de todo un pueblo para encontrar lo que el pueblo quiere olvidar. Diría que a mí es a quien más necesita, porque a mí no me tiene que desenterrar. Al parecer, enterré a Rocky muy profundo, hasta la piedra madre.

—Hablé con la señora Margarita. Ella asegura que fue Odelio, y no usted. Yo sé que no fue usted.

—La señora Margarita. ¿Sabe?, Borges escribió ese libro en colaboración con una Margarita. En la mesa. Lo saqué para usted: página 38, “El Borametz”. Puede llevárselo, si quiere. —Rafaela recogió el libro, lo iba a abrir. Coque interrumpió: —Al parecer, tantos años de investigación no le han servido para lo fundamental, Rafaela.

—A qué se refiere.

—A lo fundamental de Odelio, doctora Buitrago. ¿Usted sí sabe a quién está buscando? Odelio, a qué especie pertenece, dígame. Usted se ha dedicado a estudiar el comportamiento, las nubes, la alimentación. Se ha ido a los cultivos del interior y de la costa. No, doctora Buitrago, nada de eso le sirve si no entiende lo fundamental. Si usted es la odelióloga no puede pensar como pensaba antes.

Rafaela no supo qué responder. Bebió café.

—Dígame usted, ¿qué sabe de Odelio? —volvió a preguntar Coque.

—Odelio es un ave... —Coque interrumpió con su risa. Rafaela volvió a beber café.

—Odelio puede permanecer quieto y echar raíces como una planta. Se empoza y no se marcha hasta desnudar a un pueblo entero. Si se agranda, dios, no imagino, podría deshilar una ciudad entera. Él chupa el agua del fondo como chupan las raíces de un árbol para crecer en lo fibroso: las nubes, la ropa, las voces. Hila como una araña recién salida de la cueva. Y atrapa. Y chupa. Es un macho que pone huevos, ¿se ha puesto a pensar? Un ave hermafrodita, o simplemente una hembra con nombre de macho. Y nada de eso es lo fundamental. Sepa lo único que debía saber desde el principio, Rafaela, que Odelio es un zoófito, y pertenece tanto al reino animal como al vegetal. Y usted, centrada en la historia obtusa de periódico...: un pájaro.

—Pero eso ya... yo lo sabía —dijo algo inquieta.

—Y cómo lo supo, Rafaela.

—Bueno, son tantos años de investigación. Ya lo había pensado, pero nunca lo había formulado; no así.

—Doctora —Coque guardó silencio por unos segundos. Levantó la cara hacia el techo, cerró el ojo y suspiró—, debería dejar de buscarlo. A no ser, claro, que quiera desvanecerse. Morir como murió Rocky, o quedar ciega o medio ciega, como yo.

—Coque, me gustaría que pudiéramos trabajar juntos.

—Yo no trabajo.

—Si muero, o quedo ciega, no me importa.

—Y matar, ¿le importa matar?

—No veo por qué... Coque, déjeme invitarlo a desayunar mañana, donde doña Margarita.

—Podría incluso hospedarse aquí conmigo, doctora Buitrago, e investigar cuanto quiera de este asunto de Odelio. Pero no espere que de mí salga una sola palabra más de lo que le dije hoy.

Rafaela apretó los labios. Se levantó de la silla y lo miró fijamente, no al ojo, sino a la cuenca.

—Gracias por el libro, Coque. Paso mañana temprano por usted.

—Que tenga una feliz noche —dijo, señalándole la puerta.

Ella caminó. Él se quedó en el sofá, y cuando ella iba a salir, él le dijo:

—Yo también vi a Odelio el día en que inhumó a Rocky. Y vi a la señora Margarita viendo a Odelio. Gritaba con su pijama de algodón. Gritaba una y otra vez la misma palabra. Parecía festejar junto a Odelio. Nadie me creyó, y ella lo recuerda diferente, porque está loca. Tal es nuestra desgracia. Prefieren decir que soy una bestia, un monstruo, y ella una loca, una vieja loca. Créame, Rafaela, usted no quiere lo mismo para usted.

—Dijo que no sabía nada de Rocky. Dígame, Coque, ¿sabe cuál es el lugar de inhumación?

—No sé nada —titubeó—. Lo que no sé no digo.

—Está bien, ¿pero a qué le tiene miedo? —preguntó Rafaela, a punto de salir. Coque se quedó callado sin mirarla. Ella dio un paso, se detuvo—. Coque, respóndame una última cosa.

—Diga.

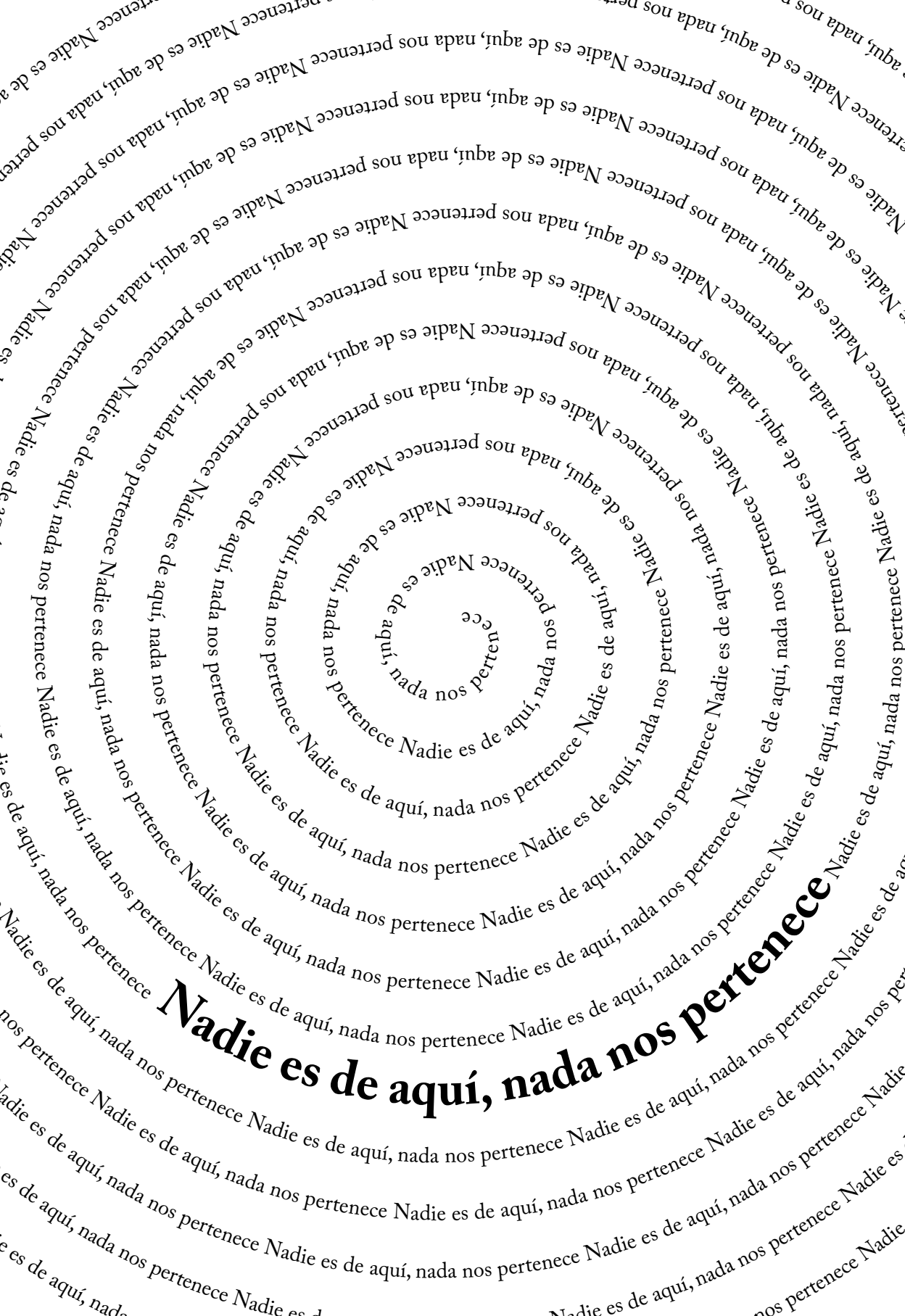
—¿Cuál era la palabra que gritaba doña Margarita?

Coque sonrió ligeramente, la volteó a mirar desde el sofá. Ella sintió ser tragada por la cuenca. Él dijo:

—¡Siembra!

Sobre la autora

Ana Cristina Ayala (Bogotá, 1986). Egresada del programa de Artes Plásticas de la Universidad Nacional de Colombia y egresada de la maestría en Periodismo de la Universidad de los Andes. Sus medios de interés son la escritura, el video y la fotografía. En 2009 cofundó Don't Panic, un colectivo de artistas que pretendía acoplar conocimientos de distintas disciplinas sobre temas como la muerte, los errores y el capitalismo. En 2014 fue ganadora de la segunda versión de Bogotá Cuenta las Artes, organizado por el Idartes y el Centro de Periodismo de la Universidad de los Andes (Ceper). En 2017 fue una de las quince periodistas elegidas para participar en la Beca Gabriel García Márquez en Periodismo Cultural otorgada por la FNPI. En 2020 fue una de las finalistas del IX Concurso Nacional de Cuento La Cueva. Ha colaborado con medios como *Radioambulante*, de NPR, *El Espectador*, *Semana*, *Cero setenta* y *Diners*, entre otros. Actualmente trabaja como fotógrafa forense.



Nadie es de aquí, nada nos pertenece



Composta

Mónica Sarmiento
Red de Talleres Locales de Escritura. Taller 4



Dicen que siempre ando en las nubes. Yo solo soy muy imaginativa.

Es una condición natural en las personas menuditas como yo (no crecí demasiado). Me preguntan si fui gimnasta o bailarina clásica. No, la verdad soy un poco floja. Me da pereza cualquier esfuerzo físico. Me vence el tarro de mermelada cada mañana, siempre tengo que bajar al primer piso para que don Darío, el guardia, me abra el frasco. Muchos me dicen que vaya al gimnasio a fortalecer los músculos. Prefiero el yoga. A pesar de lo que muchos creen, es más intenso, aunque no sudo. No me gusta sudar. Acepto que lo practico rara vez, y como siempre estoy oxidada, me cae terrible al otro día, me duele hasta la conciencia. Pero qué *cool* se ve el *mat* recostado en una pared o extendido frente al balconcito de mi apartamento lleno de suculentas, enredaderas y flores.

Las personas que llegan a mi casa siempre me dicen que tiene buena energía; hasta los pajaritos cantan afuera. Admiran cómo decoro cada espacio. Es tan tú, me dicen. Con tanto detalle. Admiran mis matas, los tarros coloridos en los que están sembradas. Algunos tienen forma de animalitos, como ese conejo saltarín del rincón con un centavito que le

cuelga juguetón. ¿Cómo hago para tenerlas siempre lindas? Yo siempre respondo igual: les hablo. Luego, me volteo a la planta más cercana y le digo: ¿Cierto, preciosura?

Desarrollé un especial amor por las plantas cuando me fui a vivir sola. Me siento acompañada con ellas. Son las *roomies* perfectas. Siempre me sacan una sonrisa cuando florecen. No hacen ruido. Escuchan lo que les digo. Mantienen todo bonito.

Cada una tiene su nombre. Los robo de las personas que me rodean, de acuerdo a su cara. Esta se llama Susana, tiene hojas delicadas como mi amiga; es muy quisquillosa y solo florece una vez al año. Esta otra es Víctor, tiene ramas como tentáculos, quiere abarcarlo todo (así es mi jefe); ha asfixiado a otras matas más pequeñas a su alrededor.

¡Pareces una tía!, bromean los amigos. Suelo llevarme los centros de mesas de las bodas. Me gusta visitar viveros, en los paseos me llevo un piecito siempre. Lo siembro con cuidado y presto atención ilusionada a cómo se mantiene vivo durante la primera semana. Si sus hojitas decaen tristes, necesitan más agua. Con el tiempo, las trasplanto con alegría y las pongo junto a las otras. Les digo que la cuiden como hermanas mayores.

Cuando una se muere, la escondo de Tulia. Ella viene cada martes a ayudarme en casa. Cuando termina su jornada, envuelvo a la difunta en papel blanco, la pongo en una bolsa aparte, a la que le hago tres nudos, y la dejo en una caneca pública apartada de la casa, cerca del vivero donde compro un par más. Cuando estoy allí, la tristeza por la que se murió se me va.

Cada tercer día, sagradamente les echó agua en las mañanas; nunca en la tarde. Les quito la basura, las plumas sobre la tierra. Si aparecen hojas secas, tomo mis tijeras y podo, podo todo; solo dejo lo verde, aunque quede una única rama con un par de hojitas. En cambio, las flores no me atrevo a cortarlas, las dejo achilarse, hasta que caen y queda la bráctea arrugada y tiesa como una mano de zombie, que después corto de tajo sin misericordia.

Cuando hace sol, abro balcón y ventanas para que reciban los rayos del sol. Ellas estiran sus hojas con cierto placer. A veces entran insectos y

pájaros a merodear en la sala. Les dejó agua en un platíco muy coqueto que compré, con figuritas de flores para que se sientan en casa. Como son tan nerviosos, no demoran mucho tiempo. Siempre dejan todo desordenado, revuelcan la tierra, tumban las hojas, traen mala hierba.

Una mañana entró en la sala un copetón bellísimo. Era más pequeño de lo normal. Cuando quiso salir, no encontró por dónde y se estrelló contra el vidrio. Desde la cocina se oyó un estruendo como un petardo. Retumbó en todas las ventanas del apartamento. Me apresuré a ver qué pasaba y lo encontré desorientado. Me senté cerca y lo observé intentarlo de nuevo, saltar de un lado a otro agitando las alas. De la mesa a la matera de la lengua de suegra, lo vi impulsarse con más fuerza, a lo kamikaze. ¡Qué tontito! Corrí y cerré la puerta corrediza, no fuera que escapara.

Asustado por el ruido, alertado por mi presencia, volvió a alzar vuelo y se estrelló con más fuerza. Insistió con coraje. Me quedé congelada para darle respiro. Podía observar el movimiento de su corazón en el pecho de plumas. Pasaron un par de segundos, el tiempo para espabillarse, sacudirse el dolor, entender qué pasaba.

Tomé la delantera y volví a moverme tratando de cogerlo con los brazos estirados. Una, dos y tres veces fallé, una, dos, tres veces contra el vidrio. Borracho en el piso, volvió a alzar las alas y a chocarse. Este me salió terco, pensé.

Saltó al tornamesa, esperó con los ojitos mirando aquí y allá, y voló con ímpetu. A pesar de todo, el sonido fue hueco, débil. Después de tantos golpes ya venía malogrado. Cayó al piso, su cuerpo trémulo respiraba con dificultad. Estiró las patas, y con un suspiro se fue.

Lo tomé con delicadeza —¡era tan frágil!— y lo llevé hasta el helecho. Abrí un hueco con los dedos, un hoyo profundo. El aroma de la tierra cedió con agradecimiento. Lo deposité y le eché tierra. Ahora crecerás hermoso, le dije a Felipe, el helecho.

Sobre la autora

Mónica Sarmiento (Bogotá, 1982) es publicista, *copywriter*, pianista, sanadora y escritora. Activista de la energía femenina. Obtuvo un máster en Escritura Creativa en la Universidad de Salamanca. Ha navegado del erotismo a la literatura del cuerpo en proyectos de escritura breve. *Sexo entre líneas* (2019) es su primer libro de cuentos, publicado por la editorial ITA.

Un encuentro con la Mujer Araña

Alina Camacho Hauad
Red de Talleres Locales de Escritura. Taller 3



Se apareció en mi ventana, sin más, un día corriente en el que intentaba concentrarme, sin mucho éxito, frente al computador con el que me gano la vida. Trataba de escribir algo coherente para un artículo de revista, pero preferí oprimir “Ctrl-S” antes de actuar.

—¡Buenassss, buenasssss! —La voz aguda y lejana, pero a la vez tan cerca, me sacó del letargo.

Estaba sola en el cuarto que funge de oficina. Creí que me estaban espantando. “¿Será mi abuela muerta hace treinta años?”, pensé. “¿Se habrán metido los ladrones? ¿Quién carajos grita de esa manera?”.

Caminé algunos pasos, como cucaracha buscando un escondite antes de morir aplastada. Confundida, pensé en ir a la cocina y, si alcanzaba, afilar alguno de los viejos cuchillos heredados de mi abuela. Busqué a Lucifer, mi gato negro nacido en alguna de las alcantarillas de la ciudad, para que enseñara los colmillos, sacara las garras y generara miedo; pero al final opté por la decisión más valiente de todas: me paré erguida,

caminé con seguridad mientras el taca-taca del corazón me delataba. Iría a confrontar al enemigo desconocido.

—Buenos días, señorita, estoy pintando las fachadas del edificio y necesito pedirle el favor de cerrar la ventana —dijo con la más absurda calma, a pesar de estar tan lejos del piso.

Se trataba de una mujer metida en un overol azul, mugriento y con trazas de pintura blanca, gorra gris con naranja, ojos reteñidos con lápiz negro, uñas largas pintadas de vinotinto, bronceadísima y una imagen que se me quedó grabada: la sonrisa blanca como las nubes que quiere alcanzar todos los días y que no logra opacar el pintalabios carmín —como los que aparecen en los comerciales de televisión—.

Mi corazón se aceleró aún más al ver con horror el rostro de mi cobardía. Reconozco que cualquier irregularidad en el pavimento la veo como un gran abismo; en cambio, esta loca se atrevía a trepar con ayuda de esas cuerdas que parecen nylon, sin temor a que se desbaraten y se lleven al traste su vida.

Parecía alucinación, la aparición de una Virgen en la roca desnuda de una montaña erosionada. No entendía el porqué de esa gran sonrisa. Hacía mucho frío y sus ojos parecían decirme que quería un liberal con Pony Malta, o al menos un roscón con Milo caliente, pero solo me atreví a ofrecerle una taza de café. Cuando se la entregué, ella ahí, colgada como si nada, la agarró y empezó a sorber la bebida.

—¿Qué se siente estar ahí montada? —pregunté. Estaba jugando a lo de siempre: ser reportera, pescar palabras en río revuelto para montar una nota y sacar lágrimas en algún noticiero.

Me miró por un momento y alcancé a pensar que diría algo como que mi pregunta era estúpida, que tenía una vida y un salario de mierda, y que tener trabajo en este país, así fuera informal, es un milagro.

—¡Ayy, señorita, esto es mi vida entera. Por mí, viviría en las nubes: aquí me olvido de lo duro que es estar allá abajo. El mundo se ve más bonito desde acá, y siento hasta que puedo alcanzar a ese man al que le dicen el Altísimo. Desde aquí me olvido de mí misma y me siento libre. Puedo ser

yo realmente, e incluso me siento como la Mujer Araña: me trepo en todas partes y me pillo vainas todo raras, señorita. Una vez un tipo me mostró el pipí, y yo estaba en el piso veinte de un edificio del Centro Internacional; ¡casi me mato! Otra vez pillé a una pelada que estaba desmayada y sola en el apartamento; se alcanzó a salvar porque les avisé a los porteros.

La veo ahí colgada, enérgica, y parece de quince, pero en realidad tiene treinta y ocho, un hijo de dieciséis, Dylan, quien es su adoración, y otra, según dice, más grandecita. El papá de su hijo: perdido; igual que el suyo, de quien solo sabe que es un hombre de plata que se metió con su mamá cuando ella trabajaba como empleada del servicio en la casa en la que él vivía con su esposa.

Me contó de su vida en la calle, de sus noches debajo de un puente y de cómo se salvó de ser puta, aunque llegó a ser cómplice de unos amigos ladrones. De vender dulces en la calle salió inesperadamente el día en que un amigo le dijo que en la empresa de construcción en la que trabajaba necesitaban alguien para operar la hidrolavadora con la que se limpiaba el ladrillo.

—¡Pues yo!, que quiero es subirme a los andamios y estar allá arriba —respondió, señalando un edificio cualquiera. Le dieron el trabajo, y muy pronto el ascenso a los andamios.

Que le decían Darita, que vivía en un barrio en donde la ciudad se ve desde arriba, “al mejor estilo de Rosales”, y que cuando no está trepada con un arnés, intentaba escribir sus historias y su estadía en la calle. Se las leía y las revisaba la negra Rosemary, su mejor amiga, que llegó al barrio procedente de Buenaventura, y de quien decían que es su novia, porque no se le conocía consorte a ninguna de las dos. Por si fuera poco, creía que sufría de misandria, porque no podía ver a los hombres ni de lejos: al que le coqueteara, lo sacaba corriendo.

—Usted qué va a conocer por allá, señorita —dijo, mientras relataba cómo era eso de vivir al lado de las canteras de Bogotá.

Sacó de su amplio bolsillo un paquete de hojas dobladas, unos papeles amarillentos que mantenía ocultos.

—Me gusta escribir cuentos, señorita. Y eso que aprendí a leer y a escribir hace apenas diez años.

Agarró el papel, se olvidó del balde de Viniltex que llevaba entre las piernas, y siguió contando cómo se ven las estrellas desde lo alto.

Sobre la autora

Alina Camacho Hauad es comunicadora social y especialista en Gerencia de Mercadeo por la Universidad Externado de Colombia. Periodista económica y financiera. Ha trabajado en medios como *El Espectador*, *Colprensa*, *La República*, *Gerente*, *Semana* y *Dinero*. Su primera entrevista periodística se la hizo al poeta Juan Manuel Roca, quien en ese entonces se desempeñaba como director del Magazín Dominical de *El Espectador*. Si bien siguió la ruta del periodismo, la inquietud literaria la ha acechado de manera constante.



Las lagartijas no son cucarachas

Daniel Arela (Andrés Ramírez Restrepo)
Red de Talleres Locales de Escritura. Taller 5



La humedad invadía el aire cuando una lagartija comenzó a escalar el edificio. Agarraba con firmeza los ladrillos mojados por la lluvia de la noche anterior. Con las patitas curioseaba durante el ascenso aquellas piedras de forma extraña. ¿Cómo las habrían hecho? Al ser tan iguales entre sí, le recordaban los panales de abejas. Fue de las primeras cosas que vio cuando salió del cascarón. Su madre decía que los construían con cera que salía del estómago de abejitas jóvenes. ¿Qué diría si aún estuviera allí y viera que la tierra se había puesto dura y gris por la construcción del edificio? Y no solo ella: las abejas también se habían marchado cuando perdieron su árbol.

La curiosidad había llevado a nuestro reptil a la universidad para estudiar a las personas y aprender su idioma y sus costumbres. Las lagartijas aún no sabían de dónde salían los ladrillos. Algunas decían que les salían del ombligo, como a las abejas; y otras, que les salían de las orejas. No era el único misterio por resolver, pero sí el que más le interesaba,

y por eso había decidido quedarse a vivir en una grieta de cemento. Lamentaba que no fuera una madriguera natural, como la de su infancia, pero al menos ella y sus huevos tenían un lugar propio.

Faltaba poco para llegar, y solo debía atravesar la sexta ventana. Caminar sobre vidrio le parecía espectacular, porque sentía que estaba suspendida en el aire. Mejor aún, aquella mañana colgaba de una nube empañada. Se hacía más grande, se hacía más chica. Grande otra vez. No recordaba que las nubes cambiaran tanto. El movimiento súbito del vidrio que se fracturaba en celosías estremeció el ambiente como una tormenta. Asustada, la lagartija saltó, intentando ponerse a salvo, solo para descubrir que había entrado al apartamento por error. Ahora estaba en la pared opuesta a la ventana, y frente a ella se interponía un niño que a sus ojos parecía un mono gigante.

El niño se quitó una chancla y se la tiró a la lagartija, que, al ser pequeñita y rápida, pudo escapar. La lagartija decidió contratacar y saltó directamente hacia él. Aterrizó en su estómago. El niño corría y gritaba sorprendido. El ombligo estaba cerca y la lagartija no quería perder la oportunidad. El niño comenzó a palmotearse, y con cada golpe dejaba rastros rojos sobre su piel. Ella esquivaba ágil los manotazos mientras se dirigía a su objetivo. El ruido estridente que producía la cría de humano era el himno glorioso de un descubrimiento inesperado: no había nada. Un golpe seco fue el redoblante que interrumpió aquella epifanía. Primero el aire, luego el suelo frío, y finalmente el calor de una mano que la envolvía por completo en la oscuridad.

—¡Te atrapé! —escuchó ella como un rugido. Los humanos eran demasiado escandalosos—. Ahora te pintaré de café, te aplastaré, y le diré a mi papá que cacé otra cucaracha.

—Pero yo no soy cucaracha —replicó ella en su español lagarto. El corazoncito le latía muy rápido. No dejaba de mirarlo a los ojos mientras lamía los suyos con la lengua.

—¿Puedes hablar!?

—Sí. No soy cucaracha. Soy lagartija.

—Las lagartijas tampoco hablan. Eres una cucaracha disfrazada de lagartija —replicó el niño sentándose frente a la mesita plástica donde hacía las tareas.

—¿Por qué quieres cazar cucarachas? ¿Comes bichos también? —preguntó inocente la pequeña lagartija girando la cabeza.

—¿Bichos? ¡Qué asco! En este clima entran cucarachas todo el tiempo, y a mi papá le dan miedo. Por cada cucaracha muerta, mi papá me da una paleta —respondió él, tomando de su mesita un pincel con témpera café.

—Soy lagartija. Tu padre no va a creer que soy cucaracha.

—Es porque eres blanquita, pero si te pinto de café y te aplasto no sabrá la diferencia.

—¡No me aplastes! —dijo asustada la lagartija, corriendo en círculos en la palma de la mano del niño, con la intención de evitar más pinceladas. Ya iban cuatro.

—¡Pero quiero una paleta! —le contestó él de forma caprichosa.

—Tú aplastas y yo pierdo vida; huevos quedan sin mamá; padre da paleta por nada y tú pierdes verdad. Todos perdemos. —Al escuchar esto, el niño dejó de darle pinceladas.

—Pero es que quiero otra paleta.

—Si yo vivo, huevos siguen con mamá; y padre, con paleta.

—¿Y qué hay para mí? —Sus ojos estaban vidriosos.

—Te lo diré al oído. —Y habiendo dicho aquello, el animalito le trepó al hombro con rapidez. El oído le parecía una cueva, y estaba llena! La entrada de piel en forma de caracola hizo antesala a un momento lleno de gozo—. A tú te queda cera de oídos. Podrías hacer ladrillo con cera.

—¡No! —chilló. Para cuando la palmada sonó en el hombro del niño, la lagartija ya había saltado a la ventana, dejando a su paso una estela de pintura café.

—Entonces tú caza cucaracha de verdad.

—¡Ahora nunca, nunca voy a tener mi paleta! ¡Cero! ¡Jamás! —bramaba el niño, llorando de rabia—. ¡Eso es trampa! ¡No es justo!

—Niño también hace trampa a padre.

—¡No es cierto!

El niño golpeaba la ventana, pero era inútil: la lagartija ya estaba fuera de peligro. Sus lloriqueos hacían inentendible lo que fuera que estuviera intentando decir. A pesar del escándalo, ella seguía mirando, a una distancia segura, cómo le brotaba cada tanto un par de lágrimas.

—Agua de ojos, ¿hace vidrio? Revisaré luego: huevos esperan.

Pero él no estaba escuchando. Solo seguía llorando y empañando el vidrio con su aliento.

Sobre el autor

Andrés Ramírez Restrepo (Medellín, 1989). Bajo el seudónimo de Daniel Arela, decidió seguir el llamado de la escritura y la ilustración. Es químico de profesión y coautor tanto de literatura científica como de ficción. Suele explorar en su narrativa el balance entre conceptos aparentemente opuestos, como lo real y lo espiritual, lo natural y lo fantástico, con la convicción de que es posible encontrar en la síntesis lo mejor de ambos mundos. A la fecha cuenta con textos cortos seleccionados en 2020 y 2021 por Eventos del Libro Medellín y la participación en la antología *Erase una vez mi historia*. Es coautor y coautor del libro *Próxima estación: Colombia en 10 palabras y miles de historias*, y de la edición “Desprendimiento” de la revista *Tinta*. Como artista ha participado en diversas exposiciones a través de la Fundación Rinconesarte, entre las que se destacan la participación en la revista *Art New York ES* y la “VR Cambass Exhibition 2022”.



Mugroso amor

Marco Ordóñez Caraballo
Red de Talleres Locales de Escritura. Taller 17



El bus de Transmilenio dejó atrás la estación de la Caracas y subió por la calle veintiséis hasta una especie de glorieta. Por la ventana pude ver a un indigente sentado en el pasto; salía de él un humo blanco y espeso. Me llamó la atención verlo ahí en el centro de ese círculo verde, fumando bajo el sol del mediodía. No solo a mí: algunos pasajeros también lo miraban atentos a través de las ventanas.

Mientras el articulado andaba, tuve la sensación de estar viendo una escena de cine: la ventana en movimiento sin duda era la pantalla, y el bus girando, la cámara que lo iba rodeando para mostrárnoslo.

A unos metros, agazapada tras un arbusto, estaba una mujer con aspecto también de indigente. Salió de su escondite y se abalanzó hacia él para robarle un tarro de color amarillo, y luego echó a correr mientras inhalaba un par de veces su contenido. El hombre se incorporó como pudo y corrió tras ella. Por un momento imaginamos con cierto aspaviento que la iba a golpear sin piedad, pero en medio de esa carrera ocurrió algo inesperado: logró alcanzarla y, agarrándola por la cintura, la levantó, lanzándola por el aire. Aquello se veía en cámara lenta: sus

cabellos mugrosos volaron en bandada como palomas negras sacudidas por ráfagas de viento mientras el hombre la recibía de regreso entre sus brazos. Tropezaron y cayeron envueltos en sus gabardinas de harapos, dando un giro vertiginoso en medio del cual se abrazaron y se unieron en un beso desesperado, como si fueran a comerse vivos. La cámara los rodeaba desde su mejor ángulo. Todo se había confabulado: el viento movía sincronizadamente el pasto, los cabellos y las ropas; el bus que hacía de grúa o de dron logró un impecable encuadre de la escena. La risa que salía de ellos y los giros cinematográficos que dieron rodando por la hierba en su caída fue lo último que alcanzamos a ver, pues una pared de concreto atiborrada de grafitis y carteles publicitarios los ocultó para siempre y, mientras el bus entraba en la oscuridad de un túnel, tuve la sensación de que aquella escena merecía un aplauso.

Sobre el autor

Marco Ordóñez Caraballo (El Peñón, Cundinamarca, 1973). Dibujante, caricaturista y narrador. Ha desarrollado su arte en el espacio público. Ha sido instructor de artes plásticas en casas de la cultura. Ha presentado exposiciones individuales y colectivas, entre ellas, una en el teatro Jorge Eliécer Gaitán (2016), en la que propuso el encuentro entre la pintura, el cómic, la ciudad y el ciudadano. En el 2018 recibió el Premio de Novela Gráfica de la Fundación Gilberto Alzate Avendaño por su narración *Cuando amanezca*. Ha realizado varios proyectos de cultura ciudadana usando como medio de expresión el cómic, y ha participado en los talleres distritales de formación literaria.



La riada

Laura Vásquez Roa
Taller Distrital de Cuento



Un silencio raro se siente en el monte. No es absoluto, pero los pájaros dejaron de cantar y solo se oye el silbido del viento entre los árboles. Inocencia deja el fogón de leña, revisa a la niña entre las sábanas, revisa al niño que persigue hormigas, y se para frente al camino que desemboca en su casa.

El silencio la envuelve, la marea. Siente que algo la jala, pero no es una mujer supersticiosa. Vuelve a revisar las copas de los árboles. Ve el cielo azul despejado. No ve nada raro, así que regresa al fogón.

Se para de espaldas a la puerta, trata de concentrarse en la sopa que hierva. Revuelve las papas, la yuca, el plátano y los pedazos de carne que revolotean entre las burbujas. El cucharón baila en el líquido espeso, y ella lo persigue con la mirada. La niña llora detrás de ella, y eso la saca del ensimismamiento. Le da teta, le cuchichea, pero la niña no se calma del todo.

Con la recién nacida pegada al pecho, busca a Humbertico, que viene corriendo apenas la oye. Humbertico dice que las tripas le suenan. Como siempre, tiene hambre.

Inocencia quiere esperar a Julio, pero le da pesar que el niño aguante más. Le sirve tres cucharones de sopa y lo sienta en el butaco de la cocina mientras la bebida cuelga de su teta izquierda y la mira.

Las pisadas del caballo avisan que ya viene él. Un alivio que no quisiera reconocer le llena el cuerpo. Sale a recibirlo y allí se queda inmóvil. Todavía hay luz, pero empiezan a crecer las sombras. Por eso quiere creer que está viendo mal. No es así: el caballo llegó solo.

La vista se le nubla, el corazón le palpita con fuerza, las piernas se le ponen tiesas. Los brazos siguen firmes sosteniendo a la niña, que ya no toma teta, pero Inocencia no piensa en ella. No piensa en nada. Fija los ojos en los del caballo, que está detenido frente a la cerca y la mira de vuelta. Un cosquilleo le recorre los brazos, una taquicardia la sacude con violencia, pero el resto del cuerpo no le responde.

Humbertico la llama desde atrás:

—Amá, ¿qué le pasó? ¿Dónde está Julio? —Le jala las enaguas y le repite la pregunta.

En un segundo, una ráfaga de aire le entra con fuerza por la boca, y ella arranca a correr hacia el caballo. Algo la detiene y vuelve para dejar la bebé en los bracitos del niño, que escasamente alcanza a agarrarla. No pronuncia palabra, solo corre otra vez hacia el caballo y, ya montada, le grita a su hijo que se meta al rancho y que no se muevan de ahí.

Coge las riendas, pero no las mueve, solo se queda erguida sobre la bestia, que camina con la calma y la certeza de quien se sabe de memoria la ruta. Coge el camino que va a Villavo, a hora y media de ahí. Atraviesa las fincas de los vecinos, pero no ve a nadie, o más bien, sus ojos no ven nada más que las orejas del caballo, que no deja de andar. Atraviesan el río, que en ese punto es un riachuelo. Es el final del verano, y la sequía se siente.

En medio de los árboles se ven los últimos rayos del sol, que se apaga con calma cuando llegan a donde se empieza a ensanchar el cauce del Guatiquía, pero el agua no cubre más allá de los tobillos. Los grillos chillan hasta estallarse, y los micos aúllan escondidos entre las ramas. Desde lejos ve el bulto y lo reconoce, pero solo cuando se acerca y se

apea del caballo no puede negar lo que sus ojos están viendo. Está sobre el costado derecho. Le ve una herida en las costillas y otra en el estómago. La camisa color caqui del uniforme tiene una gran mancha oscura extendida como un mapa antiguo.

No es la primera vez que ve un muerto. Los ríos de su tierra se han teñido y se teñirán de rojo muchas veces. Tampoco es la primera vez que siente ese dolor en el pecho. En cambio, es la primera vez que un pito agudo la ensordece. Siente su boca abrirse muy grande, y su pecho convulsiona, pero no oye nada. Los ojos se le inundan y por un momento no ve el bulto, ni el río, ni las piedras que los rodean; solo sigue de pie con chorros de agua saliéndole de los ojos y con la mandíbula muy abierta, tan abierta que le duele, pero no la puede cerrar. Solo agua y más agua sale de ese cuerpo alto y fuerte que ahora se ve tan frágil en medio de la riada que se está formando entre ella, el caballo y el bulto que es su Julio. Julio, el que era su vecino cuando siendo niños vivían en los fríos pliegues de las montañas cundiboyacenses. Julio, el que le apoyaba la mentira cuando ella pellizcaba a las hermanitas Sosa y negaba rotundamente haberlo hecho. Julio, el que le construyó un columpio para balancearse en las tardes en que se escapaba de las tareas de los cafetales. Julio, al que ella desató de un árbol cuando los papás de él lo castigaron por no madrugar a ordeñar la vaca. Julio, el que la recibió en el llano sin preguntarle de quién era ese hijo que cargaba en la panza, y del que ella no quería hablar. Julio, el papá de esa niña de dos meses que el cura no había querido bautizar porque no estaban casados, y tampoco los había querido casar porque ella no tenía ningún papel que confirmara su nombre, porque su partida de bautismo fue lo último en lo que pensó empaquetar cuando huyó de su casa al saber que había quedado embarazada. Su Julio ahora era un bulto sin vida a sus pies. Un bulto al que ahora cubría el agua que salía de los ojos de Inocencia.

Entre la tiniebla, el agua que salía de ella entraba en el río. Ya no se veían las piedras ni las herraduras del caballo; solo un pedacito de Julio, su brazo derecho y moreno que se mecía con la corriente. Le dio

miedo desaparecer bajo una avalancha, pero ella no controlaba lo que pasaba. Con la boca abierta, babeando y gritando algo que no oía, miró al caballo, que no se iba. A través de las cataratas formadas en los ojos, Inocencia le hizo una seña, le rogó que se fuera. La que se iba a hundir era ella, para acompañarlo a él. Pero el caballo, en vez de irse, se acercó, y con suavidad la empujó con la cabeza. Ese ligero toque la sacó del encantamiento. La boca se cerró y la catarata de sus ojos paró. De Julio solo quedaba una parte de la cara por fuera del agua.

Las fuerzas volvieron a su cuerpo. Se secó la cara, arrastró a Julio hasta una orilla y, a pesar de tener el vigor con el que dominaba bestias, araba la tierra, cargaba el agua y cercaba la finca, lo que le permitió montarlo al caballo fue una fuerza ajena, superior a ella misma.

La luna llena brillaba en el agua, que había detenido su crecimiento y parecía ahora muy mansa. No hubo necesidad de guiar al caballo. Juntos caminaron recogiendo los pasos, mientras Julio colgaba del animal.

Sobre la autora

Laura Vásquez Roa (Bogotá, 1987) nació en una familia de mujeres. Aprendió a leer gracias a su mamá, que, siendo Laura todavía niña, le enseñó y le regaló todos los libros que pudo encontrar en el camino, muchos usados, pocos nuevos. Recuerda dos con especial cariño: *La historia interminable*, de Michael Ende, y la compilación de cuentos muy poco infantiles de Hans Christian Andersen, que leyó una y otra vez. Con su profesora de primaria aprendió que la literatura podía ser un juego de palabras, aunque de adulta juega con mucha más dificultad.

Es antropóloga y periodista. Estudió una maestría en Migraciones y Relaciones Interculturales que la hizo viajar por el mundo. Trabaja por los derechos de las mujeres y los migrantes. Publica semanalmente en la revista *Rolling Stone* en español. Escribe cuentos cortos y cree en un futuro feminista.



Se terminó de imprimir en abril del 2023 en Bogotá con la fuente Adobe Caslon Pro. Confluyen aquí los esfuerzos creativos, editoriales y administrativos de muchas personas que apostamos por la escritura y la cultura escrita, y creemos en la necesidad de oír nuevas voces literarias y proteger el tejido de las comunidades que se forman alrededor de la escritura en Bogotá.

Bogotá cuenta

Nuevas comunidades de escritura

El Instituto Distrital de las Artes-Idartes tiene el gusto de presentar a los lectores este nuevo número de la antología literaria *Bogotá cuenta*, publicación que recoge algunos textos resultado del programa Escrituras de Bogotá, que en el segundo semestre del año 2021 llevó a cabo la Red de Talleres Locales de Escritura en diferentes localidades de nuestra ciudad, mediante diecisiete talleres de escritura en los géneros de narrativa y poesía.

Además, en esta antología se encuentran los trabajos literarios más representativos de los Talleres Distritales de Escritura Ciudad de Bogotá, que en el primer semestre del 2022 realizó cinco talleres en los géneros de novela, cuento, crónica, poesía y narrativa gráfica, y que, en esta versión de la antología *Bogotá cuenta*, presenta una selección de trabajos de muy alta calidad literaria.



INSTITUTO
DISTRITAL DE LAS ARTES
IDARTES



ISBN: 978-628-7531-66-6



9 786287 531666